

POR EL AUTOR DEL BESTSELLER INTERNACIONAL
LA SONRISA DE LAS MUJERES

NICOLAS BARREAU

33 CARTAS DESDE MONTMARTRE

Irresistiblemente
romántica



SUMA
de libros

Nicolas Barreau

33 cartas desde
Montmartre

Traducción de
Carmen Bas Álvarez



SÍGUENOS EN
megustaleer



@megustaleer



@megustaleer



@megustaleer

| Penguin
Random House
Grupo Editorial |

*A mi madre,
que me enseñó la tumba de Heinrich Heine.
Y tantas otras cosas que jamás podré olvidar.
Gracias por todo*

«Mi amada, ay, ven,
que pueda volver a tenerte,
como entonces, en mayo».

PRÓLOGO

En Montmartre, la famosa colina al norte de París donde los turistas se agolpan en la Place du Tertre en torno a los pintores que los cautivan con sus lienzos de dudosa calidad, donde en primavera los enamorados pasean de la mano por las animadas callejas para finalmente, puede que ya algo exhaustos, sentarse en las escaleras del Sacré-Coeur a contemplar asombrados la ciudad, que resplandece en un último tono rosado antes de que caiga la noche, en esa colina existe un cementerio. Es un cementerio muy viejo con caminos de tierra y largos paseos umbríos que transcurren bajo tilos y arces y que tienen nombre y números como una pequeña ciudad. Una ciudad muy silenciosa. Algunos de los que aquí yacen son muy conocidos, otros no tanto. Hay tumbas con artísticos monumentos y figuras angelicales con largas túnicas de piedra que extienden sus brazos con suavidad y elevan su mirada a lo alto.

Un hombre de pelo oscuro entra en el cementerio. Lleva a un niño de la mano y se detiene ante una tumba que muy poca gente conoce. En ella no yace un personaje importante. No es un escritor, ni un músico o un pintor. Tampoco es una dama de las camelias. Solo es una persona que fue muy querida.

Sin embargo, el ángel tallado en la placa de bronce incrustada en el mármol es el más bello de todos. Una cabeza de mujer que mira hacia atrás, seria, quizá también impasible; los largos cabellos le envuelven la cara como si el viento soplara desde atrás. El hombre está quieto, en silencio, mientras el niño salta entre las tumbas persiguiendo alas de colores.

—¡Mira, papá, una mariposa! —grita—. ¿No es preciosa?

El hombre asiente de forma casi imperceptible. Para él ya nada es bonito, y hace mucho tiempo que dejó de creer en los milagros. Cómo iba a imaginar que allí, precisamente allí, iba a ocurrir algo tan maravilloso que sería casi como un milagro. En este momento se considera todavía el hombre más

desgraciado del mundo.

En el cementerio de Montmartre conoció a su mujer. Hace cinco años, junto a la tumba de Heinrich Heine. Un claro día de mayo. Fue el comienzo de algo que ahora hace ya algún tiempo que ha finalizado de forma irremediable.

El hombre lanza una última mirada al ángel de bronce cuyos rasgos le son bien conocidos. Escribe cartas secretas. Pero no está preparado para lo que le va a suceder. Igual que no se está preparado para la felicidad o el amor. Y eso que ambos están siempre ahí. Como escritor debería saberlo.

El hombre se llama Julien Azoulay.

Y Julien Azoulay soy yo.

EL MUNDO SIN TI

Justo me había sentado en mi escritorio para cumplir mi promesa y escribir por fin, por fin, a Héléne, cuando sonó el portero automático. Decidí ignorar el timbrado, abrí muy despacio mi estilográfica y puse derecha la hoja de papel blanco. «Querida Héléne», escribí, y me quedé mirando desvalido las dos palabras que parecían igual de perdidas que yo en las últimas semanas y meses.

¿Qué se le escribe a una persona a la que se ama por encima de todo y que ha desaparecido de forma trágica? Ya entonces me había parecido descabellado hacerle esa promesa. Pero Héléne había insistido. Y como siempre que a mi mujer se le metía una idea en la cabeza, fue muy difícil argumentar algo en contra. Al final siempre se salía con la suya. Héléne era muy testaruda. Solo ante la muerte no logró mantenerse firme. La muerte fue aún más testaruda que ella.

Volvió a sonar el timbre, pero yo ya estaba muy lejos.

Sonreí con amargura y vi ante mí su rostro pálido, sus ojos verdes que cada día parecían más grandes en su cara consumida.

—Me gustaría que tras mi muerte me escribieras treinta y tres cartas —me dijo mirándome fijamente—. Una por cada año que he vivido, una carta, prométemelo, Julien.

—¿Y de qué va a servir? —repliqué—. Eso no va a devolverte a la vida.

Yo entonces estaba dominado por el miedo y el dolor. Pasaba día y noche sentado en su cama, sujetando su mano, y no quería ni podía imaginarme mi vida sin ella.

—¿Para qué voy a escribir esas cartas si no voy a recibir nunca una respuesta? No tiene ningún sentido —insistí en voz baja.

Ella hizo como si no hubiera oído mi argumento.

—Simplemente escíbeme. Cuéntame cómo es el mundo sin mí. Háblame de ti y de Arthur. —Sonrió, y a mí se me saltaron las lágrimas—. Tendrá sentido, créeme. Y estoy segura de que al final te llegará una respuesta. Además, yo, dondequiera que esté, leeré tus cartas y no os perderé de vista.

Negué con la cabeza y solté un sollozo.

—No voy a poder, Héléne, ¡sencillamente no voy a poder!

Y con eso no me refería solo a las treinta y tres cartas, sino a todo. A toda mi vida sin ella. Sin Héléne.

Ella me miró con ternura, y la compasión que vi en su mirada me partió el corazón.

—Pobre amor mío —dijo, y noté lo mucho que le costaba apretarme la mano para darme ánimos—. Tienes que ser fuerte. Tienes que ocuparte de Arthur. Él te necesita. —Y luego añadió algo que ya había repetido muchas veces tras el desolador diagnóstico, algo que a ella le daba fuerzas para enfrentarse al final con serenidad, pero a mí no—: Todos tenemos que morir, Julien. Es algo normal y forma parte de la vida. Solo que a mí me toca antes. No es que eso me haga especialmente feliz, puedes creerme, pero es así. —Encogió los hombros con gesto desvalido—. Ven, dame un beso.

Yo le aparté un rizo cobrizo de la frente y le besé los labios con suavidad. Se había vuelto muy frágil en los últimos meses de su corta vida, y cada vez que la abrazaba tenía miedo de que se rompiera, aunque ya estaba todo roto. Menos su valor, que era mucho más fuerte que el mío.

—Prométemelo —repitió, y vi un pequeño brillo en sus ojos—. Me apuesto lo que sea a que cuando hayas escrito la última carta tu vida cambiará a mejor.

—Me temo que vas a perder la apuesta.

—Espero que no. —Una sonrisa cómplice iluminó brevemente su cara y le temblaron los párpados—. Y entonces quiero que me lles un ramo de rosas gigante, el más grande de todo ese maldito cementerio de Montmartre.

Así era Héléne. Incluso en los peores momentos te hacía reír. Yo lloraba y reía al mismo tiempo, mientras ella me tendía su mano enjuta y yo se la cogía y le daba mi palabra.

La palabra de un escritor. En realidad, ella no había dicho cuándo debía escribirle esas cartas. Y octubre había dado paso a noviembre y noviembre a

diciembre. Los meses se fueron sucediendo con tristeza, las estaciones fueron cambiando, pero a mí me daba igual. Para mí no existía el sol, vivía en un agujero negro en el que las palabras habían desaparecido. Entretanto estábamos en marzo y yo no había escrito ni una sola carta. Ni una.

No es que no lo hubiera intentado. Quería cumplir mi promesa, al fin y al cabo había sido el último deseo de Hélène. Mi papelera estaba llena de papeles arrugados llenos de frases que ni siquiera había podido terminar. Frases como:

Mi queridísima Hélène: Desde que no estás no existe para mí...

Mi amada: Estoy tan cansado de tanto dolor y me pregunto cada vez más si en realidad la vida...

Querida: Ayer me encontré la pequeña bola de nieve que compramos en Venecia. Estaba al fondo del cajón de tu mesilla, y me acordé de cómo los dos...

Cariño, lo que más amo en el mundo: Te echo de menos cada día, cada hora, cada minuto, realmente no sabes...

Querida Hélène: Arthur dijo ayer que no quería tener un papá tan triste y que tú debías de estar ahora muy bien entre los ángeles...

Hélène: ‘Mayday’, ‘mayday’, esto es una llamada de socorro, me ahogo, vuelve, no puedo...

Mi ángel: Esta noche he soñado contigo y me ha sorprendido no encontrarte a mi lado por la mañana...

Querida y muy añorada amada mía: No pienses que he olvidado mi promesa, pero yo...

Pero no había llegado a plasmar en el papel nada más allá de estos pobres balbuceos. Estaba allí sentado, atenazado por la tristeza, y sencillamente me había quedado mudo. No había vuelto a escribir nada —y eso no es lo mejor que le puede pasar a un escritor—, y ese era también el motivo de que fuera tocado a rebato.

Suspirando, dejé la pluma sobre la mesa, me puse de pie y me acerqué a la ventana. Abajo, en la Rue Jacob, había un hombre bajo, con una elegante gabardina azul oscuro, que evidentemente había decidido no apartar el dedo de mi timbre. Lo que yo me temía.

El hombre alzó la mirada hacia el húmedo cielo de primavera, en el que el viento hacía avanzar las nubes, y yo me apresuré a retirar la cabeza.

Era Jean-Pierre Favre, mi editor.

Desde que tengo uso de razón me he movido en el mundo de las palabras bonitas. Primero trabajé como periodista, luego como guionista. Hasta que por fin escribí mi primera novela. Una comedia romántica con la que acerté de pleno y que, para sorpresa de todos, se convirtió en un *best seller*. Siempre se ha dicho que París es la ciudad del amor, pero este no es necesariamente el tema que buscan los editores parisinos. Me rechazaron la obra una y otra vez o ni siquiera me contestaron. Pero un día me llamaron de una pequeña editorial que tenía su sede en la Rue de Seine. Mientras sus colegas solo buscaban temas literarios elevados e intelectuales, Jean-Pierre Favre, editor de Éditions Garamond, se había enamorado de mi divertido manuscrito lleno de enredos tragicómicos rebosantes de romanticismo.

—Tengo sesenta y tres años y cada vez hay menos cosas que me hagan reír —comentó la primera vez que nos vimos en el Café de Flore—. Su libro, monsieur Azoulay, me ha hecho reír, y eso es más de lo que se puede decir de la mayoría de los libros hoy en día. En cualquier caso, con la edad se ríe uno cada vez menos, puede creerme. —Soltando un suspiro, se dejó caer en el banco forrado de cuero que había junto a la ventana del primer piso del café,

donde habíamos encontrado una mesa tranquila, y alzó las manos en un cómico gesto de desesperación—. Me pregunto dónde se habrán metido todos, los autores que todavía pueden escribir buenas comedias. Algo con corazón e ingenio. ¡Pero no! Todos quieren escribir sobre la desesperación, la desintegración, el gran drama. Drama, drama, drama. —Se dio unos golpecitos en la frente, donde sus cabellos grises, que ya empezaban a clarear, estaban elegantemente peinados hacia atrás—. La depresión de la gran ciudad, las niñeras asesinas, el horror provocado por Al Qaeda y compañía. —Apartó unas migas de la mesa—. Todo está justificado, pero... —Se inclinó hacia delante y sus ojos claros me lanzaron una penetrante mirada—. Voy a decirle una cosa, joven. Escribir una buena comedia es mucho más difícil de lo que se piensa. Conseguir algo mágico que no esté lleno de tópicos triviales y posea a la vez esa maravillosa sencillez que nos deja con la sensación de que, a pesar de todo, la vida merece ser vivida... ¡ese es el auténtico arte! Al menos yo soy ya demasiado mayor para esas historias tras cuya lectura uno piensa que más le valdría buscarse el rascacielos más próximo para lanzarse al vacío. —Abrió con impaciencia tres sobrecitos de azúcar que vació en su zumo de naranja recién hecho y removió el líquido como un poseso. Entonces tuvo una nueva idea—. ¡O el cine! ¡Piense en el cine!

Hizo una pausa intencionada, y yo esperé expectante qué sería lo próximo. Aquel hombre era un orador brillante, de eso ya me había dado cuenta.

—Solo tristeza y excentricidad. Hoy todos quieren ser solo una cosa: singulares. Pero yo me quiero reír, ¿entiende? Quiero algo que haga latir mi corazón. —Se llevó la mano al chaleco azul celeste que llevaba debajo de la chaqueta y dio un trago al zumo de naranja. De pronto su rostro mostró una juvenil sonrisa—. ¿Ha visto esa película del carnicero japonés que se enamora de un cerdo y al final los dos se suicidan haciéndose el harakiri? Quiero decir, ¿a quién se le ocurre una idea así? —Meneó la cabeza—. La gente se ha vuelto loca. Echo de menos a personas como Billy Wilder o Peter Bogdanovich. Ellos sí que eran buenos. —Chasqueó un par de veces la lengua con gesto afirmativo—. Esperemos al menos que Woody Allen aguante un poco más. *Medianoche en París* era sencillamente magnífica, ¿no? Te hechizaba, era inteligente, te hacía reír. Mi mujer y yo salimos del cine flotando.

Yo asentí con la cabeza. También había visto la película.

—Créame, monsieur Azoulay, la vida no es fácil, y por eso necesitamos más

libros como su novela —dijo cerrando su flamante discurso, y me tendió su pluma Montblanc para que firmara—. Confío en usted.

Habían pasado ya seis años desde aquello. Mi novela se convirtió en un *best seller*; firmé un contrato de tres libros con Garamond, lo que me daba seguridad financiera para los siguientes años y me permitía el lujo de dedicarme a escribir. Conocí a la pelirroja Héléne, que adoraba los poemas de Heinrich Heine y cantaba en la ducha canciones de Sacha Distel. Se hizo profesora, se quedó embarazada, se convirtió en mi mujer, y los dos nos convertimos en padres de un niño que, según repetía Héléne una y otra vez, había tenido la suerte de heredar mi pelo rubio y no su mata color zanahoria.

La vida era clara como un día de verano y todo lo que hacíamos nos salía bien.

Hasta que llegó la desgracia.

—Sangre en el sitio equivocado —me dijo un día Héléne al salir del baño—. Bueno, no será nada malo.

Pero sí era malo. Peor que malo. Yo era escritor de novelas románticas que se vendían bien, ganaba un buen dinero con ellas. Y de pronto mi vocabulario se vio invadido de palabras sumamente perturbadoras como «carcinoma colorrectal», «marcadores tumorales», «cisplatino», «metástasis», «bomba de morfina», «cuidados paliativos».

Que la vida no era fácil fue algo que experimenté muy de cerca a pesar de que Héléne fue muy valiente y desde el principio se enfrentó al diagnóstico con optimismo. Al cabo de un año la enfermedad parecía estar superada. Era verano, fuimos con Arthur a Bretaña, a la playa. La vida era más maravillosa que nunca, un regalo. Habíamos salido adelante.

Entonces Héléne se quejó de dolor de espalda.

—Me estoy haciendo mayor —bromeó al tiempo que se envolvía en un pareo de colores en la playa.

Las metástasis estaban ya por todas partes, se habían agarrado a su cuerpo como pequeños cangrejos y no se podían eliminar. A mediados de octubre acabó todo. Las metástasis habían desaparecido, y con ellas también Héléne. Mi alegre y optimista esposa, a la que le gustaba tanto reír. Y con ella desaparecieron también todos los sueños que teníamos.

Me quedé solo con nuestro hijo pequeño, un corazón roto, una promesa por cumplir y una cuenta bancaria cada vez más menguada. Ahora era ya marzo, hacía un año que no había escrito una sola línea, mi nueva novela tenía unas

escasas cincuenta páginas y mi editor estaba en la puerta y quería saber —con razón— cómo iba todo.

El timbre había dejado de sonar.

Monsieur Favre era un hombre educado. Había sido muy comprensivo. No me metió prisa en todos esos meses. Me dejó tiempo para poder superarlo todo, para que volviera a centrarme, como se suele decir. No me preguntó ni una sola vez por la novela, cuya publicación inicialmente estaba prevista para la *rentrée* de este año y que aplazó hasta la próxima primavera sin decir una sola palabra.

Hacía dos semanas había intentado contactar conmigo. Estaba claro que la tregua había terminado. Prudentes mensajes en mi contestador, que estaba conectado día y noche. Una carta muy amable que finalizaba con una pregunta. Su número en mi móvil, una y otra vez.

Yo me hice el muerto, y de alguna manera lo estaba. Mi creatividad se había evaporado. Mi agudeza se había convertido en cinismo. Dejé pasar los días y no le llamé. ¿Qué podía decirle? ¿Que no iba a lograr escribir algo aceptable nunca más? ¿Que ya no me salían las palabras? Un hombre profundamente desgraciado que estaba abonado a las comedias divertidas... Ironías del destino.

¿Quién podía imaginar algo tan pérfido? Dios era un sádico bromista, y yo no tenía salvación posible.

—Drama, drama, drama —murmuré con una sonrisa amarga, y volví a mirar por la ventana. Monsieur Favre había desaparecido, y yo respiré aliviado. Por lo visto había desistido.

Encendí un cigarrillo y miré el reloj. Tres horas, después tendría que recoger a Arthur de la guardería. Arthur era el único motivo por el que yo seguía con vida. Por el que me levantaba por las mañanas, me vestía, iba a comprar al supermercado. Hablaba.

El pequeñajo no se rendía. En eso era como su madre. Me cogía con su pequeña mano para mostrarme lo que había construido con piezas de Lego, se colaba por la noche en mi cama y se acurrucaba confiado contra mí, no paraba de hablar, hacía miles de preguntas, hacía planes. Decía: «Quiero ir al zoo a ver las jirafas», o: «Papá, pinchas», o: «Me prometiste que me ibas a leer algo», o: «¿Mamá pesa ahora tan poco como el aire?».

Apagué el cigarrillo y me senté de nuevo en el escritorio. Fumaba demasiado. Bebía demasiado. Me alimentaba a base de pastillas para el

estómago. Saqué otro cigarrillo de una cajetilla que mostraba la repulsiva imagen del pulmón de un fumador. ¿Lo ves? Yo también me iba a morir, pero al menos antes iba a escribir esa carta..., la primera de treinta y tres cartas que me parecían totalmente innecesarias. Cartas a una muerta. Me pasé la mano por el pelo.

—¡Ay, Hélène! ¿Por qué..., por qué? —susurré, y me quedé mirando la foto enmarcada que estaba sobre el escritorio forrado de cuero verde oscuro.

De pronto me sobresaltó el ding-dong del timbre de mi casa. El susto me hizo tirar de la cadenita de la lámpara de banquero verde y apagar la luz, que llevaba encendida desde muy temprano de forma innecesaria. ¿Quién era ahora? Un segundo después alguien golpeó enérgicamente la puerta con el puño.

—¿Azoulay? ¡Azoulay, abra, sé que está usted ahí dentro!

Sí, yo estaba ahí dentro, en mi prisión libremente elegida en el tercer piso, y de pronto me acordé de cómo unos años antes estaba también ahí con Hélène y con la agente inmobiliaria, en las habitaciones vacías de ese piso en un edificio antiguo, el primero que pudimos pagar con nuestros sueldos. La casa soñada, según la agente inmobiliaria, soleada, a solo unos pasos del Boulevard Saint-Germain, pero muy tranquila. Y sin ascensor, objetó Hélène, cuando fuéramos viejos íbamos a resoplar de lo lindo cada vez que tuviéramos que subir hasta allí. Nos reímos... «Cuando seamos viejos». Hacía ya tanto tiempo de eso.

En cualquier caso, Jean-Pierre Favre había conseguido acceder de algún modo al edificio, y también había logrado coronar ágilmente las escaleras.

Probablemente había llamado a casa de un vecino. Ojalá no fuera Cathérine Balland, que tenía una llave de nuestra vivienda... por si acaso.

Cathérine era la mejor amiga de mi mujer. Vivía sola un piso más abajo, con su gato Zazie, y procuraba ayudarme en lo que podía. Cinco días antes de la muerte de Hélène todavía pensaba que todo se iba a arreglar. A veces cuidaba a Arthur y jugaba con él durante horas a un juego de cartas llamado Uno cuyo atractivo nunca me fue revelado. Era increíblemente amable, pero añoraba a Hélène demasiado como para poder servirme de consuelo. Al contrario..., a veces me resultaba muy difícil aguantar sus «¡Ay, Julien!» y la mirada triste y elocuente de sus ojos de media luna como los de Julie Delpy.

¡Como para desahogarme llorando con ella, por favor!

—¿Azoulay? Azoulay, no sea tan simple. Acabo de verle en la ventana.

¡Abra la puerta! Soy yo, Jean-Pierre Favre, su editor. ¿Se acuerda de mí? No me deje aquí plantado en el descansillo. Solo quiero hablar con usted. ¡Abra! —Más golpes.

Me quedé sentado sin rechistar. ¡Vaya energía tenía aquel hombre bajito, cuyas manos siempre llevaban una manicura perfecta!

—No puede esconderse eternamente —volvió a oírse fuera.

«Sí, claro que puedo», pensé con tozudez.

De puntillas, me deslicé hasta la puerta de la casa confiando en oír cómo sus pasos se alejaban por la escalera de madera. Pero no oí nada. Lo mismo estábamos los dos ahí plantados, yo dentro, él fuera, conteniendo la respiración y aguzando el oído.

Entonces sonó un ruido, como si alguien arrancara una hoja de un cuaderno. Unos segundos después apareció un papel blanco por debajo de la puerta.

«¿Azoulay? ¿Se encuentra bien? Por favor, dígame al menos que todo va bien. No tiene que dejarme entrar, pero no me iré hasta que no me dé señales de vida. Estoy preocupado por usted».

Estaba claro que ya me veía subido a una silla, con una cuerda alrededor del cuello, como el depresivo protagonista de *Pan y tulipanes*, una de sus películas favoritas.

Sonreí de mala gana y regresé a mi escritorio sin hacer ruido.

«Todo está en orden», escribí con mayúsculas, y deslicé el papel por debajo de la puerta.

«¿Entonces por qué no me abre?».

Reflexioné un instante.

«No puedo».

La respuesta llegó a vuelta de correo.

«¿Qué significa eso de que no puede? ¿Está usted desnudo? ¿O borracho? ¿Acaso tiene un encuentro con una dama?».

Me tapé la cara con la mano, apreté los labios y meneé la cabeza. Un encuentro con una dama, solo Favre podía utilizar una expresión tan anticuada.

«No, no estoy con ninguna mujer. Estoy escribiendo».

Volví a pasar la hoja por debajo de la puerta y esperé.

«Me alegra oír eso, Azoulay. Está bien que vuelva a escribir. Eso le servirá de distracción, ya lo verá. Entonces no le molesto más. ¡Escriba, amigo mío! Y no olvide volver a dar señales de vida. ¡Hasta pronto!».

«Sí, hasta pronto. Daré señales de vida», respondí.

Jean-Pierre Favre se quedó un momento indeciso ante la puerta, luego oí sus pasos en la escalera. Corrí a la ventana y vi cómo salía del edificio, se subía el cuello del abrigo y se alejaba con enérgicos pasitos por la Rue Jacob en dirección al Boulevard Saint-Germain.

Y después me senté en mi escritorio y escribí.

Querida H el ene:

El entierro te habría gustado. Suena como si hubiera sido ayer, y para mí es así a pesar de que ya hace seis meses que te fuiste. Desde aquel radiante y dorado día de octubre, que resultaba bastante inapropiado para un entierro pero muy apropiado para ti, que siempre estabas resplandeciente, se ha detenido el tiempo. Espero que me perdones por tardar tanto en escribirte. La primera de treinta y tres cartas sin sentido. No, perdona, no quiero ser cínico. Te hacía tanta ilusión, yo te lo prometí y voy a cumplir esta última promesa. Tenías algo pensado, de eso estoy seguro. Aunque de momento no sé muy bien qué.

Nada tiene sentido desde que tú no estás.

Pero lo intento. Lo intento de verdad. Dijiste que leer as mis cartas dondequiera que estuvieras. Me gustaría tanto creerlo. Que mis palabras llegar an a ti de algún modo.

Pronto ser a primavera, H el ene. Pero la primavera sin ti no es primavera. Fuera está nublado, llueve, luego vuelve a salir el sol. Este año no iremos juntos a pasear por el Jardin du Luxembourg, llevando los dos a Arthur de la mano y

haciéndole volar al grito de: «Un, dos, tres, arriiiiiba».

Me temo que no soy muy buen padre soltero. Arthur se queja de que no me río. El otro día vimos juntos una vieja película de Disney, ‘Robin Hood’, ya sabes, la de los zorros, y cuando llegó la escena en la que Robin Hood y su banda le roban con unas cuerdas las bolsas de dinero al malvado rey Juan mientras está en la cama roncando, Arthur me dijo de pronto: «Papá, tienes que reírte, es muy divertido». Yo estiré los labios haciendo que me reía.

¡Ay, Hélène! Me paso todo el tiempo fingiendo. Finjo que veo la televisión, finjo que leo, finjo que escribo, que hablo por teléfono, que voy a comprar, que paseo, que escucho. Finjo que estoy vivo.

Resulta tan endemoniadamente difícil, la vida. Hago un esfuerzo, puedes creerme. Trato de ser fuerte, como tú me dijiste, y seguir adelante sin ti.

Pero el mundo sin ti es muy solitario, Hélène. Sin ti estoy perdido. Tengo la sensación de que no voy a conseguir nada.

El entierro te habría gustado, sin embargo. Todos dijeron que fue un entierro muy bonito. Una contradicción, lo sé, pero a pesar de todo... Organicé todo como a ti te habría gustado. Al menos puedo estar orgulloso de eso.

Encontré un sitio maravilloso en el cementerio de Montmartre, junto a un viejo castaño de Indias. Además, no está muy lejos de la tumba de Heinrich Heine, sabía que eso te gustaría. Y les pedí a todos que no fueran vestidos de

negro, como tú querías. Esa mañana de octubre, solo pocos días después de tu treinta y tres cumpleaños, habría sido perfecta si no hubiera significado tu despedida definitiva. Lucía el sol, las hojas resplandecían en tonos amarillos y rojos, todo estaba tan tranquilo, casi alegre, y una larga procesión de gente vestida de muchos colores marchaba tras tu ataúd como si se dirigiera a una fiesta. Yo me pregunté si algo puede ser multicolor y triste a la vez. Y sí, es posible.

Vinieron todos. Tu padre, tu hermano y tus tías y primas de Borgoña. Mi madre y su hermana Carole, que incluso trajo al viejo Paul, su marido ya algo demente, que cada dos minutos preguntaba: «¿Y quién se ha muerto?». Y enseguida se le olvidaba. Estaban todos nuestros amigos. Hasta Anne, tu amiga de la infancia, vino desde Honfleur y llegó al cementerio cuando la ceremonia de la capilla había terminado y ya estábamos todos junto a la tumba. Llegó tarde porque algún idiota harto de la vida se había arrojado delante del tren, aunque ella consiguió que un taxista la llevara a toda velocidad el último tramo hasta París. Su ramo de rosas y lirios llegó totalmente aplastado, pero al menos ella logró estar ahí, siempre fiel.

También vinieron muchos de tus compañeros de trabajo y los alumnos de tu clase. El director pronunció unas agradables palabras en la capilla, y el sacerdote también estuvo muy bien. Fue muy emocionante cuando el coro del colegio cantó el ‘Ave Maria’. Cathérine dijo cosas

maravillosas sobre ti, nos conmovió a todos. Estaba muy tranquila y serena, la admiro. Más tarde me confesó que se había tomado un tranquilizante. Yo no habría podido pronunciar ni una sola palabra sobre ti, seguro que lo entiendes. Pero coloqué en la capilla una enorme foto tuya..., esa en la que estás delante de un inmenso campo de lavandas, con los brazos cruzados delante del pecho, sonriendo a la cámara. Nuestras primeras vacaciones juntos en la Provenza, ¿te acuerdas? Se te ve tan feliz, siempre ha sido una de mis fotos favoritas a pesar de que tú siempre te quejabas de que tuviste que guiñar los ojos por el sol.

Y escogí para ti la canción que sonó mientras estábamos junto a tu tumba: ‘Tu es le soleil de ma vie’. Porque tú has sido siempre para mí, querida, el sol de mi vida.

Arthur lloró desconsoladamente cuando el ataúd se hundió en la tierra. Primero se agarró a mí, luego a ‘mamie’. Fue terrible para todos nosotros. Verte desaparecer en ese profundo agujero, de forma irreversible, para siempre. Alexandre estaba a mi lado, como una roca soportando las olas del mar, y me apretaba el brazo. «Créeme, este es el peor momento», dijo. «No hay nada peor».

Me acordé de unas palabras de Philippe Claudel, quien escribió que al final todos vamos detrás de ataúdes.

Me quedé como petrificado y vi todas las flores y coronas con los mensajes de despedida, vi a mi hijo lloroso, que ya no tenía una madre, y luego ya no vi nada más

porque mis ojos quedaron cegados por las lágrimas. Después, cuando estábamos en el restaurante, todo resultó más fácil. Todos charlaban animadamente, comían sin parar, incluso se reían, sentían alivio de que todo hubiera pasado ya, y eso creó un ambiente de familiaridad y cordialidad momentáneo que a veces ni siquiera se alcanza en una fiesta en la que se reúnen personas de distintos círculos. Hasta yo estuve charlando y comí algo, porque de pronto me sentí hambriento, y Arthur fue de grupo en grupo diciendo que tú te habías mudado al cielo con todas tus maletas porque allí ibas a estar muy bien. Y que te ibas a alegrar muchísimo de volver a ver a tu ‘maman’ (de esto último no estoy muy seguro, ya sé lo difícil que era tu madre... Espero que no empecéis a discutir también en el cielo, donde, según dicen, debe reinar una gran paz).

En todo caso, ahora Arthur piensa que tú has abandonado ya el ataúd como por arte de magia y flotas entre las nubes. Está convencido de que estás bien porque ahora eres un ángel y allí arriba comes todos los días ‘clafoutis aux cerises’, esos pequeños pasteles de cereza que tanto te gustan.

El otro día, mientras le hacía unos espaguetis con su salsa favorita (mezclar un poco de salsa de tomate con nata y calentarlo todo en una cacerola, eso sí sé hacerlo), Arthur dijo de pronto que le habías contado que ibas a hacer un último viaje muy, muy largo y que por desgracia al sitio donde ibas no podíamos llamarte ni siquiera con el

teléfono móvil porque allí la cobertura es muy mala. «Pero no debes preocuparte, papá», añadió, «al final todos nos volveremos a ver allí, y mientras tanto ‘maman’ nos visitará en nuestros sueños, eso dijo. Yo la veo mucho en sueños», aseguró con energía, aunque no sé si solo mentía para consolarme. «Es como un ángel y tiene el pelo muy largo».

Ayer quería saber si también tienes alas y si desde el cielo puedes verlo realmente TODO. Creo que había comido chocolate a escondidas después de lavarse los dientes y que estaba algo intranquilo.

Me gustaría poder aceptar tu muerte tan bien como Arthur, Hélène. A veces él también está triste y echa de menos a su ‘maman’, pero enseguida ha aceptado la idea de que ya no estás aquí abajo. Muchas veces me pregunta qué diría ‘maman’ en ese momento..., y yo también me lo pregunto. Tengo muchas preguntas y ninguna respuesta, mi amada criatura. ¿Dónde estás ahora?

¡Te echo mucho, mucho, mucho de menos!

Pongo una exclamación, pero en realidad debería poner mil.

El dolor me ha hecho modesto. Me conformaría con poder sacarte de «ahí arriba» solo una tarde al mes, con poder estar juntos solo unas horas. ¿No sería maravilloso que algo así fuera posible?

En lugar de eso, por fin te escribo. Algo es algo.

Me alegro de que ‘mamie’ viva tan cerca, así puede ocuparse de Arthur. Me ayuda mucho. Y ella también te

echa de menos. Le gustaste desde el primer día que te llevé a casa, ¿te acuerdas? Es lo más opuesto a una suegra malvada. Y, como toda buena abuela, adora a su pequeño nieto. Él se la gana enseguida con su continuo parloteo, y ella no puede decirle que no a nada. Casi podría sentirme celoso. No recuerdo que conmigo tuviera tanta paciencia ni fuera tan simpática. Cuando haga más calor quieren ir a pasar dos semanas juntos en Honfleur, en la playa. Al pequeño le vendrá bien no tener que estar viendo continuamente mi cara triste.

Esta mañana se ha presentado de pronto Favre. Vino al entierro con su mujer, Mathilde, que parece una persona muy amable y cariñosa. Quería saber cómo va la nueva novela. Bueno, no sé si podré terminar de escribirla. Seguro que tú me dirías que hiciera un esfuerzo, pero necesito tiempo. Que pase tiempo. El tiempo todo lo cura. He oído esa estúpida frase muchas veces. Aunque mis heridas todavía no están curadas.

¡Solo puedo confiar en que ahora estés mejor, ángel mío! Por lo demás, tal vez te alegre saber que encargué una lápida de mármol con una cabeza de un ángel tallada en una placa de bronce. Alexandre, nuestro superesteta, conocía a un marmolista que trabaja con un escultor, y este esculpió el relieve tomando como modelo una foto tuya. Ha quedado precioso. El otro día Arthur reconoció enseguida tu tumba. Le he contado que nos conocimos en ese cementerio, tú y yo, junto a la tumba de Heinrich Heine.

Sin este poeta tú probablemente no existirías, le dije. Le hizo mucha gracia.

Mañana iré al cementerio de Montmartre a llevarte mi primera carta. Perdona que haya tardado tanto en escribirte. Ahora que ya está roto el hielo no pasará tanto tiempo. Y te sorprenderás, porque se me ha ocurrido algo muy especial para esta correspondencia tan unilateral.

Hasta pronto, mi querida Hélène, hasta la próxima carta... Hasta que vuelva a tenerte como entonces, en mayo.

Julien

TODOS DEBEMOS PODER IR A ALGÚN SITIO

El cielo primaveral me había tomado el pelo. Cuando a la mañana siguiente salía de la estación de metro de Abbesses cayó un chaparrón que hizo que las chicas que en ese momento se estaban haciendo una foto junto al cartel de estilo Belle Époque de la boca del metro se desperdigaran como el confeti. Gritaron y se rieron y se refugiaron en uno de los cafés cercanos, que a esa hora ya estaban bastante concurridos.

Yo también me refugié en un portal hasta que dejó de llover, luego seguí mi camino hacia el Cimetière Montmartre. Me llevé la mano al pecho para cerciorarme de que la carta que llevaba en el bolsillo interior de mi chaqueta de cuero marrón seguía todavía allí.

Curiosamente ese día me encontraba algo mejor. Haberle escrito por fin a Hélène me hacía sentir bien, aunque en realidad la situación no había cambiado. ¿Habría tenido la escritura un efecto catártico sobre mí? En cualquier caso, esa noche no me había despertado a las cuatro, como me había pasado a menudo en los últimos meses. Odiaba esa hora tan temprana, cuando los pensamientos me oprimían el pecho como espíritus malvados y la oscuridad perturbaba mi mente.

—¿Qué haces hoy, papá? —me preguntó Arthur cuando nos sentamos juntos a desayunar, mirándome con interés por encima del tazón de chocolate caliente que sujetaba con las dos manos. No me había hecho nunca esa pregunta. Tal vez los niños tengan un «olfato para las cosas», como suele decir mi madre.

Yo miré su boca manchada de cacao y sonreí.

—Hoy voy a ir ver a *maman* —dije.

—Oh, ¿puedo ir contigo?

—No, hoy no, Arthur, tienes que ir a la guardería.

—¡Por favor!

—¡No, cariño, la próxima vez!

Hoy tenía que cumplir una misión y no quería que nadie me molestara.

Después de dejar a Arthur en la guardería —miradas compasivas de las cuidadoras, yo era el hombre triste que había perdido a su mujer demasiado pronto y al que perdonaban que se retrasara por la tarde—, tomé la línea 12, que me llevó por la red subterránea del metro hasta Montmartre. Yo, que vivía en Saint-Germain, no tenía el cementerio del norte de París precisamente delante de la puerta, algo que quizá tampoco estaba mal, ya que de lo contrario lo mismo me hubiera instalado en él. Pero de este modo cada trayecto por los oscuros túneles del metro se convertía en un pequeño viaje al final del cual me encontraba en otro mundo más verde y tranquilo.

Ahí, entre estatuas deterioradas por el paso del tiempo, lápidas hundidas sobre las que se había posado la pátina del olvido y flores frescas que resaltaban con su brillo pero que también se marchitarían y al final perderían su color, el tiempo y la Tierra se habían detenido.

Al atravesar la puerta del cementerio y avanzar por los caminos abandonados yo también ralenticé mis pasos de forma involuntaria. En los charcos se reflejaban las nubes. Seguí la Avenue Hector Berlioz y saludé con un gesto al jardinero, que venía hacia mí con su rastrillo, antes de girar a la derecha en la Avenue de Montebello y luego tomar uno de los caminos pequeños y buscar con la vista el enorme castaño de Indias. Pronto desprenderían las flores su magnífico aroma. Metí la mano en el bolsillo de la chaqueta en el que todavía guardaba la castaña que recogí del suelo el día del entierro y acaricié su cáscara, lisa como un ancla en mi mano.

Miré a la izquierda, donde a lo lejos se encontraba la tumba de Heinrich Heine detrás de verdes arbustos y lápidas que parecían fundirse entre sí. No recordaba exactamente qué me había llevado entonces hasta el cementerio de Montmartre. No sé bien por qué estaba en el 18.º arrondissement, un distrito muy visitado por los turistas sobre todo por la basílica de Sacré-Coeur, las vistas sobre París y las intrincadas y pintorescas callejas que suben y bajan. Tal vez fue mi mejor amigo, Alexandre, quien me dijo que una vez en la vida

hay que visitar el Cimetière Montmartre, aunque solo sea por la tumba de Marie de Plessis, quien sirvió de inspiración para el personaje de Alphonsine de Plessis, más conocida como la «dama de las camelias», cuya desdichada historia de amor inmortalizó Alejandro Dumas en su famosa novela.

Así que aquel día de mayo, del que ahora me parecía que había transcurrido una eternidad, paseaba yo por aquel cementerio encantado, caminando pensativo entre ángeles y viejas tumbas que con sus columnas y sus tejados a dos aguas parecían pequeñas casas, mientras buscaba la tumba de la dama de las camelias. Pero no llegué hasta ella porque antes algo llamó mi atención. Una melena rizada y rojiza que resplandecía al sol flotaba sobre las lápidas como una nube de atardecer y pertenecía a una joven que estaba con su vestido verde y su gesto solemne ante el busto de Heinrich Heine, leyendo los versos grabados en la placa de mármol. Apretaba una cartera contra su pecho y tenía la cabeza algo inclinada, y al instante me enamoré de su delicada boca roja y de su pequeña nariz cubierta de pecas. Me acerqué a ella en silencio, incliné también un poco la cabeza y leí a media voz las palabras del poeta alemán que había encontrado allí su última morada:

¿Dónde, de vagar cansado,
tendré mi último reposo?
¿En el sur, bajo palmeras?
¿Bajo tilos, junto al Rin?

¿Me sepultarán las manos
de un extraño en el desierto?
¿O descansaré en la arena
de una costa, junto al mar?

¡Qué importa! El cielo de Dios
me envolverá, aquí o allá,
y mis lámparas mortuorias
nocturnos astros serán.

La joven se giró hacia mí y me observó con curiosidad. Era alta, casi tan alta como yo.

—Bonito, ¿no? —preguntó.

Yo asentí. Muy bonito no debía de haber sonado, ya que mis conocimientos de alemán eran muy rudimentarios.

—¿A usted también le gustan los poemas de Henri Heine? —Pronunció su nombre con acento francés y con tanto cariño como si fuera un familiar: *'onri 'ene*.

—Mucho —mentí. Hasta ese momento apenas había leído algo de este poeta.

—Yo adoro a Henri Heine —dijo ella con fervor—. Uno de los últimos poetas del romanticismo. —Sonrió—. Estoy escribiendo mi trabajo fin de máster sobre él y la ironía romántica.

—Oh, qué interesante.

—El pobre hombre no tuvo una vida sencilla. Murió enfermo y sin patria. Así ya se puede ser irónico. De alguna forma hay que salvarse, ¿no cree? Y a pesar de todo escribió poemas maravillosos.

Contempló meditabunda el busto de mármol que mostraba el rostro de un hombre algo misántropo.

—Me alegro de que al menos encontrara su última morada aquí y no bajo los tilos alemanes, donde nadie le entendía. Eso es lo que acordó con Mathilde. Fue su expreso deseo ser enterrado aquí, en el cementerio de Montmartre, ¿lo sabía usted?

Yo negué con la cabeza.

—No, pero puedo entenderlo. Este es un sitio muy acogedor.

—Sí —dijo ella algo ensimismada—. A mí también me gustaría ser enterrada aquí, cuando me muera. Adoro este cementerio.

En algún lugar trino un pájaro, y la luz cayó entre los árboles y dibujó trémulos círculos en el camino en el que nos encontrábamos, uno junto al otro.

—Pero en un día tan bonito como hoy no se puede pensar en la muerte —dije, y decidí lanzarme—. ¿Le apetecería tomar un café conmigo? Me gustaría saber más cosas sobre su amigo Heine y la ironía romántica.

—Vaya. Y supongo que también sobre mí —respondió, y me lanzó una pícaro mirada. Me había calado desde el principio.

Yo sonreí al sentirme descubierto.

—Básicamente sobre usted.

Así fue como conocí a Hélène. En un cementerio. Luego nos gustaba contarle

como una divertida anécdota. Pero entonces, aquel día de mayo, cuando nos sentamos en una café al sol, estiramos las piernas y bromeamos alegremente, no podía ni imaginar que pocos años después iría a visitarla en el mismo lugar.

Cuando llegué a la tumba de Hélène tenía los pies mojados. Absorto en mis pensamientos, me había metido en un charco en el que flotaban varias colillas reblandecidas.

Ante la clara y fina lápida con el relieve en bronce de la cabeza de un ángel, que estaba de perfil y mostraba los rasgos de Hélène, había un ramo de nomeolvides frescas. ¿Quién lo había llevado?

Miré alrededor, pero no se veía a nadie. Retiré algunas hojas de castaño de la hiedra verde que cubría la tumba, me volví a incorporar y dejé vagar mi mirada con nostalgia sobre el sencillo bloque de mármol en el que estaban grabados en letras doradas el nombre de Hélène y las fechas de su nacimiento y su defunción. Y debajo tres líneas que siempre me recordarían nuestro primer encuentro:

 Mi amada, ay, ven,
 que pueda volver a tenerte,
 como entonces, en mayo.

En algún momento volveríamos a tenernos el uno al otro. Aunque yo no fuera un hombre muy creyente, no había nada que esperara tan ardientemente. Tal vez bailaríamos juntos como nubes blancas, tal vez las raíces de dos árboles se encontrarían en un abrazo eterno, quién sabía. Nadie ha abandonado todavía el reino de los muertos para informarnos sobre lo que ocurre cuando una vida se apaga, y todo el pensamiento humano desemboca en este punto en incertidumbre, esperanza y especulación, en la nada o en la creencia de que hay algo ahí, de que podría haber algo ahí.

—Hélène —susurré—. ¿Cómo estás? —Deslicé con cariño los dedos por el rostro del ángel, y enseguida sentí un nudo en la garganta. Tragué saliva—. Mira, he cumplido mi promesa. Y ahora presta mucha atención.

Saqué la carta de mi chaqueta y miré otra vez alrededor antes de volverme a agachar y palpar con las manos la parte inferior de la tumba para encontrar el

punto que ponía en movimiento el mecanismo que abría el compartimento secreto —imperceptible a la vista— tallado en la piedra. El hueco en el interior de la piedra tenía espacio suficiente para guardar treinta y tres cartas para siempre. La tapa de piedra se abrió, y yo deposité a toda prisa la carta y la volví a cerrar.

Nadie aparte de mi bello ángel, que miraba a lo lejos extasiado, y el marmolista que había realizado el encargo, a quien yo no iba a volver a ver en la vida, sabría jamás de la existencia de ese pequeño compartimento que yo había mandado tallar para mis cartas a Hélène. Estaba muy orgulloso de esta idea que me permitía depositar mi correspondencia en un buzón secreto, en un sitio que existía realmente.

«Todos debemos poder ir a algún sitio para visitar a un muerto», pensé. Y luego pensé también que ese deseo es en el fondo el motivo por el que existen los cementerios. Seguramente también se puede colocar una foto con una vela delante, pero eso no es un lugar real. No es el sitio donde yace la persona amada.

Un pequeño crujido me hizo estremecer. Me giré y contemplé el cementerio. Detrás de una lápida ya vieja saltó un gato atigrado que perseguía una hoja que el viento había arrancado del árbol demasiado pronto, y sonreí aliviado. No le había hablado a nadie del peculiar último deseo de Hélène, ni siquiera mi amigo Alexandre sabía nada de esas cartas.

Cuando poco después abandonaba el cementerio con la cabeza gacha estuve a punto de chocarme con una mujer rubia que se dirigía hacia la salida por los intrincados caminos. Era Cathérine.

—¡Vaya, Cathérine! ¿Qué haces tú aquí?

—Supongo que lo mismo que tú —respondió algo cortada—. He estado junto a su tumba.

—Sí, bueno..., yo también —repliqué sin fuerza.

Los dos estábamos cortados y no sabíamos muy bien qué decir. No es lo mismo encontrarse en un cementerio que en un café o en el portal..., quizá porque uno quiere estar solo con su tristeza.

—Ha quedado muy bonita, la lápida —comentó ella al fin—. Realmente bonita. Sobre todo, el ángel.

Yo asentí.

—Sí. —Y para decir algo más, le pregunté—: ¿Has dejado tú el ramo de nomeolvides?

Ahora fue ella la que asintió.

—Había unas flores secas, estaban bastante mal. Las he tirado. Espero que no te importe. La lluvia... —Levantó los hombros en un gesto de disculpa.

—No, claro que no, no me importa. —Sonreí ampliamente. No quería dar la sensación de tener el monopolio sobre la tumba de Hélène. Al fin y al cabo, cualquiera puede acercarse a una tumba, para eso están los cementerios. Los muertos de Montmartre no podían negarse a que los extraños se acercaran a sus tumbas y las fotografiaran o les dejaran flores, y además Cathérine había sido amiga de Hélène.

—¿Has venido en metro? ¿Volvemos juntos? ¿O tomamos un café? Esta tarde no tengo clase. —Se sujetó un mechón de pelo detrás de la oreja y me miró otra vez con esa mirada cargada de tristeza.

—Otro día. He quedado con Alexandre —me apresuré a contestar, aunque no era mentira.

—Bueno, entonces... —dijo ella, y pareció dudar—. ¿Estás..., estás más o menos bien?

—Sí, más o menos —respondí tajante.

—Sabes que puedes dejarme a Arthur cuando quieras. Le gusta mucho jugar con Zazie. —Intentó una sonrisa—. Podemos cenar algún día los tres juntos, prepararé algo especial. Sé que estás pasando por un mal momento, Julien. Todos estamos... —Sus ojos de media luna brillaron, y temí que se echara a llorar.

—Lo sé. Gracias, Cathérine. Ahora tengo que irme. Bueno, pues...

Hice con la mano un gesto indeterminado que podía significar todo o nada y me marché. No fue muy cortés por mi parte, pero la dejé ahí plantada, y mientras desaparecía en el barullo de las ajetreadas callejas que llevaban a la Place des Abbesses pude sentir su mirada decepcionada en mi espalda.

NINGÚN HOMBRE DEBERÍA ESTAR SOLO MUCHO TIEMPO

Tío, tienes una pinta horrible! —dijo Alexandre—. ¿Comes algo, o es que ya solo fumas?

Yo meneé la cabeza.

—Muy constructivo, Alexandre. Eso es lo que más me gusta de ti. —Me miré de reojo en el viejo espejo veneciano que colgaba a la izquierda de la puerta de la tienda. Tenía un color llamativamente gris, el pelo ligeramente ondulado y demasiado largo y unas ojeras espectaculares—. Pues esta mañana tenía la sensación de que hoy era mi mejor día. —Suspiré, pasándome la mano por el pelo.

Últimamente me había acostumbrado a clasificar los días en buenos, estupendos y malos. Aunque los días buenos en realidad no existían.

—¿De verdad? Jamás lo habría pensado. —Alexandre miró a contraluz un anillo de sello de oro rojo y asintió satisfecho antes de guardarlo en una bolsita de terciopelo azul oscuro y mirarme con expresión severa—. Dime..., ¿te pones alguna vez algo que no sea ese jersey de cuello alto gris?

—¿Qué tienes contra este jersey? ¡Es de cachemir!

—Sí, pero ¿has hecho algún voto o qué? ¿Me pondré este jersey hasta que resuenen las trompetas de Jericó? —Levantó las cejas y sonrió—. Siempre te veo con él.

—Tonterías. No me ves todos los días.

Estaba con Alexandre en su tienda en la Rue de Grenelle y ya me encontraba mejor, como siempre que le veía. Alexandre era el único de mi entorno que me

trataba de forma «completamente normal». No tenía en cuenta «mi situación», y, aunque a veces me molestaba su falta de empatía, sabía que su falta de tacto era fingida.

Alexandre Bondy es una de las personas más empáticas que conozco. Un espíritu artístico con ideas alocadas y gran destreza manual. Alexandre es mi amigo, y si fuera necesario daría su brazo derecho por mí. Antes íbamos todos los inviernos a esquiar a Verbier y lo pasábamos muy bien juntos. Hacíamos que éramos los hermanos más dispares, él de pelo negro y ojos oscuros, yo rubio y con ojos azules, y nos hacíamos llamar Jules y Jim. Naturalmente, yo era Jules, eso estaba claro, y él, Jim. Pero a diferencia de los protagonistas de la película, por suerte nosotros no nos enamoramos nunca de la misma mujer. Cuando cumplí treinta años Alexandre me regaló un reloj que tenía grabado «Jules» por detrás. Lo había grabado él mismo.

Alexandre es orfebre, uno de lo más creativos y caros de París. Su pequeña tienda se llama L'espace des rêveurs, «El espacio de los soñadores», y no conozco a ninguna mujer que no se enamore al instante de sus exquisitas joyas hechas a mano, que unas veces están decoradas con diminutas piedras preciosas de delicados tonos primavera, y otras con gruesas perlas de los Mares del Sur negras y brillantes, que, a juzgar por su precio, escasean cada vez más. Colgantes redondos o cuadrados de oro o plata mate con frases de Rilke o Prévert grabadas, relucientes corazones de cuarzo rosa, ágata o aguamarina engarzados en cruces de oro en cuyo punto de intersección brilla un rubí del tamaño de la cabeza de un alfiler..., no conozco a nadie tan amante del detalle como Alexandre. Cada tres meses pinta la tienda de un color diferente —gris oscuro, verde lima, rojo sangre de toro—, y en las paredes cuelgan azulejos cuadrados hechos a mano y del color de la leche en cuyo centro aparece solo una palabra en delicadas letras negras. Palabras como «Polen» o «*Chagrin d'amour*» (Tristeza de amor) o «Reino» o «*Toi et moi*» (Tú y yo).

Alguien capaz de crear objetos tan maravillosos tiene que contar con un alto grado de sensibilidad, y creo que nadie sabía tan bien como Alexandre cómo me encontraba yo en aquellos días. Era un amigo de verdad, pero odiaba los tópicos y evitaba frases bienintencionadas como «El tiempo todo lo cura» o «Todo irá bien».

Y ese era precisamente el problema, que nada iba bien. No había nada que me sirviera de consuelo. Al menos en aquel momento. Y, cuando lo hubiera,

tendría que descubrirlo yo por mí mismo.

—Vengo del cementerio —dije.

—Muy bien, entonces tendrás hambre. Estar al aire libre siempre abre el apetito. —Depositó con cuidado la bolsa de terciopelo en la gigantesca caja fuerte gris oscuro que había en la pared del fondo de la tienda, cerró la pesada puerta de hierro y tecleó una combinación de números.

Yo asentí y noté perplejo que sí que estaba hambriento. El efecto del cruasán que había mojado por la mañana distraído en el café no había durado mucho.

—Recojo un poco esto y nos vamos. Gabrielle llegará en cualquier momento.

Desapareció en la parte trasera de la tienda, y oí cómo trasteaba con sus herramientas. Alexandre es una persona sumamente ordenada, no como yo. Todo tiene que estar en su sitio. El desorden le provoca casi un dolor físico. Yo salí a la calle, encendí un cigarrillo y busqué con la vista a Gabrielle.

Gabrielle Godard, una criatura delgada y pálida con el pelo negro recogido, que siempre llevaba ropa negra o blanca y anotaba todas las cuentas a mano con tinta azul oscuro en papel de tina de color crema, era la reina secreta de L'espace des rêveurs. Llevaba con una gracia inimitable las joyas que Alexandre creaba y las vendía sin ser realmente la dependienta de la tienda. Era su musa y yo sospechaba que era también la reina secreta de su corazón. No sabía nada con seguridad, pero en cualquier caso los dos habrían encajado perfectamente por su estilo y su carácter reflexivo.

Gabrielle se hacía esperar, así que apagué el cigarrillo, volví a entrar en la tienda y me puse a contemplar las vitrinas iluminadas que estaban junto a la pared, esta vez pintada en azul celeste. Me llamó la atención un anillo. Era como de oro trenzado. Finos hilos de oro entretejidos una y otra vez hasta formar un pesado anillo que habría sido digno de una reina medieval. Jamás había visto una cosa así. Estaba claro que era un modelo nuevo.

—¿Qué? ¿Te gusta mi anillo tejido? —preguntó Alexandre con orgullo, colocándose bien las gafas de pasta negra—. Mi última creación. Naturalmente, se puede hacer también con brillantes o rubíes.

—Una obra maestra —dije con reconocimiento—. Parece hilado por la bella hija del molinero. —Suspiré—. Qué lástima que yo ya no tenga nadie a quien regalárselo.

—Sí, es una pena —admitió él sin tapujos—. Aunque así te has ahorrado un

montón de dinero. Esta joya no es tan barata como el oro de la hija del molinero.

—Eso es un gran consuelo.

—Ya te digo. ¡Venga, vámonos! No tengo ganas de seguir esperando.

Justo cuando íbamos a salir de la tienda apareció Gabrielle revoloteando como un cuervo con sus ropas negras y nos saludó discretamente antes de pasar por delante de nosotros y tomar posiciones en el interior. Poco después estábamos en la barra del *traiteur* favorito de Alexandre, en la Rue de Bourgogne, que a esa hora estaba muy concurrido, tomando pollo con endivias cocidas en salsa de vino tinto. De la botella de Merlot no tuvo ni que convencerme Alexandre. Hablamos de esto y de lo otro, ni mencionamos a Hélène, y mientras el agradable calor del vino se propagaba por mi cuerpo de pronto la vida me pareció algo más «normal». Escuché las historias de Alexandre mientras cogía de vez en cuando un trozo de *baguette* recién hecha para mojarla en la sabrosa salsa.

La comida era sencilla y buena.

Alexandre se limpió la boca con la servilleta.

—¿Y? ¿Avanzas con la escritura?

—No —contesté haciendo honor a la verdad.

Él tomó aire con gesto de desaprobación y negó un par de veces con la cabeza.

—Tienes que hacer un esfuerzo, Julien.

—No puedo. Me siento demasiado desgraciado —repliqué. Apuré mi copa y sentí cómo me invadía una ola de autocompasión.

—Venga, no lloriquees —dijo Alexandre, aunque vi su mirada de preocupación—. La mayoría de los grandes autores han escrito su mejor obra precisamente cuando eran más desgraciados. Piensa en... F. Scott Fitzgerald o William Butler Yeats o... Baudelaire. La infelicidad puede dar a veces un gran impulso creativo.

—Pero no es mi caso, idiota. Mi editor espera una novela muy divertida, una co-me-dia. —Me quedé mirando fijamente la copa de vino, que por desgracia estaba vacía.

—¿Y qué? Los buenos payasos son personas sumamente tristes.

—Es posible, pero yo no trabajo en un circo, donde te echas un cubo de

agua por la cabeza o te resbalas con una cáscara de plátano. Lo que yo hago es un poco más exigente.

—Dirás lo que *no* haces. —Alexandre llamó la atención del gigantesco camarero que estaba tras la barra con una seña y pidió dos cafés *espresso*—. ¿Y ahora?

—Ni idea. Tal vez simplemente debería dejar de escribir.

—¿Y cómo piensas ganarte la vida?

—En algo con un vocabulario limitado —respondí con cinismo—. Puedo vender helados. Me compraré una máquina de hacer helados y una furgoneta y luego... vainilla, chocolate, fresa...

—Buena idea. El heladero triste del Boulevard Saint-Germain. Ya lo estoy viendo. La gente acudirá en masa solo para ver tu cara de pena.

El gigantón nos sirvió con sus enormes manos los cafés en tazas diminutas de gruesa porcelana y dejó un azucarero al lado.

—¿Y qué voy a hacer? No estoy inspirado.

—¿Quieres oír mi opinión? —Alexandre se echó azúcar en el café.

—No, no quiero oírla.

—Necesitas una mujer.

—Cierto. Necesito a Hélène.

—Pero Hélène está muerta.

—¿Quieres creer que ya me había dado cuenta?

—Vamos, no te enfades. —Me pasó el brazo por el hombro para tranquilizarme. Yo me libré de él.

—Ya está bien, Alexandre. No tiene ninguna gracia. Eres un ordinario.

—No, no lo soy. Solo soy tu amigo. Y te digo que necesitas una mujer. Ningún hombre debería estar solo mucho tiempo. Sencillamente, no es bueno.

—Yo no lo he buscado, ¿vale? Era muy feliz.

—Esa es la cuestión. *Eras* feliz. Y es evidente que ya no lo eres. Tienes que admitirlo.

Dejé caer la cabeza entre las manos.

—Lo admito. ¿Y ahora?

—Ahora... es siempre el momento adecuado porque es el único momento posible.

—Deberías oírte. Pareces un predicador —le dije sin fuerzas.

—Me refiero a que deberías relacionarte más con la gente. Tienes treinta y cinco años y llevas seis meses viviendo como un ermitaño..., Julien. —Me

dio un pequeño empujón y yo levanté la cabeza de entre las manos—. El sábado después de Semana Santa hago la exposición de primavera y quiero que vengas. Lo mismo encuentras allí la inspiración, quién sabe. Un poco de compañía humana te sentará bien, querido.

Se tomó su café de un trago y me sonrió.

—¿Sabes que los viudos jóvenes causan estragos entre las mujeres? La mayoría tienen el síndrome del ayudante.

—No me interesa.

—Naturalmente, lo mismo pasa con los viudos viejos, pero solo cuando son muy ricos. Tal vez deberías seguir escribiendo *best sellers* y dejar lo de vendedor de helados para otra vida.

—Déjalo ya, Alexandre.

—Vale, lo dejo, debo volver a la tienda. —Miró su reloj, que era igual que el mío—. Pero tienes que prometerme que vendrás.

—Te lo prometo, aunque a desgana.

—Eso no importa, no se puede hacer siempre solo lo que a uno le gusta.

Alexandre dejó unas monedas en la barra y salimos a la calle y nos despedimos.

Faltaban dos semanas para Semana Santa, y mi madre pensaba irse quince días con Arthur a la playa. Si me apetecía, podía ir a la exposición de Alexandre sin tener que organizar nada. Tal vez la fiesta me ayudara realmente a pensar en otras cosas. Al menos sería una fecha que marcar en el calendario de mi monótona y triste vida, cuyos días se sucedían al ritmo invariable de dormir, comer, llevar a Arthur a la guardería o recoger a Arthur de la guardería.

Iría a esa exposición de primavera. Anoté la fecha, el 17 de abril, en mi agenda a pesar de que la idea de que no conocería a nadie me hacía sentir incómodo. Nunca se me ha dado bien charlar con la gente.

Pero el hecho de que al final no asistiera a la fiesta de Alexandre tuvo un motivo muy diferente que me sumiría en el más profundo desconcierto.

ARTHUR DE LA MESA REDONDA

Mi más querida amada:

Esta noche apareció de pronto Arthur como un pequeño fantasma en la puerta de mi dormitorio. Lloraba amargamente y llevaba en la mano a Bruno, su viejo osito de peluche marrón. Asustado, encendí la lámpara de la mesilla y me levanté de un salto. Desde que estoy solo en la cama tengo un sueño muy ligero. Ya no soy la marmota de la que tanto te gustaba burlarte cuando abrías de golpe las cortinas del dormitorio para dejar entrar el sol.

Así que me agaché junto a nuestro pequeño y lo abracé. «Cariño, ¿qué..., qué te pasa? ¿Te duele la tripa?». Él negó con la cabeza y siguió sollozando. Yo lo cogí en brazos y le metí junto con su osito, al que llevaba bien sujeto, en nuestra cama. Le empecé a acariciar su carita mojada y le dije en voz baja todos los apodos cariñosos que se me ocurrían. Pero no había forma de consolarle. «¡No, déjame! ¡Quiero que venga mamá, quiero que venga mi

mamá!». Siguió llorando y pateando la cama.

Le miré sin saber qué hacer. Podría concederle cualquier deseo del mundo menos ese.

«Cariño, mamá está en el cielo, ya lo sabes», le dije en voz baja y con tristeza. «Tendremos que valernos por nosotros mismos. Pero nos tenemos el uno al otro, eso ya es algo, ¿no? Y el domingo iremos con ‘mamie’ al Jardin des Plantes a ver los animales».

Los sollozos cesaron un momento para luego volver a empezar.

Le hablé con cariño y con palabras propias de un sacerdote invocando al Espíritu Santo. Finalmente me contó entre hipidos y sollozos que había tenido un «sueño malo». Y realmente fue una pesadilla, Hélène. Me ha quedado claro que Arthur, nuestro pequeño, valiente y espabilado hijo, que aparentemente ha aceptado bien la nueva situación y, para mi vergüenza, trata de animar a su desolado padre, no ha superado la muerte de su ‘maman’ tan bien como yo suponía. Es posible que los niños se adapten a las nuevas realidades mejor que nosotros, los adultos. ¡Qué remedio les queda! Cuando oigo con qué naturalidad les habla Arthur de ti a sus amigos de la guardería, diciendo cosas que los adultos llamamos, me acuerdo siempre de esa vieja película de René Clement, ‘Juegos prohibidos’, que vimos juntos en el pequeño y viejo cine de Montmartre. La música de la película te gustó tanto que luego te compraste el CD de ese guitarrista español,

Narciso Yepes, y lo escuchabas una y otra vez. Recuerdo que la película nos emocionó tanto que al final, durante los créditos, nos quedamos sentados en silencio y cogidos de la mano. Creo que fuimos los últimos en salir del cine. La pequeña Paulette y su amigo Michel..., cómo se enfrentaban de un modo infantil, jugando, a la muerte y el horror de la guerra y creaban un mundo propio que tenía un orden propio. Cómo robaban todas esas cruces del cementerio e incluso de la iglesia para enterrar en su cementerio secreto al perro muerto de Paulette y luego a los demás animales muertos. Siempre he pensado que los niños son unos seres sorprendentes. Con su fantasía y esa sencillez y claridad con que observan todas las cosas. Cómo se enfrentan a la vida y de algún modo consiguen sacar lo mejor de ella. ¿Cuándo se pierde eso exactamente? ¿Esa confianza en la vida?

El sueño de Arthur también tenía lugar en un cementerio. Todavía siento un escalofrío en la espalda al pensar en ello. Estaba completamente solo en el Cimetière Montmartre, me dijo. Al principio íbamos los dos por un camino, pero luego se distrajo un momento y yo desaparecí de golpe. Así que se puso a buscar tu tumba esperando encontrarme a mí en ella. Dio vueltas por el cementerio durante horas, se perdió, deambuló llorando y gritando por los caminos y paseos. Y finalmente la encontró, tu tumba. Ante la lápida de mármol con el ángel había un hombre con una chaqueta de cuero y él, Arthur, se sintió aliviado y

gritó: «¡Papá, papá!».

Pero el hombre que se giró era un desconocido. «¿A quién buscas?», le preguntó el desconocido con amabilidad.

«¡Busco a mi papá!».

«¿Cómo se llama tu papá?».

«Julien. Julien Azoulay».

«¿Julien Azoulay?», dijo el desconocido, y señaló la tumba. «Sí, está aquí, hace mucho que murió».

Y de pronto en la lápida no ponía solo tu nombre, sino también el mío, el de ‘mamie’ e incluso los de Cathérine y su gato Zazie. Y entonces él se dio cuenta de que todos estábamos muertos y él estaba completamente solo en el mundo.

«¡Solo tengo cuatro años!», sollozó mirándome con sus enormes ojos infantiles llenos de pánico. «¡Solo tengo cuatro años!». Desesperado, levantó la mano y me mostró cuatro dedos. «No puedo estar solo».

El corazón me dio un vuelco.

«Arthur, cariño, solo ha sido un sueño. Un sueño malo, pero nada de eso es verdad. No estás solo, yo estoy aquí contigo. Yo estaré siempre aquí, ¿me oyes? Jamás te abandonaré, de eso puedes estar seguro».

Le abracé, le mecí de un lado a otro y le hablé suavemente hasta que se tranquilizó y poco a poco dejó de llorar.

A mí también me hizo sentir mal ese sueño, y los miedos de Arthur y su pena infantil se me clavaron en lo más

hondo del corazón. Consolé a nuestro pequeño lo mejor que pude, sentí remordimientos y me propuse firmemente cuidar mejor de Arthur en el futuro. Leerle cuentos, ver películas con él, tomar barquillos con él en las Tullerías y jugar juntos con los barcos de vela en el estanque. Ir al campo con él y pasear junto a los ríos. Ir de pícnic en verano al Bois de Boulogne, tumbarnos sobre una manta a la sombra de un árbol y mirar el cielo. Ir por su cumpleaños a ese horrible Disneyland del que él tanto habla, podría llevarse a un par de amigos, y lanzarnos al vacío en la montaña rusa del lejano oeste y comer después montañas de patatas fritas y algodón de azúcar. En el futuro trataría de ocuparme menos de mí mismo y ser un padre más atento, sí, incluso intentaría escribir..., aunque fuera solo una página al día.

«Papá, ¿puedo dormir esta noche contigo?», me preguntó finalmente, y yo le dije: «Naturalmente, cariño, la cama es muy grande».

«¿Puedes dejar la luz encendida?».

«Claro que sí».

Unos minutos después ya estaba dormido. Me apretaba una mano con fuerza y en el otro brazo tenía a Bruno.

¿Sabes, Hélène, que en su momento me preguntó si podía darte a Bruno para que te lo llevaras en tu viaje? «Así ‘maman’ no estará tan sola», dijo, sujetando su osito con fuerza y mirándome indeciso.

Habría sido un sacrificio demasiado grande.

«Es una gran idea, Arthur», dije yo, «pero creo que a ‘maman’ no le vuelven loca los ositos de peluche. Me parece que Bruno debería quedarse contigo».

Él asintió aliviado.

«Sí, es cierto», dijo, y pensó un instante. «Entonces le daré mi caballero rojo con... y mi espada de madera favorita».

Y así fue, querida, como acabaron en tu ataúd su caballero favorito y la espada de madera que después de mucho pensar había elegido un día en Si tu veux, la maravillosa juguetería de la Galerie Vivienne. No sé si te servirán de algo donde ahora estás. Arthur opina que una espada de ese tipo siempre viene bien.

Así que anoche me tumbé a su lado, a las tres, y estuve un rato contemplando a la luz de la lámpara de noche su delicada carita, con sus oscuras pestañas. Es tan pequeño, un pajarito, y me juré a mí mismo que protegeré su vulnerable corazón con todas mis fuerzas. Me gustaría poder mantenerlo alejado de todas las cosas malas. Vi a ese niño dormido, por el que daría mi vida, y pensé que un día, muy pronto, se hará mayor, empezará a hacer travesuras con sus amigos, en el colegio sacará un suspenso en mates (si ha heredado mis genes), escuchará música a todo volumen en su cuarto, al que yo ya no tendré acceso, asistirá con sus amigos a su primer concierto, estará toda la noche fuera, hasta que el sol se anuncie con unas rayas rosas en el cielo, se enamorará por primera vez, se

emborrachará cuando le partan el corazón y entre sollozos romperá en mil pedazos la foto de una chica muy guapa.

Cometerá errores y hará muchas cosas bien, estará triste y luego será increíblemente feliz, y yo estaré al lado de ese maravilloso chico todo el tiempo que pueda, le ayudaré y veré cómo crece y se convierte en la mejor versión de sí mismo.

Y algún día él estará a mi lado.

Le di un beso a Arthur, y por un breve instante pensé que pisamos un hielo muy fino cuando entregamos nuestro corazón a una persona.

Somos todos tan frágiles. Todos los días. A todas horas.

Me acordé entonces de cuando buscábamos un nombre para él. Entonces era solo una especie de nube en la ecografía que tenías en la mano.

«Arthur..., ¿no es un nombre algo grande para alguien tan pequeño?», te pregunté yo. Me hacía pensar en los Caballeros de la Mesa Redonda. «¿Por qué no algo más sencillo, como Yves o Gilles o Laurent?».

Tú te reíste.

«Pero, Julien, no va a ser siempre pequeño. Crecerá hasta ser tan grande como su nombre, ya verás. Me gusta Arthur. Un nombre antiguo que suena bien».

Y así fue como se quedó con Arthur. Arthur Azoulay. ¿Qué llegará a ser nuestro pequeño Caballero de la Mesa Redonda? Ya lo veremos. Qué pena que tú ya no puedas ver cómo tu pequeño hijo hace honor a su nombre, Hélène.

Lo habíamos planeado todo de otra manera, ¿verdad? Pero tal vez, tal vez, tal vez lo veas con tus bellos ojos, que se han cerrado para siempre.

Confío tanto en que sea así. Cuidaré muy bien de él, te lo prometo.

Esta mañana todo estaba en orden otra vez. Arthur estaba muy contento y ha desayunado muy bien. Era como si esa pesadilla no hubiera existido nunca. Los niños olvidan enseguida. Aunque ahora quiere dormir siempre «en la cama de mamá». Así no estaré yo tan solo, dice. Además, nuestra cama es más mullida.

Luego hemos salido a la calle y ha ido dando saltos, tan contento, con sus botas de goma azules con puntos blancos porque de pronto se ha acordado de que hoy iban todos los de la guardería de excursión a ver el guiñol del Parc des Buttes-Chaumont. Ya sabes lo mucho que le gusta el guiñol.

Yo, en cambio, estaba hecho polvo. Apenas he dormido tres horas. Lo mismo me echo luego un poco. Por suerte no tengo grandes obligaciones. Aunque hoy me ha invitado ‘mamie’ a comer. Ha insistido mucho en que vaya. Estará también su peleona hermana Carole con su marido demente. Yo sí que voy a ver un buen guiñol. Las escenas que montan esos tres son realmente absurdas y siempre muy entretenidas.

Bueno, no me vendrá mal comer bien y dar un pequeño paseo por la Rue de Varenne.

A veces pienso que todo sería más sencillo si tuviera un trabajo de nueve a cinco, si estuviera por la mañana en una oficina y volviera a casa por la tarde. Así los días pasarían más deprisa y yo tendría alguna obligación que cumplir. Ahora debo organizarme yo solo y no siempre me resulta fácil. Menos mal que todas las mañanas he de llevar a Arthur a la guardería, quién sabe a qué hora me levantaría si no.

A menudo recuerdo con nostalgia cómo antes nos tomábamos el primer café juntos en la cama, antes de que tú despertaras a Arthur y te fueras al colegio. Entonces no supe valorar ese momento en que te metías en la cama, a mi lado, con las dos tazas, pero hoy echo de menos ese cuarto de hora contigo antes de que amanezca y la vida se ponga en marcha.

Y no solo ese.

Desde que no estás, Hélène, el primer instante de la mañana es mi momento del día preferido. Esos preciosos pocos segundos antes de despertar.

Aprieto la cara contra la almohada y escucho, medio dormido todavía, los ruidos que llegan apagados desde la calle. Un coche que pasa. Un pájaro que pía. El golpe de una puerta. Una risa infantil. Por un breve instante mi vida está en orden.

Busco tu mano, murmuro «Hélène», abro los ojos.

Y entonces la realidad cae otra vez sobre mí.

Tú no estás, y nada está en orden.

Te echo de menos, 'mon amour'. ¿Cómo voy a dejar de echarte de menos alguna vez?

Te querré y te echaré de menos... hasta que vuelva a tenerte como entonces, en mayo.

Un saludo de corazón a corazón,
Julien

CONFIT DE CANARD

Mis padres tuvieron un matrimonio feliz. Mi madre, Clémence, era sin duda la chica más guapa de la tranquila localidad de Plan-d'Orgon, en el sur de Francia. Creció en un hotel rural, rodeada de gallinas, prados y clientes que pasaban allí sus vacaciones o estaban de paso hacia los pueblos y pequeñas ciudades bordeados de campos de lavanda de la Provenza: Les Baux-de-Provence con su impresionante castillo, el pintoresco Roussillon, que resplandece al sol del atardecer en medio de rocas de tonos ocre y rojos, Arlés con su famoso anfiteatro y los animados mercados semanales en los que se pueden encontrar alcachofas rojas, aceitunas negras y telas de colores, o Fontaine-de-Vaucluse, donde se pueden contemplar las claras y azules aguas de los ríos que bajan de la montaña.

Si mi padre no se hubiera alojado un día en ese hotel y se hubiera enamorado de la muchacha de hermosos ojos que revoloteaba con su vestido de flores por el comedor del desayuno sirviendo a los clientes café, cruasanes, mantequilla salada, queso de cabra, paté y miel de lavanda, seguramente Clémence se habría quedado siempre allí y en algún momento habría pasado a hacerse cargo del hotel de sus padres. Pero se marchó a París con Philippe Azoulay, un brillante diplomático quince años mayor que ella con el que durante los primeros años de su matrimonio viajó de un lado a otro antes de que él ocupara su puesto en el Ministerio de Asuntos Exteriores en el Quai d'Orsay, se instalaran los dos en una casa de la Rue de Varenne y tuvieran un hijo: yo. Entonces mi madre tenía ya treinta y cuatro años, mi padre casi cincuenta, el parto fue difícil, y así se quedaron solo con ese hijo que ambos

tanto habían deseado.

A pesar de todos los años pasados en la gran ciudad, *maman* conserva su gran apetito. Es una apasionada y excelente cocinera. Y también tiene el amor a la naturaleza profundamente anclado en su corazón. Aunque en París no hay campos de lavanda o praderas llenas de amapolas y margaritas, le gusta pasear por las Tullerías o el Bois de Boulogne porque «necesita ver algo verde». Eso la tranquiliza, dice.

Antes solía ir los fines de semana al campo a ver a su hermana mayor, Carole, una mujer agradable a la que le encanta discutir. Pero desde que su marido, Paul, enfermó y ambos se trasladaron a la ciudad para disponer de una mejor atención médica, las hermanas empezaron a tirarse los trastos a la cabeza. Unas veces porque Paul, en su confusión, piensa que mi madre es su mujer, algo que hizo que la celosa Carole empezara a pensar mal. Otras veces la hermana mayor envidia a la pequeña porque supuestamente ha tenido las cosas más fáciles en la vida y quedó en una buena posición tras la muerte de mi padre. Siempre le ha irritado especialmente nuestra casa de verano en Normandía.

Cuando hace unos años mi padre murió de una neumonía mal curada que le dejó tan débil que ni siquiera podía mantenerse de pie, le dejó a mi madre la vivienda de la Rue de Varenne y la pequeña casa en Honfleur donde pasábamos siempre las vacaciones.

Eran veranos interminables, o al menos eso me parece a mí hoy. Olían a madera de pino y romero, y yo adoraba el olor que había en el aire cuando bajaba a la playa entre arbustos tupidos y árboles inclinados y las ramas secas crujían bajo mis pies.

Era el olor de mi infancia, que fue tan sencilla y alegre como esos veranos irrecuperables. El Atlántico brillante y plateado, la sopa de pescado por la tarde en el puerto, la vuelta a casa por las oscuras carreteras, mi padre al volante hablando en voz baja con mi madre mientras yo dormitaba al fondo de nuestro viejo Renault con la cabeza apoyada en el cristal y una sensación de absoluta seguridad.

Todavía recuerdo los desayunos tardíos en la terraza, cuyas vigas de madera deterioradas por el paso del tiempo estaban cubiertas de glicinias. *Maman* descalza y con su camisón de batista blanco, sobre el que se había echado un chal; papá siempre correctamente vestido con su camisa azul de rayas, un pantalón fino, zapatos cómodos de ante... Creo que jamás se le habría

ocurrido pasearse por allí con pantalón corto y sandalias como hacen hoy en día todos los turistas, sencillamente le habría parecido poco elegante. Tampoco habría desayunado jamás en la cama, aunque a veces le llevaba a su mujer una taza de *café crème* caliente a la cama porque no había nada que a ella le gustara más que tomarse el primer café de la mañana antes de levantarse.

Se puede decir que mis padres eran en numerosos aspectos muy diferentes. Y, a pesar de todo, se amaban mucho. El secreto de su matrimonio radicaba en gran medida en la tolerancia, el humor y una gran generosidad de corazón. Yo les habría deseado que se hubieran despedido de este mundo juntos, a una edad tardía, como Filemón y Baucis, y que como ellos se hubieran convertido en árboles cuyas ramas permanecieran eternamente enlazadas. Pero en la vida las cosas no siempre ocurren como uno desea.

El día en que mi padre ya no pudo levantarse para sentarse a la mesa perfectamente vestido, murió.

Era un hombre muy distinguido.

Cuando aquel día llegué a la casa de la Rue de Varenne ya salía un delicioso olor a asado de la cocina.

—Hmmm, huele estupendamente —exclamé.

—He hecho *confit de canard*, sé que te gusta —dijo *maman* radiante, y me abrazó con fuerza—. ¡Vamos, entra!

No conozco a nadie que salude con tanta alegría como *maman*. Sonríe de un modo resplandeciente mientras retrocede unos pasos para dejar pasar, y uno se siente increíblemente bienvenido.

Maman se quitó el delantal, lo lanzó con descuido sobre una silla y me condujo hasta el salón, donde ya ardía el fuego en la chimenea y la mesa redonda estaba preparada para cuatro personas.

—Siéntate, Julien, todavía tenemos algo de tiempo antes de que lleguen Carole y Paul. —Nos sentamos en el sofá de terciopelo verde que estaba en el saledizo que daba sobre la calle, me puso en la mano una copa de Crémant y me ofreció un plato con tostadas con una gruesa capa de paté—. Has adelgazado. —Me observó con preocupación.

—Ay, *maman*, siempre me dices lo mismo. Si fuera así, ya me habría muerto —me defendí—. Como normal.

Ella sonrió con indulgencia.

—¿Qué hace Arthur? —preguntó luego—. ¿Se alegra de que vayamos a Honfleur en vacaciones?

—¡Claro que sí! —Di un sorbo de Crémant, que rodó frío y burbujeante por mi lengua—. No habla de otra cosa que no sean vuestras vacaciones en la playa. No ha estado nunca en la casa.

—¿Y tú? ¿No quieres venir algunos días? A ti también te sentaría bien un poco de aire fresco.

Negué con la cabeza.

—No, no, intentaré escribir. Tengo que continuar con ese maldito libro.

Encogí los hombros y sonreí con un gesto de disculpa, y ella asintió y tuvo el tacto suficiente para no seguir preguntando.

—Pero el domingo vendrás al Jardin des Plantes —insistió.

—Sí, naturalmente.

—¿Qué haces en todo el día?

—Bueno..., yo..., eh..., lo normal —dije con vaguedad—. Arthur, la casa, ayer fue Louise a limpiar, y yo me acerqué al cementerio y luego comí con Alexandre. Me ha invitado a su exposición de primavera.

Cogí la copa y noté que me temblaba la mano. Tenía que empezar de verdad a llevar una vida más sana.

—Te tiembla la mano —constató mi madre.

—Sí, esta noche no he dormido mucho. Arthur ha tenido una pesadilla. Pero esta mañana ya estaba bien —me apresuré a añadir.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? ¿Te arreglas bien?

Me miró, y supe que era inútil tratar de fingir. Puedes engañar a cualquiera, pero no a tu propia madre.

—Ay, *maman*... —dije.

—Ay, hijo. —Me apretó la mano—. Todo irá bien. En algún momento. Eres todavía muy joven. Volverás a reír. No se puede estar triste toda la vida.

—Hum.

—Sabes lo mucho que me gustaba Hélène, pero cuando te veo tan apenado me gustaría poder hacer que el tiempo avanzara hasta llegar a una vida en la que vuelvas a ser feliz. Y entonces pienso que en algún sitio ahí fuera hay una chica que se enamorará de mi Julien.

Sonrió, yo sabía que no tenía mala intención.

—¿Podemos hablar de otra cosa, *maman*?

—Sí. La semana que viene iré otra vez a Oxfam a llevar ropa usada. ¿Qué te parece si limpiamos tus armarios? —Dijo «tus armarios», pero estaba claro que se refería al armario de Hélène.

—Eso puedo hacerlo yo solo. —Jamás dejaría que nadie tocara el armario de Hélène.

—Pero tú solo no lo vas hacer, Julien.

—¿Por qué tengo que dar sus cosas? No molestan a nadie.

—Julien. —Me miró con gesto severo—. Yo también perdí a mi marido y lo pasé muy mal, ya lo sabes. Pero puedo asegurarte que no hace ningún bien guardar recuerdos, los recuerdos te vuelven sentimental, y una persona sentimental no puede moverse hacia delante, vive marcha atrás. Será mejor para ti deshacerte de esa ropa y hacer además una buena obra. ¿No querrás convertir tu casa en un mausoleo como el loco de monsieur Benoît?

Yo suspiré y traté de convencerme de que tenía razón.

Monsieur Benoît había perdido a su mujer en un accidente cuando yo iba al colegio todavía. Cruzó el Boulevard Raspail sin mirar —como buena parisina, no se dignaba utilizar los semáforos o los pasos de cebra—, sencillamente se lanzó confiando en que todos frenarían, pero fue atropellada por un coche.

Jean, el hijo de monsieur Benoît, era compañero mío en el colegio. A veces íbamos a su casa al salir de clase porque, como su padre volvía a última hora del trabajo, allí podíamos pasar la tarde sin que nadie nos molestara. Todavía recuerdo lo que me sorprendía que en el dormitorio de sus padres, que estaba en la planta baja y daba a un pequeño jardín en el que nos fumamos nuestros primeros cigarrillos, no se podía tocar ni mover nada. Sobre todo la cómoda de espejo de la madre era terreno sagrado. Todo seguía igual que en el día del accidente: sus cepillos y peines, sus pendientes, el collar de perlas, el frasquito de cristal con el caro y pesado perfume *L'heure bleu*, dos entradas de teatro que ya no usaría nadie. El libro que ella estaba leyendo esperaba sobre la mesilla de noche, las zapatillas estaban colocadas en su lado de la cama, la bata de seda colgaba en un gancho plateado detrás de la puerta. Y seguro que tras las puertas de los armarios de lamas blancos se ocultaban todos los vestidos de la fallecida.

Todo se mantuvo inalterado durante años. Monsieur Benoît insistió en ello. También recuerdo lo siniestro que me pareció aquello entonces y con qué inquietud le hablé a mi madre de esa casa de los espíritus y de monsieur Benoît, que en su pena se había vuelto loco.

¿Iba yo camino de convertirme en un viudo profesional como ese grotesco cuidador de mausoleos del que todos se compadecían y se reían?

—Está bien —dije—. Acabemos de una vez.

El timbre de la puerta puso fin a nuestra conversación. *Maman* salió a abrir. En cuanto Carole y su marido entraron en la casa empezaron los gritos. Mi tía podría despertar hasta a los muertos. Sonreí al oír su fuerte voz en el pasillo quejándose del mal tiempo y de la escasa amabilidad de los taxistas de París.

Poco después estábamos sentados a la mesa disfrutando del delicioso *confit de canard* que *maman* sirvió con salsa de arándanos rojos y un suave Borgoña tinto.

Al viejo Paul también parecía gustarle. Estaba inclinado sobre el plato con su jersey de lana azul oscuro, cortando con mucha ceremonia trozos de la tierna carne que desaparecía en su boca bocado a bocado. Mi tío había sido hasta su jubilación *professeur* de filosofía y solía enseñarnos a nosotros y a sus tres hijos frases de Descartes, Pascal y Derrida, mientras que su mujer, Carole, más práctica, trabajaba en una oficina de impuestos y se encargaba de ahorrar. Era una lástima que precisamente ese hombre tan inteligente para quien los escritos de los grandes filósofos lo habían sido todo y cuyo lema habían sido las tres famosas palabras de Descartes —*cogito ergo sum*; pienso, luego existo— padeciera demencia desde hacía algunos años.

Carole, eso había que reconocérselo, estaba siempre al lado de su marido, que cada vez tenía la cabeza más perdida. Gracias a la gran ayuda de una cuidadora procedente de Guadalupe y que tenía una mirada tierna, los dos podían vivir en el barrio de Bastille, donde hacía algunos años habían conseguido una vivienda grande y a buen precio antes de que los alquileres empezaran a subir en la zona. El único problema era que Carole siempre había sentido celos de su apuesto marido. No le hacía ninguna gracia que Paul simpatizara con la atractiva cuidadora, con la que se reía y bromeaba.

Aunque lo peor era que Paul, con su creciente pérdida de memoria, últimamente parecía tomar a mi madre por su verdadera mujer, lo que le había generado a mi tía una gran indignación y desconfianza. Paul siempre había sentido debilidad por su cuñada Clémence, lo que en los últimos tiempos había provocado continuas discusiones al final de las cuales Carole acusaba a su hermana Clémence de haber tenido un lío con Paul. Algo que *maman*

negaba inmediatamente aduciendo que Carole también se había vuelto loca de remate. A menudo las conversaciones telefónicas de las hermanas finalizaban cuando una de ellas colgaba bruscamente. Entonces *maman* me llamaba para quejarse de lo pesada que era su hermana, quien, como siempre, muy ofendida había puesto fin a la conversación con un relato de lo mal que le había ido en la vida, para acabar con el reproche de que en cambio a mi madre siempre le iba todo bien.

Tal vez toda la desgracia del mundo no se deba a que el hombre, como formulara Pascal de forma tan acertada, no es capaz de quedarse tranquilamente en su habitación, sino a que se compara con otros hombres. La tía Carole era el mejor ejemplo de eso.

«Carole está hoy otra vez en pie de guerra», decía *maman*. Y: «¡No dejaré que me trate así! Al fin y al cabo, ya tengo setenta años. *C'est fini!*». O también: «De pequeña mi hermana ya era muy alborotadora y siempre se sentía discriminada». Y al final añadía, en tono más conciliador: «Aunque también puede ser muy agradable».

Y en eso *maman* tenía toda la razón. La tía Carole podía ser «también agradable». Si tenía un día bueno activaba su humor y contaba divertidas anécdotas del pasado, cuando bailaba tan desenfrenadamente con su marido hasta el amanecer que tenía que quitarse los zapatos.

La tía Carole conocía viejas historias de la familia, y cuando hablaba del pasado le brillaban los ojos. Se trasladó a París antes que mi madre y luego la ayudó mucho en sus primeros años en la ciudad.

Maman no lo había olvidado, y una, dos semanas más tarde, cuando ambas se habían calmado un poco, las dos hermanas, conscientes de que eran justo eso —¡hermanas!—, volvían a recuperar el contacto. Y sabiendo que Carole, a su edad, ya no iba a cambiar y que la convivencia con Paul era en parte un desafío, *maman* los volvía a invitar a comer. Como aquel día.

Entretanto íbamos ya por el postre, una *tarte au citron* de foto.

—No la has hecho tú, Clémence, ¿no? —quiso saber Carole.

—Claro que la he hecho yo —contestó *maman* algo mosqueada.

—¿Sí? —Carole observó la capa de merengue que cubría la crema de limón y cogió un poco con un tenedor—. Está perfecta. Pensé que la habías comprado en Ladurée.

—Siempre piensas que lo compro todo en Ladurée. —El tono iba subiendo.

Yo ya estaba dispuesto a intervenir, cuando Carole hizo un amplio gesto de

rechazo.

—Bah, da igual. En cualquier caso, es perfecta. —Se volvió hacia Paul, que estaba sentado a su lado, y le gritó en el oído—: ¿Te gusta, *chéri*?

Paul levantó la vista del plato y reflexionó un instante.

—De-deliciosa —dijo luego, y lanzó una mirada radiante a *maman*—. Mi mujer es una buena cocinera. Siempre lo ha sido. —Satisfecho, se llevó el último bocado a la boca, masticó ensimismado y no notó que los rasgos del rostro de Carole amenazaban con desencajarse.

—*Chéri*, ¿qué estás diciendo? —soltó de golpe—. Clémence no es tu mujer. ¡Yo soy tu mujer, yo, Carole!

Él negó con la cabeza y apartó unas migas del mantel.

—N-no —insistió después—. Tú eres su *hermana*.

Carole frunció el ceño, y *maman* se rio y se apresuró a decir:

—Te confundes, Paul. Yo estaba casada con Philippe. Tú estás casado con Carole.

Paul miró alrededor en busca de ayuda, y su mirada quedó fija en mí.

—¡Julien! —exclamó, y yo lo confirmé.

—Sí, tío Paul. Tú eres el marido de Carole, no de Clémence.

Carole y Clémence asintieron con fuerza.

Tanta contradicción pareció irritar al pobre hombre.

Tiró el tenedor al suelo antes de mirar a las dos hermanas con expresión malhumorada y decir:

—Parecéis dos estúpidas jirafas.

A veces lo trágico tiene también un lado cómico. Nos miramos todos haciendo un esfuerzo por no reírnos.

—Ahora quiero dormir —añadió Paul, y trató de levantarse de la silla. Carole le puso la mano en el brazo para tranquilizarlo.

—Puede echarse en el cuarto de invitados —dijo *maman*, pero Paul no quería saber nada de eso.

—No, quiero ir al dormitorio, a *nuestro* dormitorio —exclamó con tozudez.

—¿Qué te parece si te echas aquí, en la *chaise longue*? —dijo *maman*—. Así estarás un rato más con nosotros.

—Bueno —accedió Paul.

Carole acompañó a su marido a la *chaise longue* cubierta con una suave tela de flores que no estaba lejos de la mesa, y él se dejó caer en ella entre gemidos y pidió una manta, que le trajeron enseguida. Satisfecho, cerró los

ojos.

—A veces resulta agotador estar con él —dijo Carole cuando volvió a sentarse a la mesa con nosotros—. Se ha vuelto tan caprichoso.

Y luego nos contó que unos días antes había ido una vecina a verlos por la tarde. Paul estaba durmiendo su siesta, las dos mujeres tomaban café en el cuarto de estar, cuando de pronto se había abierto la puerta y había aparecido Paul en calzoncillos y con una radiante sonrisa. Había mirado con curiosidad a la vecina, esperando que le presentaran a esa atractiva morena, a la que no podía recordar, cuando Carole, intentando mantener la calma, había dicho en tono alegre: «Pero, Paul, tenemos una amable invitada. ¿No quieres ponerte unos pantalones?». Y Paul, sorprendido, había mirado hacia abajo y había señalado con tono seco que ya llevaba pantalones.

—Trato de tomármelo con humor —nos explicó Carole mientras se servía otro trozo de tarta de limón. Mi tía nunca se mostraba demasiado dramática en todo lo relacionado con las enfermedades—. ¡Qué otro remedio me queda! En general es muy pacífico y, aunque no lo parezca, todavía tenemos momentos maravillosos en los que él vuelve a ser un poco el Paul de antes. —Meneó la cabeza—. Aunque algunos días resulta terrible. No sé, tal vez se dé cuenta de que algo no marcha bien en su cabeza y entonces de pronto se vuelve inaguantable. Hace poco me dijo que «ahí dentro» estaba todo roto y que sería mejor que lo claváramos bien.

Suspiró, y *maman* trajo el café en una bandeja de plata, y mientras tomábamos nuestro *petit café* en las delicadas tacitas de Limoges la conversación transcurrió de nuevo por cauces más normales.

La tía Carole me había traído mis dulces preferidos —*calissons d'Aix*, unas pastas típicas de la Provenza—, y al acordarse sacó de pronto de su enorme bolso una lata con los dulces de almendra cubiertos de un glaseado blanco de azúcar y que tienen forma de lanzadera de telar.

—*Tiens!* ¡Casi se me olvida! Te he traído una cosa. Para los nervios y contra esa mirada triste —dijo sin demasiado cumplido.

—¡Oh, qué amable! Muchas gracias —contesté yo sorprendido por ese detalle, y recordé la historia que la tía Carole me había contado una vez sobre los *calissons*, supuestamente creados por el cocinero del duque de Anjou porque le preocupaba la triste mirada de la bella prometida de este y quería devolverle la sonrisa con un dulce.

Pero cuando la conversación se centró en el viaje a Honfleur que *maman*

iba a hacer en Pascua con Arthur, la tía Carole suspiró, y el interés por nuestro destino pasó enseguida a un segundo plano.

—Tienes suerte, Clémence —dijo—. Puedes marcharte cuando quieras. Yo ya no puedo salir de aquí.

—Vamos, déjalo, tampoco viajo tanto —se defendió *maman* al momento—. Pero puedes venirte con nosotros, Carole. ¿Por qué no llevas a Paul una semana a una residencia? Seguro que sobrevivirá, y a ti te sentaría bien un cambio de aires después de tanto tiempo.

—Ay, no sé. —Carole meneó la cabeza—. No me gusta dejarle en un sitio así.

—¡Eso..., exacto! Una residencia donde pegan a la gente —se oyó de pronto con voz temblorosa desde la *chaise longue*, y los tres nos giramos sorprendidos.

—¡Pero, Paul, qué tonterías dices! Creí que estabas dormido.

—¡Cómo voy a dormir con vuestra estúpida cháchara! —gruñó Paul desde el sofá al tiempo que apartaba la manta—. Vamos, tenemos que irnos a casa. Quiero irme a casa ahora mismo.

Clémence y Carole intercambiaron una muda mirada y pusieron los ojos en blanco.

—Espera un poco, tío Paul. Mira, acabáis de llegar —dije yo, y me senté a los pies de la *chaise longue*—. ¿Quieres un café?

—¡Sí..., c-café! —Paul asintió, luego brilló una chispa de memoria en sus ojos grises—. ¿Qué hace mi pequeño Arthur? —quiso saber.

—Arthur está bien. Pronto irá con *maman* a la playa y está muy contento.

—A la playa. Bien, bien —murmuró Paul. Y se dejó caer otra vez. Después arrugó la frente, me miró concentrado y añadió en voz alta—: ¿Dónde está Hélène? ¿Por qué no ha venido Hélène?

En la habitación se hizo un incómodo silencio.

—Pero Paul... —dijo finalmente Carole—. Hélène está muerta.

A pesar de su sencillez, estas palabras cayeron sobre mí como piedras.

—¿Qué? ¿Está muerta? —murmuró Paul, levantando las cejas asombrado. Luego negó con la cabeza—. ¿Por qué nadie me lo ha dicho? ¡Nadie me dice nada! —Nos miró con gesto acusador.

—Estuvimos todos juntos en el entierro de Hélène, ¿no te acuerdas? —probó Carole de nuevo.

—Yo no. Yo no he estado en ningún entierro —replicó Paul en voz alta.

—Sí. En octubre.

—Octubre, noviembre, diciembre —dijo Paul, que era evidente que había topado con su límite mental.

—Creo que será mejor que nos vayamos, se está cansando —susurró Carole—. Por favor, Clémence, ¿nos pides un taxi?

Maman asintió preocupada e insistió en que Carole se llevara un trozo de tarta de limón. Cuando la puerta se cerró tras ellos, nos miramos.

—Vaya —dijo *maman*—. Cada cual tiene su cruz. —Reflexionó un instante—. Al menos Hélène no sufrió mucho.

Yo asentí, aunque sus palabras no me sirvieron de gran consuelo.

ORDENAR ARMARIOS

Mi muy añorada amada:

Al menos Hélène no sufrió mucho, me dijo ‘maman’ hace unos días cuando fui a su casa a comer. También estaba allí Carole, con Paul. El pobre Paul se encuentra en un estado bastante lamentable. Piensa que ‘maman’ es su mujer y preguntó que por qué no habías ido tú también a comer con nosotros. Cada vez está peor, y esto puede durar muchos años.

En tu caso todo fue muy deprisa y el final, aunque nos lo esperábamos, llegó de improviso. No, no tuviste que sufrir mucho, para eso estaba la morfina, que te sumía en un último sopor sonámbulo y, según aseguraban los médicos, te quitaba todos los dolores. Pero lo que te ocurrió al final, cuáles fueron tus últimos pensamientos, eso no lo sé.

No dijiste unas últimas palabras, unas ‘famous last words’, como en las películas, cuando alguien se muere.

Yo estaba en el hospital, sentado junto a tu cama,

sujetando tu mano; tenías los ojos cerrados y dormías o soñabas. El sol de la tarde brillaba tras las cortinas, en la ventana piaba un pájaro.

En algún momento te besé en la frente y te dije en voz baja: «Hélène, cariño, voy a por un café, vuelvo enseguida». Tú moviste levemente la cabeza y murmuraste algo indefinido que podría significar cualquier cosa. Y luego —¿no sería mi imaginación?— me apretaste ligeramente la mano.

¿Fue una despedida? ¿Significaban las palabras que no logré entender «Cuídate mucho» o «Dale un beso a Arthur de mi parte»?

Me gustaría creer que sí.

Cuando volví a la habitación ya te habías marchado, mi ángel, tu delicado cuerpo era solo un soplo bajo la sábana blanca. Tenías el rostro blanco y apagado, tus rizos rojos, que conservaste hasta el final a pesar de todo el veneno que te inyectaron, eran la única nota de color.

Y antes de que pudiera darme cuenta de que todo había terminado, antes de que me golpeará con la fuerza de una bola de derribo ese terrible dolor que me mantuvo aturdido durante días y semanas, por un breve instante pensé que lo habías conseguido.

Que ese momento que durante tantas semanas estuvo suspendido como una amenaza sobre nuestras cabezas había llegado por fin.

Nos lo habíamos dicho todo, Hélène, lo habíamos

hablado todo, nos habíamos jurado amor tantas, tantas veces... Al menos me queda una buena sensación que ilumina como una vela mis días oscuros. Tres días antes de morir abriste los ojos, y el verde de tus iris estaba cubierto ya por un velo lechoso.

«Mi amada, ay, ven, que pueda volver a tenerte, como entonces, en mayo...», susurraste, y de pronto me miraste con desesperada nostalgia. «¿Te acuerdas, Julien? En mayo..., en mayo...».

«Ay, Héléne, claro que me acuerdo», te dije. «¿Cómo podría olvidar aquel día tan feliz en Montmartre?».

Tú sonreíste y suspiraste en silencio, y tus párpados temblaron antes de volverse a cerrar. Cómo iba yo a imaginar que aquellas breves palabras serían nuestra última conversación. Que eran las últimas palabras tuyas que me iban a quedar.

Todavía no sé si esa frase procede de uno de tus poemas preferidos, no he encontrado el verso en ningún sitio. Ahora está grabada en tu tumba, y cada vez que mi mirada recae en esa inscripción pienso que nos volveremos a encontrar. ¡Pero se me hace el tiempo tan largo, querida!

Ayer vino ‘maman’ a casa, ya me había amenazado varias veces. ¡Estaba empeñada en ayudarme a ordenar los armarios, tus armarios, Héléne! Fue muy extraño ver desaparecer todos tus vestidos, chaquetas y jerséis en las enormes bolsas que ‘maman’ trajo, tus chales y pañuelos de colores.

Tener cada prenda en la mano y deshacerse de ella.
¡Cuántas pequeñas despedidas!

Al final me alegré de haber «ordenado los armarios» con ‘maman’. Resulta más fácil cuando tienes a alguien al lado y no estás tú solo con todos los recuerdos. Salió tanto pasado de los armarios. Veía tus vestidos y me venían a la mente las situaciones en que los llevabas. Aparecieron de pronto ante mí tantos instantes como imágenes congeladas. Cosas en las que no había vuelto a pensar desde hacía mucho tiempo.

En algún momento quedaron los armarios vacíos, y, aunque fue algo terrible, también fue bastante liberador.

Por cierto..., al vaciar tu armario y los cajones de la cómoda pudimos comprobar cuántas cosas rojas tenías, Hélène, ¡qué valiente! No conozco a ninguna otra pelirroja a quien le guste tanto llevar ropa roja. ¡Ay, querida! A veces, cuando estoy aquí sentado escribiendo, casi pienso que se va a abrir la puerta y vas a aparecer tú con tu vestido rojo de lunares blancos y me vas a sonreír. Me he quedado con tus vestidos más bonitos. Se los daré a la tía Carole para Camille, su hija pequeña. Camille es igual de delgada y alta que tú, y seguro que se alegra.

Los bolsos se los he dado a Cathérine. Y también el anillo de plata con la aguamarina azul que te compraste en el mercado de Porte de Clignancourt. Hace unas semanas me preguntó si podía quedarse con algún objeto personal tuyo, como recuerdo. Se ha puesto muy contenta y lleva

puesto el anillo día y noche, y también le hacen mucha ilusión los bolsos, según me ha asegurado antes de darme de pronto un fuerte abrazo.

Confieso que Cathérine me da algo de miedo. Es tan emocional, y siempre está al borde de las lágrimas, lo paso fatal. A veces eso me hace hundirme. Pero no quiero ser injusto. Seguro que tampoco resulta fácil perder a una buena amiga. Siempre habéis hecho muchas cosas juntas, Cathérine y tú. Recuerdas... las muchas tardes de verano que bajabas «solo un momento» a su casa y yo luego os oía hablar y reír durante horas en el balcón. ¿Tienen siempre las mujeres tanto que contarse?

En cualquier caso, a Arthur le encanta estar con Cathérine. Tiene realmente una paciencia de ángel, se pasan horas jugando a las cartas, o también le lee cuentos en los que los protagonistas al final siempre son felices y viven contentos el resto de sus días. ¡Ay, qué bonito sería que eso se cumpliera!

El sábado pasado hicieron creps los dos juntos, y yo tuve que ir para probarlas. Pasamos una buena tarde; Arthur estaba rojo como un tomate y muy contento porque con la ayuda de Cathérine había conseguido darle la vuelta a una crep en el aire. Estaba superorgulloso.

Cathérine contó un par de historias sobre ti que yo no conocía y nos reímos muchísimo. ¿De verdad que una noche estuviste dando vueltas medio borracha por el 10.º ‘arrondissement’ buscando tu coche y que fue imposible

encontrarlo porque se lo había llevado la grúa? Eso no me lo habías contado. ¿Tienes algún otro secreto?

En realidad, me gusta Cathérine, pero el hecho de que fuerais buenas amigas hace que todo me resulte más difícil. Era amiga tuya, no mía. Veo que se preocupa por Arthur y por mí y que le gustaría tener una cercanía con nosotros como la que tenía contigo, y eso me hace sentirme algo incómodo. A veces también me pregunto si no le encargarías tú que se ocupara de nosotros. Aunque ya no estás aquí, Hélène, veo tu sello por todas partes.

Imagina que en uno de los bolsos que había al fondo del armario encontré un sobre... Sí, revisé todos los bolsos antes de dárselos a Cathérine; en la mayoría no había nada interesante: dos entradas de cine usadas de Studio 28, una cuenta de un restaurante, un peine, algunas monedas, un chicle, fotos de fotomatón en las que apareces con Arthur haciendo tonterías... Y entonces en un bolso de noche apareció de pronto ese sobre rosa claro en el que ponía mi nombre.

Yo ya no me acordaba de él, y el corazón me empezó a latir con fuerza cuando saqué la hoja escrita a mano y la desdoblé. Era un poema de Heine, unos breves versos, una maravilla. Y entonces me acordé de que había encontrado la carta en mi mesa cuando estuviste en mi casa por primera vez. En ese momento ni siquiera nos habíamos besado, pero ya había ocurrido todo, y ese pequeño y prometedor poema me hizo bailar de alegría y sentirme tan

feliz como triste me siento ahora. A pesar de todo, ¡cómo me he alegrado de esta señal tuya!

El regreso

Viajamos solos en el oscuro
correo toda la noche;
nuestros corazones unidos,
descansando entre sonrisas.

Mas cuando brilló la aurora,
¡qué sorprendidos, niña, nos quedamos!
Pues Amor, el ciego pasajero,
estaba entre los dos sentado.

Me pregunto cómo llegó la carta hasta tu bolso. Tal vez la guardaste allí para mí..., para el día en que yo recogiera los armarios.

Besos cariñosos, mi gran amor, y gracias por esos maravillosos días felices que ahora están a años luz. Aunque para mí están al alcance de la mano. ¡Ay, si pudiera tenerte otra vez, como aquella vez, en mayo!

Julien

LA MUJER EN LOS ÁRBOLES

Aquella tarde conocí a Sophie.

Era Jueves Santo, Arthur no tenía guardería y quería acompañarme al cementerio porque al día siguiente se iba de vacaciones con *mamie*.

A mediodía comimos algo y preparamos su pequeña bolsa de viaje, y ya eran más de la cuatro cuando llegamos juntos al cementerio. Arthur llevaba muy orgulloso una rosa que habíamos comprado, junto con un ramo de Pascua, en una pequeña floristería cerca de la Place des Abbesses.

Estaba muy contento por el viaje e iba cantando en voz baja, mientras a mí me pesaba cada vez más el corazón a medida que nos íbamos acercando a la tumba de Hélène.

Una ligera brisa hizo crujir las hojas del viejo castaño, y la luz cayó trémula sobre el camino. Arthur depositó su rosa y yo me puse a arreglar un poco la tumba y le mandé con un tiesto de margaritas secas al cercano montón de compost, donde en un cajón de madera se descomponían otras coronas y flores marchitas.

Hélène no podía quejarse de que tenía pocas visitas. Siempre que iba al cementerio me encontraba flores frescas o un ramo en su tumba.

Cuando Arthur se alejó saltando, me apresuré a sacar la carta del bolsillo, abrir el cajón secreto y guardarla junto al resto de los sobres. En este último había escrito también «Para Hélène» y un «3» en un círculo al lado, para poder ver con facilidad cuántas cartas llevaba ya escritas. Todavía no eran muchas, y aunque escribir las cartas me proporcionaba un inesperado consuelo, todavía veía muy lejos el giro positivo que, según Hélène, iba a dar

mi vida. Para ser sincero, me sentía bastante solo en el mundo..., cuando pasaba las tardes sentado y perdido en casa, pero también, y ante todo, cuando deambulaba por las calles de Saint-Germain, en las que ya se iba instalando la primavera. Los días de sol la gente se sentaba en las terrazas, todos reían y charlaban y se les veía muy felices. La vida parecía empezar de nuevo, solo yo luchaba contra un destino injusto. Falta una persona y de pronto uno se siente como rodeado de figurantes, dijo Jean Giraudoux, y no se puede negar que es así.

Estuve pues un rato ante la tumba, manteniendo una muda conversación con mi bello ángel, mientras Arthur perseguía a una mariposa de colores.

—¡Mira, papá, qué bonita es! —gritó, pero yo no presté atención a sus palabras. Para mi vergüenza debo admitir que no prestaba ninguna atención a mi hijo, y, cuando al cabo de un rato me giré para marcharnos, había desaparecido.

—¿Arthur? —Avancé unos pasos arriba y abajo por el camino, buscando su chaqueta azul—. ¿Arthur?

Busqué entre los arbustos, pasé por delante de varias tumbas y me acerqué al contenedor de compost con la esperanza de encontrarlo allí, pero mirara donde mirara veía el cementerio desierto. Me acordé del sueño que me había contado Arthur, cuando se perdía en un cementerio, y el miedo me apretó el corazón como una mano fría.

Es un cementerio grande y Arthur era solo un niño pequeño.

—No puede ser —murmuré nervioso mientras corría entre las tumbas—. ¡Arthur! —volví a gritar, y luego otra vez más fuerte—: ¡Arthur!

¿Se había escondido para gastarme una broma y podía salir en cualquier momento de detrás de una lápida?

—Arthur, no tiene ninguna gracia. ¿Dónde estás?

Noté que mi voz sonaba cada vez más histérica. Corrí por los caminos, miré a derecha e izquierda, pero no se veía una figura pequeña con una chaqueta azul por ninguna parte.

Una nube tapó el sol y el cementerio pareció de pronto un siniestro reino de las sombras en el que las estatuas de piedra podían cobrar vida en cualquier momento. Mis pasos se aceleraron, pasé corriendo ante las estatuas que parecían observarme con sus ojos ciegos, ante los muertos que allí descansaban para toda la eternidad, y solo deseaba una cosa: encontrar a mi hijo, al que había perdido de vista de forma imperdonable.

Y entonces por fin le vi.

Estaba algo lejos, junto a un tilo enorme, con la cabeza echada hacia atrás, como si estuviera hablando con el árbol.

¿Qué hacía allí? Desconcertado, me detuve un instante y luego me aproximé, aliviado por haberle encontrado, cuando de pronto oí una risa cristalina que parecía salir directamente del árbol.

Me acerqué más, examiné las hojas con la vista y oí decir a Arthur:

—... pero el ángel de *maman* es el más bonito de todos.

Una risa alegre rebotó entre las ramas.

¿Con quién estaba hablando? ¿Había una mujer en los árboles?

—¡Arthur! ¿Qué haces ahí? ¡No puedes salir corriendo como si nada! Me has dado un buen susto —exclamé, y le puse una mano en el hombro. Él se giró hacia mí con una sonrisa.

—¡Esta es Sophie, papá! —dijo, y volvió a mirar hacia arriba.

Yo seguí su mirada, y entonces pude verla yo también.

Tras las ramas había una joven sentada a horcajadas sobre la valla. Era delicada como un gnomo, llevaba un mono de trabajo azul y tenía el pelo negro recogido de forma descuidada bajo una pequeña gorra. De no haber sido por esos enormes ojos oscuros que me miraban con curiosidad la habría confundido con un chico.

—¿Hola? —Me acerqué un paso más.

La cara en forma de corazón mostró una sonrisa.

—¡Hola! —dijo—. ¿Es este su hijo?

—Sí —contesté con un cierto gesto de reproche—. Le he buscado por todas partes.

—Lo siento —repuso ella—. Le he visto corretear solo por el cementerio, le he llamado y hemos empezado a hablar.

Se deslizó por encima de la valla para cambiar de postura.

—¿Qué hace usted ahí arriba? —le pregunté sorprendido.

—Repara los ángeles, papá —me explicó Arthur—. Pero ya le he dicho que el nuestro está perfectamente.

Yo me reí con timidez.

—Vaya, vaya —dije—. Bueno, en cualquier caso, gracias por haberse preocupado por mi hijo. Quién sabe dónde podría haber acabado. Este cementerio no es precisamente pequeño.

—Lo sé —convino ella—. Trabajo aquí. —Pasó una pierna por encima de

la valla y balanceó las piernas por encima de mí como si estuviera en un columpio.

—¿Es usted escultora o algo así? —pregunté, y noté que se me estaba durmiendo la nuca de tanto mirar hacia arriba.

—No exactamente —respondió ella—. Espere un momento, ahora bajo.

Desapareció entre las ramas del árbol y bajó por una escalera de mano que estaba apoyada contra la valla. Evitó los tres últimos peldaños de un salto y cayó al suelo con la agilidad de un gato.

—Sophie Claudel —se presentó. Me miró por debajo de su gorra de deshollinador algo echada hacia atrás, que le sentaba muy bien, y me tendió la mano. Su apretón de manos era sorprendentemente fuerte para una persona tan pequeña.

—Pues sí parece escultora —constaté sonriendo.

—Oh, no —replicó ella con desenfado—. No soy una gran artista como la famosa Camille Claudel, y tampoco tengo nada que ver con ella. Por si esa era su próxima pregunta.

—¿Y qué es usted entonces?

—En realidad esculpo la piedra —dijo ella—. Restauro estatuas, monumentos funerarios y todo lo que está hecho de piedra. —Hizo un gesto con la mano abarcando todo el cementerio—. Tenemos un encargo muy importante aquí, en el Cimetière Montmartre. Algunas de las estatuas necesitan urgentemente nuevas narices, brazos, alas... —Sonrió, y apoyó las manos en la cintura—. La piedra también se deteriora con el paso del tiempo, ni siquiera el mármol está hecho para toda la eternidad.

—Y qué está hecho para toda la eternidad... —observé.

—Ni idea. ¿Las palabras bonitas? Su hijo me ha dicho que escribe usted libros. ¿Es cierto que es usted un escritor famoso, monsieur? —Otra vez esa mirada. Dios mío, ¿qué le había contado Arthur a ese gnomo vestido de negro?

—Bueno..., más bien autor de novelas de entretenimiento —me excusé—. Yo tampoco soy precisamente Paul Claudel.

—¿Sino?

—Oh, perdón. Julien. Julien Azoulay. Pero no se ha perdido nada si no ha oído nunca mi nombre.

—¿Es usted siempre tan modesto?

Confundido, guardé silencio.

—Papá, ¿podemos enseñarle nuestro ángel? —intervino Arthur, que era

evidente que se estaba aburriendo—. ¡Ven, Sophie!

Y la cogió de la mano.

—Bueno, vamos —dijo divertido el gnomo, y yo eché a andar delante de ellos.

Poco después mademoiselle Claudel deslizó su mano por la cabeza de bronce y asintió con reconocimiento.

—Está muy bien trabajado —comentó, y luego rodeó la tumba con mirada profesional—. El mármol también es de buena calidad, no va a tener problemas en mucho tiempo.

Estábamos los tres ante la tumba de Hélène, que brillaba al sol del atardecer. Sophie se quedó mirando fijamente la inscripción dorada y, algo cortada, empezó a tocarse un mechón que se le había escapado de la gorra.

—Lo siento —murmuró finalmente—. No sabía que... Quiero decir que no hace tanto tiempo que...

—Sí —me apresuré a responder.

Ella, afectada, meneó la cabeza.

—¿Un accidente?

—No. Mi mujer tenía cáncer.

—Oh.

—Fue todo muy rápido.

Ella guardó silencio.

—¿Y ese... poema? —preguntó luego—. «Mi amada, ay, ven, que pueda volver a tenerte, como entonces, en mayo»... Suena casi como si...

—¿Como si qué?

—¿Deseo de morir?

—¿Qué tendría de malo querer estar con ella? —repliqué con amargura—. Mi vida está prácticamente acabada.

—¡No debe pensar así, monsieur! —Me miró atónita. Luego su mirada adquirió una expresión severa—. Tiene usted un hijo pequeño.

—Lo sé.

—La autocompasión no es la solución.

—Lo sé. —Apreté los labios, respiré hondo y cerré los ojos un instante.

Cuando volví a abrirlos estaba ante mí Sophie Claudel con una maravillosa sonrisa.

—Voy a recoger mis herramientas y luego nos vamos los tres juntos a mi bistró favorito —dijo—. Quiero contarle una cosa, monsieur Azoulay, sobre los vivos y los muertos.

Creo que si aquella tarde de abril Arthur no hubiera salido corriendo tras un par de alas de colores seguramente yo habría rechazado la invitación de Sophie, a pesar de que ella no parecía aceptar un no por respuesta. Pero tras comprobar que, cuando Arthur apareció, estaba perfectamente y además había encontrado una nueva amiga, los dos seguimos a la escultora por el cementerio. Cada poco se detenía y nos señalaba las tumbas que estaban más deterioradas o tenían elementos especialmente bellos o nos explicaba un estucado o un relieve, y finalmente nos mostró una estatua de bronce del siglo XIX especialmente impresionante que recibía el nombre de *La Douleur* y que se encontraba algo escondida en la parte alta del cementerio al final de una escalera de piedra.

La figura, una mujer joven con los labios ligeramente abiertos y el pelo largo que con el paso de los años había adquirido una pátina verde turquesa, aparecía sentada, echada hacia atrás, ante una enorme lápida, y su dolor parecía tan real que yo me detuve impresionado.

—Esta imagen me gusta especialmente —dijo Sophie.

—¿Quién es? —pregunté yo—. ¿Alguien famoso?

Ella negó con la cabeza.

—Una madre que sufrió la muerte de su hijo encargó la estatua hace mucho tiempo.

Seguimos avanzando y finalmente, cerca de la salida, Sophie se detuvo ante una pequeña casa para guardar allí sus herramientas.

Poco después estábamos sentados en L'Artiste, un pequeño bistró con la fachada de madera pintada de rojo que estaba, algo escondido, en la Rue Gabrielle. Era un agradable restaurante, no más grande que un cuarto de estar, con las mesas y las paredes vestidas de rojo. En las paredes se veían carteles y postales de la Belle Époque de alegres colores, y al fondo, sobre un banco de cuero algo desgastado, colgaba un enorme cuadro que mostraba gatos con copas de vino y gafas de sol que comían bajo los árboles como en una pintura de Renoir, lo que hizo que Arthur soltara un grito de entusiasmo. Un hombre

con barba que estaba tras la barra saludó enseguida a Sophie con un par de besos en las mejillas.

Nos habíamos sentado en una de las mesas de madera junto a la ventana. Arthur parecía muy feliz de que por fin sucediera algo. Nunca salíamos a comer fuera. Balanceaba las piernas, miraba con curiosidad el bistró y luego quiso tomar una *lasagne à la bolognaise*, mientras que Sophie pidió una *cuisse de poulet* y yo el *boeuf bourguignon* casero.

Sophie le dijo algo al tipo con barba que estaba tras la barra, y enseguida nos trajo una jarra de agua del grifo y dos copas de vino tinto.

—¿Qué tal está Gustave? —preguntó al tiempo que nos dejaba las bebidas sobre la mesa y le hacía un guiño a Sophie.

Ella se rio y puso los ojos en blanco.

—Menudo cuento le echa al resfriado —contestó—. Pero yo le he cuidado muy bien y ahora ya está otra vez dándome órdenes.

El tipo de la barba sonrió.

—Bueno, eso de que alguien pueda darte órdenes siempre me ha parecido un bulo —replicó antes de marcharse.

Yo sonreí para mis adentros. Estaba claro que Gustave era el novio del alegre gnomo, y de hecho yo tampoco podía imaginarme que ella dejara que le dieran muchas órdenes.

Sophie levantó su copa, sus ojos brillaban grandes y oscuros.

—¡Por la vida! —dijo. Y como yo no reaccioné, añadió—: Bueno, ¿qué?

Brindamos, y de algún modo me sentí a gusto e irreal al mismo tiempo mientras escuchaba cómo Sophie le explicaba a Arthur para qué sirve una maza y cómo se reconstruye la nariz rota de una estatua fijándola con un clavo interno para que se sujete mejor. Luego se volvió de nuevo hacia mí. Actuaba de forma natural, mostraba interés, comió con gran apetito y me hizo miles de preguntas, señalándome con el tenedor cada vez que expresaba una idea.

Fue, sin duda, la tarde más curiosa que había vivido en mucho tiempo. Y más curioso aún fue el hecho de que yo le abriera mi corazón a una desconocida de risa despreocupada. Antes me habría parecido imposible, pero le hablé de Hélène, de mi soledad, de lo difícil que me resultaba concentrarme en mi trabajo.

Estábamos ahí sentados, como en una burbuja, y era como si se mezclaran las cartas de nuevo. A veces es más fácil hablar con un desconocido que con las personas que te conocen bien y lo saben todo sobre ti... o creen saberlo.

En cualquier caso, yo no sabía nada sobre esa joven morena que «reparaba ángeles» y tal vez también corazones rotos..., solo que tenía una profesión muy poco habitual para la que hoy en día había que estudiar Bellas Artes y que era mayor de lo que yo había pensado al principio. Cuando la había visto sentada encima de la valla le había echado dieciocho años, pero tenía veintinueve.

—¿Y qué pasa con usted? —le pregunté cuando el camarero ya había recogido la mesa—. ¿No es terriblemente deprimente trabajar en un cementerio? ¡Cómo puede ser tan alegre con una profesión así! Siempre ese *memento mori*... Quiero decir que a la larga eso debe de deprimir a cualquiera.

Sophie negó con la cabeza.

—Nada de eso, al contrario. Disfruto de la vida cada día, tal vez porque soy muy consciente de que nuestro tiempo es limitado. Estamos aquí de paso, monsieur Azoulay, cualquier día se puede acabar todo, por eso... —me lanzó una significativa mirada— aproveche el día. Aproveche *cada* día.

Yo hice un gesto de rechazo.

—Bah, ese viejo tópico del *carpe diem*.

Ella asintió.

—Exacto. Es viejo, pero no por eso menos cierto.

—No le tengo ningún miedo al último día.

—Pues debería tenérselo, monsieur Azoulay. En algún momento será usted viejo y tendrá el pelo blanco, le dolerán los huesos, le costará leer. Entenderá la mitad de lo que le digan. Se arrastrará encorvado por la calle y sentirá un frío interior, se sentirá cansado por toda la vida que habrá vivido. Y entonces ya podrá morir y meterse en la tumba con su mujer. Pero no ahora.

Miró a Arthur, que estaba sentado delante de un helado de fresa pintando con un bolígrafo.

—Qué buen panorama —dije yo.

—No, de verdad.

Mostró de nuevo esa severa mirada del cementerio. Probablemente venía ahora la charla prevista sobre los muertos y los vivos.

—Escuche, Julien. Después de una experiencia tan mala está bien pasar una temporada de bajón. Es completamente normal. Pero en algún momento debe dejar de guardar luto por su mujer fallecida. Estar afligido por la muerte de una persona es una forma de amor que solo alimenta más y más la infelicidad.

¿Es que no lo sabe?

Yo la miré fijamente y guardé silencio.

—Sí..., ¿es que quiere usted ser infeliz? —me preguntó impaciente.

—Eso no es algo que se busque —repliqué ásperamente.

—¡Oh, sí, claro que se puede buscar!

—¡Qué sabrá usted! —De pronto vi ante mí el amado rostro de Hélène y, desesperado, dejé los cubiertos en el plato.

—Más de lo que usted piensa. —Sophie me miró atentamente—. Sé, por ejemplo, que ahora mismo estaba pensando en su mujer.

Yo incliné la cabeza.

—Mire, Julien, esto es así —dijo luego con cautela—. Los muertos deberían tener siempre una habitación en nuestros recuerdos. Podemos visitarlos allí, pero es importante que los dejemos en esa habitación y cerremos la puerta al salir.

Cuando nos despedimos delante del bistró me deseó todo lo mejor.

—Seguro que volveremos a vernos en el cementerio, yo estaré allí todo el verano. Y no olvide lo que le he dicho. —Luego se volvió hacia Arthur, que colgaba de mi mano medio dormido—. Pórtate bien, pequeño. ¡Y que lo pases muy bien con tu *grand-mère!* *Bonne nuit!*

Se alejó por la calle con su mono oscuro y sus zapatillas de deporte y nos saludó una última vez con la mano antes de tomar una de las pequeñas callejas que llevaban a Montmartre.

—Es muy simpática —dijo Arthur, y bostezó—. Casi tan simpática como Cathérine.

Yo sonreí.

—Vaya, alguien está muy cansado.

—Yo no estoy cansado —protestó él, y yo le agarré la mano algo más fuerte y decidí que volveríamos a casa en taxi. Se había hecho tarde.

Contemplé el cielo sobre Montmartre, donde brillaba la luna perdida. Se veía medio disco, y me pregunté si la vieja amiga echaría de menos a su otra mitad tanto como yo.

BUEN Y MAL TIEMPO

Abril es en París, como en todas partes, un mes muy caprichoso. Y en las semanas siguientes mi estado de ánimo cambió tantas veces como el tiempo.

El viernes, después de dejar a Arthur y *maman* en el tren que los llevaría hasta la costa atlántica, me quedé solo por primera vez desde la muerte de Hélène. Quiero decir solo de verdad. Entré en casa, que estaba más vacía que vacía, recogí los Playmobil de Arthur que estaban tirados por el parqué del salón, y de pronto no sabía cómo debía sentirme: ¿aliviado por tener tranquilidad y poder hacer lo que quisiera, o abandonado y privado de la última estructura que daba sentido a mi vida? Por un momento me entró el pánico e incluso pensé en llamar a *maman* y decirle que me iba con ellos a la playa, cuando sonó el timbre de la puerta.

Pero esta vez no era mi editor el que llamaba para preguntar cómo iba todo. En la puerta estaba Cathérine, que me propuso ir a comer con ella a Au35.

El hombre es un ser que siempre piensa en su propio interés, seguro que eso forma parte del instinto de supervivencia, y debo admitir que casi sentí alivio al verla allí fuera. Mi nevera estaba vacía, no tenía ganas de ir al supermercado, y, para su sorpresa y la mía, dije que sí enseguida y me volví a poner la chaqueta.

El Au35 es un pequeño restaurante vegetariano que, lógicamente, está en el número 35 de la Rue Jacob, es decir, a unos pasos de nuestra casa. Yo ya había estado allí varias veces. La carta era sencilla y la comida muy buena cuando a uno le gustan los platos vegetarianos, como a Cathérine, quien desde hacía algún tiempo había dejado de comer carne porque al parecer así se

encontraba mejor.

A mí aquel día todo me parecía bien, y mientras ella se tomaba sus bolitas de sésamo y quinoa y yo mi *salade au chèvre chaud* quiso saber si Arthur había comenzado bien sus vacaciones.

—Pasado mañana me voy yo también unos días a ver a mis padres a El Havre —me anunció.

Y yo le dije:

—¡Qué bien!

Y pensé que aquella semana se habían marchado todos los vecinos del edificio, con la excepción tal vez de madame Grenouille, que vivía sola en una pequeña vivienda de dos habitaciones enfrente de Cathérine. Hélène y yo la llamábamos antes la «odianiños» porque no paraba de quejarse de que Arthur no dejaba bien el patinete abajo en el portal y, como nos aseguraba con una mirada de desaprobación, era un maleducado y cantaba y hacía ruido por las escaleras y no dejaba de botar el balón.

«*Écoutez!* Yo he criado a tres niños», gruñía cada vez que Hélène se atrevía a contradecirla, «y todos tienen mejores modales que los niños de hoy en día».

Obviamente, a pesar de todo algo debió de hacer mal, porque yo no he visto nunca que ninguna de sus preciosas criaturas haya ido a verla.

—Dime, ¿podrías darle de comer a Zazie? Bueno, solo si no te importa, es que no tengo a nadie a quien recurrir —añadió Cathérine.

¿Zazie? ¡Ah, Zazie!

Cuando Cathérine hablaba de su gato negro con las patas blancas, por el que Arthur estaba loco, yo siempre pensaba en la película *Zazie dans le Métro*.

—Claro. Voy a estar aquí, no hay ningún problema —contesté—. Yo me quedaré defendiendo el campamento.

No debería haber dicho eso.

—¡Oh, pobre! Espero que no te sientas muy solo —exclamó enseguida Cathérine, lanzándome otra vez esa mirada seductora—. Ahora que Arthur no está, te quedas completamente solo. —Inclinó la cabeza, arrugó los labios con gesto compasivo, y yo, alarmado, me enderecé.

—Oh, para serte sincero, me alegro de contar con un poco de tranquilidad —me defendí—. Tengo que escribir. —Últimamente lo había dicho tantas veces que casi me lo creía yo mismo. Mis palabras debieron de sonar muy convincentes, porque Cathérine apoyó la barbilla en la mano y me miró con gesto de interés.

—¿Y de qué va tu nuevo libro? —quiso saber.

Mi nuevo libro trataba del editor de una pequeña editorial que a duras penas se mantiene a flote —el sector del libro no es precisamente muy próspero—, su matrimonio peligra, pero un día se produce una absurda casualidad. Una novela que él ha publicado en su editorial es confundida, por una fatal coincidencia de cómicas circunstancias, con un libro literario que lleva el mismo título... y de forma imprevista es nominada para el premio Goncourt. De pronto la novela se agota, hay que hacer una nueva edición a toda prisa, todos quieren tenerla, las editoriales extranjeras emprenden una disparatada lucha por conseguir los derechos, el jurado considera la obra «refrescantemente sencilla» e «inspirada por la gran genialidad del lenguaje coloquial», una actriz india que nada en dinero quiere hacer una versión cinematográfica en Bollywood con ella de protagonista, todo se desmadra, y los responsables de esta confusión con tantas consecuencias se sienten tan avergonzados que no se atreven a confesar la verdad. Al final el editor, un hombre poco deportista al que no le gusta mucho moverse, acaba bailando de noche a la luz de la luna en su pequeño jardín.

Y ese sería el título de mi nueva novela, que en realidad era lo único que tenía: *El editor baila de noche a la luz de la luna*.

Cathérine me había escuchado con atención.

—Hum —dijo luego—. Suena muy bien. Seguro que será un libro genial —añadió, sonriéndome para darme ánimo.

Yo le devolví la sonrisa, y mi mirada se deslizó placenteramente por la blusa azul agua que llevaba con los vaqueros y que combinaba tan bien con el azul de sus ojos.

—Aunque el título me resulta algo curioso.

—Es que se trata de una novela bastante curiosa —repliqué agudamente. ¡Dios mío! El título era lo mejor de todo ese estúpido libro.

Jean-Pierre Favre se había reído entusiasmado cuando se lo propuse.

«¡Genial, mi querido Julien, qué maravilla! Se lo pasaré enseguida al diseñador gráfico para que empiece con los bocetos de la portada».

En aquel momento ambos pensábamos que yo iba a enlazar rápidamente la novela con mi primer *best seller*.

Suspiré interiormente y noté cómo se oscurecían los ojos de Cathérine.

—Me resulta difícil imaginármelo..., quiero decir, que escribas un libro divertido después de..., después de lo que ha pasado —concluyó con voz

entrecortada.

Seguro que lo decía con buena intención, pero Cathérine tenía la extraña capacidad de meter siempre su precioso dedo en la llaga.

—No olvides, Julien, que puedes llamarme al móvil cuando quieras — prosiguió—. Cuando se te caiga la casa encima o no sepas cómo avanzar con tu libro.

«Vamos a dejarlo», pensé para mis adentros. Pagué la cuenta y sonreí.

—Sí, claro —contesté.

Realmente escribí mucho en esa primera semana. Me sentaba por la mañana en el ordenador, bebía café como un idiota, fumaba y tecleaba cualquier tontería irrelevante. Y por la noche lo borraba todo.

Era una forma de mantenerme ocupado sin avanzar.

Pero las cartas que le escribí a Hélène no las rompí.

Le hablé de mis intentos fallidos de escribir. De Arthur, que estaba feliz en la playa con *mamie*, cuya hermana, Carole, había ido por fin unos días a la casa de Honfleur después de que su hija Camille se ofreciera a cuidar de su padre enfermo. De Camille, que estaba encantada con el vestido rojo con lunares blancos de Hélène y que se había enamorado. Le hablé de Alexandre, que estaba muy ocupado preparando su exposición de primavera y que, a pesar de todo, vino una tarde a verme para comprobar que todo iba bien. De Zazie, al que daba de comer y que rodaba de alegría por la alfombra cada vez que yo abría la puerta de la casa de Cathérine.

Escribía a Hélène prácticamente a diario. Eran cartas sin ningún filtro, casi como entradas de un diario. Me hacía bien, y el cajón secreto de la tumba se iba llenando de sobres. Me sentía tan cercano a Hélène como si ella estuviera realmente en algún sitio próximo. Y en cierto modo lo estaba.

Le hablé también de la joven que Arthur y yo habíamos conocido en el cementerio y de cómo yo en un principio pensé que Arthur estaba hablando con un árbol. A menudo me descubría a mí mismo buscando involuntariamente a Sophie con la mirada cuando visitaba el cementerio de Montmartre.

La primera vez no se la veía por ninguna parte, pero eso pudo deberse a que era Domingo de Pascua y ella tenía cosas mejores que hacer que restaurar ángeles y lápidas. En cambio, ese día encontré otra vez en la tumba de Hélène un ramito de nomeolvides que Cathérine debía de haber dejado antes de

marcharse. La siguiente vez llovía y la chica del cementerio tampoco apareció. Pero la tercera vez descubrí a lo lejos una delicada figura con un peto y una gorra que estaba subida al tejado de un deteriorado panteón limpiando la piedra porosa con un cepillo de alambre.

Me hizo una seña desde lejos.

—¡Oh, el escritor! —exclamó.

Y yo dije:

—¡Oh, la escultora! Vaya, ¿otra vez por aquí?

—No trabajo cuando llueve. —Se bajó del tejado de la casita de piedra y se limpió las manos en el pantalón—. ¿Y usted? Otra vez aquí, en el cementerio. Pensaba que iba a escribir.

—Lo intento.

—¿Y qué hace mi pequeño amigo?

—¿Arthur? Está estupendamente. Le sentará bien alejarse de todo esto. Ahora corre por la playa, salta entre las olas, recoge conchas y está más contento que antes, eso dice mi madre.

—Un paseo junto al mar es la mejor terapia —manifestó Sophie, y yo me reí porque siempre tenía preparada una frase hecha—. A mí también me gustaría irme a la playa. —Sus grandes ojos contemplaron los árboles con expresión soñadora—. Pero de momento tengo muchas cosas que hacer y solo podemos trabajar cuando hace buen tiempo. Demasiado sol es malo para algunos materiales y cuando hiela no se pueden utilizar conservantes. —Se dispuso a trepar otra vez al panteón.

—¿Quién hace realmente los encargos? —me apresuré a preguntar—. ¿El ayuntamiento?

—A veces es el ayuntamiento, cuando se trata de tumbas antiguas que están protegidas y hay que conservar. Pero a menudo son simplemente particulares..., descendientes de personas famosas que están enterradas aquí. Se sorprendería.

Seguimos hablando un rato, antes de que ella volviera a trepar al tejado del panteón familiar y yo abandonara el cementerio para dar una vuelta por Montmartre. Busqué el bistró de Sophie, pero no lo encontré, y subí por la Rue des Saules, que estaba rodeada de viñas —restos de los tiempos en que Montmartre era todavía un pueblo sobre una colina— para dirigirme finalmente hacia Le Consulat, donde hacía años solía sentarme al sol con Hélène.

Los días empezaron a ser más claros, hacía más calor, y hasta madame Grenouille olvidó que odiaba el mundo y me saludó, muy amablemente para ser ella, cuando un día nos encontramos en el descansillo delante de la casa de Cathérine. Ya sabía que su vecina estaba de viaje y que yo cuidaba a su gato. Bajaba a verlo dos veces al día. Zazie maullaba tras la puerta en cuanto me oía y se restregaba contra mis piernas mientras le vaciaba la pequeña lata de comida en su comedero y le ponía agua limpia.

Pero lo más interesante de aquellos días sin incidentes eran, sin duda, mis visitas al cementerio y las consiguientes conversaciones con Sophie, que me alejaban de mis pensamientos por un momento. Me sentía bien mientras estaba distraído, aunque a veces por la noche me entraba una profunda desesperación y la pena me invadía de nuevo de forma totalmente inesperada.

Podía ser una pareja que reía por la calle, cogidos de la mano, o una canción en la radio... Ya estaba ahí, el viejo dolor. Cuando oía en las noticias que había muerto un famoso actor de la Comédie-Française se me saltaban las lágrimas. Y eso que no iba nunca al teatro, y mucho menos conocía personalmente a esas personas. Pero en esos días incluso la visión de un cruasán solitario en la cesta del pan podía deprimirme profundamente.

El buen tiempo atrajo a los turistas al cementerio de Montmartre, y eso también me molestaba. Una vez había una clase entera de niños ingleses ante la tumba de Heine. No paraban de gritar y hacerse *selfies*, y me entraron ganas de ir hasta ellos y gritarles: «*Shut your fucking mouth, this is a cemetery*», pero me contuve. Otro día vi a unos desconocidos cogidos del brazo ante la tumba de Hélène, contemplando el ángel ensimismados. «Qué cara tan bella», dijo el hombre, y antes de que avanzaran hasta la siguiente tumba oí que decía la mujer: «Y qué poema tan triste. ¿Qué historia se esconderá detrás? Era muy joven».

Antes, cuando la muerte no me importaba, yo también iba a veces a los cementerios, leía los epitafios y me imaginaba los destinos escondidos entre las dos fechas que limitan una vida. Allí yacía un niño que nunca había podido enamorarse, aquí había un hombre que siguió a su mujer a la tumba tan solo tres meses después de que ella falleciera. Eran historias que en aquel momento me emocionaban y me hacían pensar, pero que olvidaba en cuanto volvía a salir a la vida alegre y colorida. Hoy estaba desasosegado, como una historia

que no tiene un principio ni un final.

Tres días antes del regreso previsto de Arthur me encontré de nuevo a Sophie. Estaba recogiendo sus herramientas y se disponía ya a marcharse. Pero debió de notar que yo esa tarde me sentía muy perdido, ya que me recriminó que acudiera con tanta frecuencia al cementerio y me propuso ir a tomar un café.

Acepté agradecido.

—Ahora en serio, ¿por qué va usted tanto al cementerio, Julien? —me preguntó cuando nos sentamos en la Rue Lepic bajo el toldo del Les Deux Moulins.

Su mirada me taladró, y yo me puse rojo. No podía contarle lo de las cartas, en las que incluso ya la había mencionado a ella.

—No irá por mí, ¿no? —añadió amenazándome divertida con el dedo.

—Me gustaría poder decir que es así... Pero siempre me alegro de verla, Sophie —contesté, en honor a la verdad.

—Bueno, ya es algo. —Su boca se frunció en una sonrisa irónica, luego me señaló con la cucharilla del café—. Le voy a decir una cosa, Julien. Tanta visita al cementerio no le hace ningún bien. Tiempo de vida perdido que podría aprovechar mejor. Además, eso no va a hacer que Hélène resucite.

Esa forma de hablar tan directa hacía que todo pareciera más fácil.

—Bueno..., tengo que comprobar que todo está en orden —repliqué—. Llevar flores y todo eso.

—Sí, sí. —Me lanzó una elocuente sonrisa, y yo me sentí de algún modo comprendido. Luego se quitó la gorra con un rápido movimiento, puso la cara al sol y se sacudió la melena. Sorprendido, observé el halo oscuro que enmarcaba su rostro—. Por eso yo las regalo en vida, porque sobre las tumbas no pueden florecer —dijo de forma tajante.

—¿De dónde saca todas esas frases tan sabias? —le pregunté.

—De mi abuela —contestó ella con naturalidad—. Era una mujer sabia..., exactamente igual que yo.

—Me alegro de que comparta su sabiduría conmigo, Sophie.

—Ya puede alegrarse. Sin mí estaría usted perdido.

Me habría gustado seguir así, distraído con el alegre ir y venir de la calle y la entretenida conversación con Sophie, que me hacía tanto bien, pero entonces sonó su teléfono móvil y ella se rio y dijo:

—¿Quieres que lleve una *baguette*? —Y añadió—: Sí..., yo también. Hasta ahora. —Luego se volvió hacia mí y dijo—: ¡Tengo que marcharme!

No tenía ganas de volver a casa. Cogí el metro hasta Saint-Germain y paseé sin rumbo fijo por el barrio, bajé por la Rue Bonaparte, hojeé un par de libros de fotos en Assouline, pensé si debía comprarme una cartera de cuero que tenía letras del abecedario grabadas, pero al ver el precio descarté la idea. Finalmente giré en la Rue de Seine y me senté en La Palette para tomar algo de cena.

Cuando el camarero me acababa de traer el vino tinto, reconocí al hombre con gafas redondas de montura dorada que estaba sentado en el otro extremo del bistró bajo un enorme cuadro y que en ese momento desplegaba cuidadosamente su periódico.

Me escondí tras la carta, pero era demasiado tarde.

Jean-Pierre Favre ya me había visto.

—¡Ah, Azoulay, querido amigo! —Se acercó a mí con pasos pequeños y enérgicos y cogió una silla—. Qué agradable sorpresa. ¿Puedo sentarme un momento con usted, *cher ami*?

Yo asentí incómodo e intenté sonreír.

—Me alegro de ver que abandona su casa de vez en cuando —dijo, haciéndome un guiño—. Tenía miedo de que hubiera levantado ya barricadas. —No habíamos vuelto a hablar desde los mensajes que nos habíamos pasado por debajo de la puerta unas semanas antes—. ¿Qué tal está? Ayer mismo pensé en usted y quería llamarle. Tenemos la cubierta perfecta para la novela.

Yo fingí entusiasmo. La novela era mi novela.

—Ahora solo queda terminar la obra —bromeó el editor, y se subió las gafas, que cada dos minutos se escurrían por su delgada nariz—. Espero que esté usted avanzando.

—Oh, sí, mucho —mentí con osadía, y di un gran trago de vino—. Tengo cincuenta páginas nuevas. Bueno, cuando uno se sienta...

—¡Ya se lo decía yo! —exclamó Favre inclinando el cuerpo hacia delante—. Solo hay que empezar, ese es el secreto. —Le hizo una seña al camarero y pidió otro vino tinto. Era evidente que no tenía intención de marcharse ahora que por fin había atrapado a su autor.

Repasó mentalmente un par de cifras y datos y luego mostró una expresión

de satisfacción.

—Eso significaría que definitivamente tenemos el libro para la primavera. ¡Bravo, Azoulay! ¡Estoy orgulloso de usted! Es formidable. —Me miró con cara de felicidad—. Lo ha conseguido en el último momento, ¿verdad? Estaba seguro de que al final lo conseguiría.

Yo bebí en silencio y asentí.

—*El editor baila de noche a la luz de la luna...* ¡va a ser un éxito! Puedo olerlo. ¡Eso significa dinero, amigo mío! —Dio unas palmadas.

Su entusiasmo me dejó sin habla.

¿Cómo iba a defraudarle?

Habría necesitado un cigarrillo urgentemente, pero para eso habría tenido que salir a la calle. Apuré la copa de un trago y le miré con decisión.

—Sin embargo... —empecé a decir.

—¿Sin embargo? —repitió Jean-Pierre como si fuera el eco, y sus ojos temblaron con cierta impaciencia.

Me pasé la mano por el pelo.

—No estoy muy seguro de que lo que estoy escribiendo sea realmente bueno —afirmé con gesto compungido, ocultándole que en realidad no había escrito nada nuevo.

—Bah, un poco de miedo escénico es normal —opinó Favre, borrando mis reparos con un generoso movimiento de la mano—. Eso es lo que me resulta más simpático de usted, Azoulay, que sigue dudando. De este modo conserva toda su capacidad de crítica. Eso hará que el texto sea todavía mejor.

—Bueno, es posible, pero a veces pienso que todo lo que escribo es una porquería y me pregunto quién va a querer leerlo de forma voluntaria. —Suspiré—. En algún momento va a haber un solo lector de mis libros, yo.

—¡Bah, tonterías! ¡Deje de decir sandeces, Azoulay! ¿Quiere que le diga una cosa? —Me lanzó una mirada triunfal—. Usted no puede escribir mal. Lo digo yo. Su editor.

Con esas alentadoras palabras Jean-Pierre Favre se puso de pie y me dio una palmada en el hombro.

—No se preocupe, Julien. Lo conseguiré. El libro ya está casi terminado, ¿verdad? Y enseguida tendrá las últimas páginas.

Le observé mientras pagaba y abandonaba luego La Palette tan contento. En algún momento tendría que contarle la verdad. ¿Cuánto tendría que esperar?

Deprimido, ataqué mi *quiche lorraine* sin saber que al día siguiente

ocurriría algo con lo que un buen escritor podría llenar muchas páginas sin ningún problema.

¿PODRÍAS ABRAZARME, POR FAVOR?

Por la mañana todo seguía como siempre. Me levanté, me tomé mi café en la pequeña mesa redonda delante del balcón, eché un vistazo al periódico. Todo como siempre, menos el teléfono, que no dejaba de sonar.

Bueno, exagero un poco..., pero en mis circunstancias el número de llamadas fue bastante elevado para un sábado por la mañana.

Primero llamó *maman* para preguntarme si me importaba que se quedaran en Honfleur unos días más de lo previsto, hacía tan buen tiempo y los fines de semana iban siempre los trenes tan llenos... Luego me pasó sin previo aviso a la tía Carole, quien me habló extensa y entusiásticamente de la sopa de pescado con pequeñas crías de lota vivas que habían tomado la noche anterior en un bar del puerto. Al oír lo de «crías de lota vivas» se me revolvió el estómago. No eran ni las diez de la mañana, y tampoco soy tan fan del Atlántico como para que a esas horas me fascine oír hablar de las proteínas vivas procedentes del mar. Lo más que soporto en el desayuno en cuanto a proteínas son dos huevos a la plancha. El último en ponerse al teléfono fue Arthur, que entre risitas me contó con mucho misterio que me iba a traer una cosa.

—Te vas a alegrar como... un elefante —me dijo muy orgulloso.

No sé cómo se alegra un elefante, pero me sorprendió la imaginación de mi hijo.

—Me alegraré como un elefante solo con que vuelvas —le contesté riéndome.

—¡Yo también, papá! ¡Besos! ¡Besos! —Sonaron un par de chasquidos por

el auricular, luego se cortó la comunicación.

Me volví emocionado hacia *Le Figaro*, cuando volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Alexandre, que quería asegurarse de que iría a su exposición de primavera.

—¿Todo en orden esta tarde? —me preguntó.

—Sí, sí —respondí.

—Gabrielle va a llevar a su hermana. También está soltera.

Yo di un fuerte suspiro.

—Alexandre, deja ya de buscarme pareja.

—Se llama Elsa, y no te lo vas a creer, ¡también escribe! Como tú —añadió innecesariamente—. Así tendréis tema de conversación. Gabrielle ya le ha hablado mucho de ti. Se alegra mucho de poder conocerte.

Ahora sí que no tenía ganas de encontrarme con esa tal Elsa.

Es un hecho: a ningún escritor le gusta conocer a otro escritor. Por eso da siempre tanta pereza asistir a los eventos para escritores que organizan algunas editoriales.

—¿Qué escribe? —le pregunté con cierto recelo.

—Oh, creo que poesía. —Mi amigo se rio.

—¿Y de verdad que se llama Elsa?

—Sí, no, ni idea... ¿Qué importa? Elsa o Else. Lo mismo es un seudónimo. Siempre firma como Elsa L. o algo así.

Enseguida surgió en mi fantasía un extravagante ser vestido con unas calzas orientales y con un llamativo chal de seda alrededor de la cabeza que frecuentaba los círculos literarios y que se hacía pasar por un príncipe egipcio según su *role model*.

En cualquier caso, la poeta era la hermana de Gabrielle y ella ya era bastante especial.

Ya me veía con Elsa L. en *L'espace des rêveurs*:

«¿Con quién tengo el honor?».

«Príncipe Yusuf».

«¿Es usted Elsa L.?».

«Así me llamaba antes, pero ahora soy el príncipe Yusuf y soy bienvenido en Tebas, la ciudad de la que soy príncipe».

Iba a ser grandioso.

—¿Y se parece a Else Lasker-Schüler? —pregunté.

—¿A quién?

—¡Olvídalo!

—Julien, estás desvariando. Es fantástica, de lo contrario no la habría invitado. Además, quizá pueda hacer algunos textos para mis cadenas con poemas. Bueno, hasta esta tarde, amigo mío. ¡Y, como te rajes, prepárate!

La tercera en llamar fue Cathérine. Había regresado ya de El Havre y quería volver a darme las gracias por haber cuidado tan bien de su gato.

—Estoy haciendo unas gestiones —dijo, y parecía muy contenta—. ¿Puedo pasarme luego a recoger la llave?

—Sí, claro —respondí.

Pasaron las horas y cada vez tenía menos ganas de ir a la exposición. Holgazaneé por la casa, después de comer me tumbé en el sofá y leí, aplazando el momento de salir de casa y encontrarme con el «príncipe Yusuf».

En la invitación de Alexandre ponía algo de las nueve, pero no tenía por qué ser de los primeros invitados en llegar. A las siete menos cuarto solté por fin mi libro y me fui suspirando al baño a darme una ducha. Me estaba frotando el pelo, cuando volví a oír un timbre. Esta vez era la puerta. Me envolví en una toalla y salí al pasillo con los pies mojados. Vi por la mirilla que era Cathérine la que estaba en la puerta. Esperó un momento antes de volver a llamar.

¡La llave, quería la llave! ¿Dónde la había puesto? Revolví en la bandeja que estaba en la cómoda junto a la entrada, pero allí no estaba.

Abrí la puerta una rendija y la vi en el descansillo con una botella de vino en la mano.

—Hola, Cathérine —dije—. Me estaba duchando. Enseguida te llevo la llave, ¿vale?

Y cerré la puerta sin esperar una respuesta.

Cuando un cuarto de hora más tarde, vestido con pantalón, camisa y chaqueta, llamé al timbre de su casa, Cathérine abrió la puerta de golpe, como si hubiera estado al acecho. A su espalda Zazie se revolcaba ronroneando.

—¡Ah, Julien, eres tú! —Cathérine sonrió satisfecha, y algo en ella era distinto a otras veces. Su piel estaba bronceada, sus brazos esbeltos destacaban en un primaveral vestido de rayas azules, sus ojos brillaban, y unas

pequeñas gotas color turquesa se balanceaban en sus bonitas orejas, que ahora me llamaron la atención porque se había recogido el pelo detrás de ellas—. ¡Pasa!

Me llegó un delicado olor a muguets.

Negué con la cabeza y le mostré la llave.

—No tengo tiempo. Me han invitado a una exposición.

—¡Ah, da igual! Entra un momento —insistió ella, y se adentró en el cuarto de estar. Yo la seguí algo indeciso. Cuando pasé por delante de la cocina olía a tomillo y carne guisada.

Sobre la mesa había dos platos y en la encimera una botella de vino abierta y dos copas.

Antes de que yo pudiera protestar, Cathérine sirvió un poco de vino en las copas y me ofreció una.

—Mil gracias otra vez por haber cuidado tan bien de Zazie —dijo con una alegría desbordante—. Pruébalo, es bueno. Luego te llevas una botella como pequeña muestra de agradecimiento.

—Pero si no es necesario, Cathérine —protesté—. Al fin y al cabo, vivo aquí mismo.

—Sí, está bien que vivamos en la misma casa. A veces me alegro mucho de ello.

Señalé la mesa preparada.

—¿Esperas a alguien?

—Sí y no —fue su respuesta—. Me ha fallado una amiga. Gastroenteritis.

—Vaya. Qué molesto.

—Sí. —Asintió y luego me sonrió otra vez de esa forma tan extraña—. Y ahora estoy aquí con mi lasaña al estilo toscano... No quiero invitar a madame Grenouille... Seguro que ella sí tiene tiempo...

Sus ojos brillaron, y yo me temí cómo iba a acabar aquello.

—Bueno, pues es una pena —dije dejando mi copa en la mesa—. Pero ahora tengo que irme, se me ha hecho tarde. —Miré el reloj, eran las siete y media.

De repente, no sé muy bien cómo, apareció ante mí con su vestido azul, me cortó el paso y me miró con sus ojos de Julie Delpy implorantes.

—¡Ay, quédate un ratito, Julien! Podrías comer un poco de lasaña conmigo y luego marcharte a esa exposición. —Sus mejillas estaban rojas.

Confuso, meneé la cabeza.

—Pero, Cathérine, yo...

—¡Por favor! —Me miró fijamente—. ¿Es que no sabes que hoy es mi cumpleaños?

No, no lo sabía. De los cumpleaños se ocupaba siempre Hélène.

—¡Vaya por Dios! —dije.

¿Qué iba a hacer? Me quedé con ella, tampoco soy un monstruo. No se deja sola a una mujer joven que no solo ha perdido a su mejor amiga, sino que además ha sido plantada el día de su cumpleaños.

Además, seguro que la lasaña recién hecha de Cathérine era mejor que la comida que servirían en la exposición de Alexandre, en la que la impresionante Elsa L. tendría que buscarse otro interlocutor.

Y, así, me conformé con mi duro destino.

Aquella tarde la amiga de mi mujer tuvo un momento estelar. Estaba tan agradecida de que yo me hubiera quedado a cenar que desplegó toda su gracia y encanto para entretenerme. Enseguida, debo admitirlo, me sentí muy a gusto con la magnífica comida, el buen y algo pesado vino tinto que Cathérine me sirvió con generosidad, la agradable música y las velas que ella había encendido.

—Siento mucho haber olvidado tu cumpleaños —dije en algún momento, cuando ya nos habíamos puesto cómodos con una segunda botella en los sofás de tela beis que estaban uno frente al otro, separados por una mesa de cristal. Hacía tiempo que estaba claro que yo ya no iba a ir a la exposición de Alexandre, a pesar de que al principio los dos habíamos hablado de ello e incluso durante la cena yo le había propuesto a Cathérine que me acompañara si no quería quedarse sola en casa.

En un rincón había una lámpara de pie encendida que sumía la habitación en una suave luz, y sobre la mesa quedaban los platos sin recoger y las velas, que se iban consumiendo poco a poco.

Yo estaba algo achispado por el vino, Zazie se había enrollado a mi lado entre los cojines, y yo mismo me sentía ya tan indolente como un gato ahíto.

Cathérine apuraba su cuenco de tiramisú y contemplaba ensimismada las velas que titilaban sobre la mesa.

—Sí, estos cumpleaños —dijo dejando su cuenco junto al mío—. Hace dos años cumplí treinta años y lo celebramos todos juntos en el Vieux Colombier, ¿te acuerdas?

Yo asentí meditabundo. Todavía recordaba muy bien la pequeña y acogedora *brasserie* cerca de la iglesia de Saint-Sulpice y las numerosas copas de vino que nos tomamos juntos a la salud de Cathérine. Hélène, Cathérine y yo fuimos los últimos en abandonar el Vieux Colombier tambaleándonos entre risas. No hacía tanto tiempo de aquello.

En abril de dos años antes el mundo estaba en orden todavía. Y en junio de ese mismo año aparecieron las primeras grietas en la superficie, bajo la que ya acechaba el abismo.

Suspiré, dominado por un sentimiento de profunda melancolía.

Cathérine también suspiró y, como si me hubiera adivinado el pensamiento, dijo de repente:

—Entonces estaba todavía Hélène. —Guardó silencio afectada—. Hélène no olvidaba nunca un cumpleaños —añadió—. Me escribía siempre unas felicitaciones tan maravillosas... Yo... Las conservo todas todavía, y a veces...

De pronto se interrumpió y se tapó la boca con la mano. Sus ojos brillaban.

—La echo tanto de menos —susurró—. No sé qué hacer con este sentimiento tan fuerte. —Me miró con gesto desdichado—. ¡Ay, Julien!

—¡Ay, Cathérine! —contesté—. Yo también la echo de menos.

—¿Qué debemos hacer? ¿Qué debemos hacer?

Lo dije dos veces, y las dos sentí como una puñalada en el corazón. Porque la respuesta habría sido terrible.

Nada. No podíamos hacer nada.

Me levanté pesadamente del sofá.

—Creo que ahora deberíamos irnos a dormir, Cathérine —comenté en voz baja—. Gracias otra vez por la cena.

Ella se puso de pie y se tambaleó ligeramente.

—Gracias por haberte quedado, Julien.

Me dirigí hacia la puerta y ella me acompañó hasta el pequeño recibidor.

—Bueno, que duermas bien —dije con tono desvalido.

Ella asintió y trató de sonreír.

—Sí, tú también.

Apoyé la mano en el picaporte y me volví otra vez.

Habría sido mejor no hacerlo.

El pequeño rostro de Cathérine mostraba un gesto cargado de dolor. Estaba desesperada y las lágrimas le corrían calladas por las mejillas. Prorrumpió en sollozos, y su aflicción hizo que el suelo desapareciera bajo mis pies.

—Pero, no, Cathérine... Cathérine, no, no —dije, y solté el picaporte.

—¿Podrías abrazarme, por favor?

Lloraba amargamente, y yo lloré también y la abracé. Estuvimos un rato en el estrecho y oscuro recibidor, agarrados uno al otro como náufragos a punto de ahogarse. Hasta que la desolación se convirtió de pronto en un inmenso deseo. De consuelo, de cercanía, de contacto.

Envueltos en el perfume de los muguets, nuestras manos se aventuraron demasiado. Encontré la boca de Cathérine, que era suave y estaba hinchada por el llanto. Todavía sabía a tiramisú. Y después de todas las semanas y meses cargados de tristeza volví a tener en mis brazos a una mujer..., una criatura viva, cálida, cariñosa, que me atraía hacia sí y a la que seguí hasta el dormitorio dando tumbos.

Los dos estábamos sensibles, los dos habíamos bebido demasiado vino, y yo sabía que estábamos en crisis. Eso es exactamente lo que ocurre de noche cuando se está en crisis. Y, a pesar de todo, le quité el vestido, oí su apagado gemido y, susurrando, hundí la cara entre sus pechos.

SEGURIDADES PERDIDAS

A primera hora de la mañana salí de la casa de Cathérine como un ladrón en la noche.

Ella dormía todavía cuando me desperté y, algo confuso, eché un vistazo al dormitorio desconocido. Sentí un gran malestar. Vi el sereno rostro dormido de Cathérine, todavía manchado de rímel, y me deslice suavemente del brazo desnudo que reposaba en mi hombro. ¿Qué habíamos hecho? ¿Qué habíamos hecho?

Me zumbaba la cabeza cuando me deslicé fuera de la cama, tratando de no hacer ruido, y recogí mi ropa del suelo en penumbra. Con los zapatos en la mano, me dirigí hacia la puerta como en una comedia de enredo.

Zazie me miró con ojos centelleantes desde su cesta y maulló bajito. Por suerte era el único testigo de ese incidente nocturno que al menos había tenido lugar en casa de Cathérine y no en la mía. No quería ni imaginar lo que habría pasado si Cathérine se hubiera presentado en mi casa con su vino tinto y su soledad y Arthur hubiera estado ya de vuelta y por la mañana se hubiera plantado delante de la cama, nos hubiera mirado con los ojos como platos y nos hubiera preguntado con su limpia voz infantil: «¿Duerme ahora Cathérine en la cama de *maman*?». Me sentí fatal solo de pensarlo.

Cerré la puerta con cuidado, y cuando me disponía a ponerme los zapatos se abrió la puerta de la casa de enfrente.

Asustado, me sobresalté. Eran poco más de las seis. Por todos los santos, ¿quién está levantado un domingo a esas horas?

Madame Grenouille captó la situación al momento. Bueno, no era tan difícil.

Yo llevaba la mala conciencia escrita en la cara. La vieja señora, escandalizada, inspiró con fuerza y meneó la cabeza con desaprobación antes de soltar una sola palabra:

—¡In-cre-í-ble!

Yo pasé en calcetines por delante de ella para subir por la escalera y, con su malvada mirada clavada en la espalda, oí en mi cabeza cómo se desahogaría en la *boulangerie* de la Rue Jacob donde yo compraba siempre mi *baguette*. «Imagínese, madame. Su pobre esposa no lleva ni seis meses bajo tierra y él ya se consuela con su mejor amiga. Solo le digo que los hombres son así». Y luego recogería su bolsa de cruasanes y diría otra vez: «¡Increíble!», y la amable vendedora, que por las mañanas siempre tenía unas palabras agradables para mí —yo, el viudo digno de compasión—, asentiría y la próxima vez me miraría como si yo fuera un monstruo sin sentimientos.

«Y es que es increíble», pensé mientras ponía demasiado café en la cafetera para poder tener de una vez la cabeza despejada.

«¡Precisamente Cathérine!».

Me pareció sentir todavía el olor de los muguets.

Me di una ducha mientras el café borboteaba en la cocina y, con el agua masajeándome la espalda, repasé otra vez la noche anterior.

Había sido desconcertante y maravilloso abrazar a Cathérine, besarla y sentirme vivo... No lo podía negar. Ni por un segundo había tenido esa mala sensación que surge cuando dos cuerpos no armonizan. Embriagado por el vino y por el deseo de llenar ese horrible vacío que había en mí, había disfrutado de su cariño, de su calor. Pero cuando me desperté por la mañana y la vi a mi lado, me invadió enseguida la sensación de haber cometido una enorme estupidez. Me había dejado llevar. Y encima me parecía que había traicionado a Héléne por partida doble.

La amiga de mi mujer... Era algo tan banal que resultaba vergonzoso, había sido quizá demasiado sencillo. Y ahora sería todo terriblemente difícil, de eso estaba seguro.

Cathérine había sido como una hermana para mí —o, mejor dicho, como una prima lejana—, ¿pero lo vería ella también así?

Cerré la ducha y me envolví en una toalla. Mi teléfono móvil se había quedado sobre la mesa de la cocina y estaba sonando. Era Cathérine, que evidentemente había notado ya mi ausencia. No contesté. En vez de eso, encendí la radio.

Una mujer cantaba una triste canción, y cuando llegó a «*Don't you wish — we could forget this kiss, we're not in lo-ove*», apagué la radio.

El café estaba tan fuerte que tras el primer sorbo tuve que sacudirme. Me lo merecía. Cogí un paquete de galletas antiguo de un estante de la cocina y las mojé en el brebaje negro.

Volvió a sonar el teléfono. Esta vez era Alexandre. Contesté.

—¿Dónde estuviste anoche? Me parece fatal —me gritó—. Ya sabía que no vendrías.

—No es lo que te piensas —dije.

—¡No! ¡¿Qué mierda es esa?! —exclamó Alexandre cuando le conté mi noche con Cathérine. Aunque realiza trabajos de joyería de lo más delicado, a veces puede hablar como un trabajador del puerto de Marsella. Si bien en su boca hasta las peores palabras suenan de algún modo civilizadas—. ¿Te has tirado a Cathérine?

—Tal vez no sea esa la palabra indicada —repliqué—. Anoche estábamos los dos bastante sentimentales... y entonces sucedió.

—¿Y ahora?

—Pregúntame algo más fácil.

—Si hubieras venido a mi fiesta de primavera.

Yo guardé silencio y sorbí ruidosamente mi mezcla mortal. Después siempre es uno más astuto.

—¿Estuvo bien, al menos?

—En ese momento sí, de lo contrario no me habría quedado con ella. Estaba muy guapa, y me daba tanta pena, y yo también le daba pena a ella... de alguna manera... —Me callé.

Alexandre pareció reflexionar un momento.

—¿Quieres oír mi opinión? —preguntó luego.

—No.

—Dos personas infelices no pueden consolarse mutuamente.

—Gracias por la advertencia —dije, y me froté las sienes con las manos.

—Sobre todo cuando es por la misma persona. No puede funcionar.

No le contradije. En las novelas de ciertos autores a veces la cosa funcionaba bastante bien.

—Ahora me siento fatal —señalé.

—No me extraña. ¿Y qué dice Cathérine?

—Ni idea. Me acaba de llamar, pero no he contestado.

—¡Vaya, vaya! —Alexandre suspiró, y yo también suspiré.

—Tío, cualquiera sabe que tiene que alejar las manos de la mejor amiga de su mujer. Eso solo trae problemas.

—¡Sí, muy listo! Creí que eso solo valía cuando la mujer estaba viva.

—También es verdad. —Contuvo la risa—. Bueno, venga, todo se arreglará, Julien. No te comas el coco. Al fin y al cabo, es algo muy humano, ¿no? ¿No dijo alguien que en determinadas circunstancias uno se puede enamorar de cualquier persona?

—Pero yo no la *amo* —grité. ¿Qué estaba diciendo Alexandre?—. Fue solo una estúpida coincidencia de determinados factores que propiciaron los hechos.

—Lo sé, Julien, lo sé —dijo él para tranquilizarme—. Pues créeme, podría haber sido peor.

—Lo dudo.

—¡Sí, sí! Elsa L. resultó ser una *femme fatale* asesina de hombres. Alégrate de no haber caído en sus garras. No habrías podido deshacerte de ella tan pronto como de tu bella vecina.

—¿Qué significa «deshacerte»? No trato de deshacerme de Cathérine. —De algún modo me vi obligado a defenderla—. No tengo nada contra Cathérine, solo tengo que dejarle claro que lo de anoche fue una equivocación.

—Bueno, pues muy fácil, habla con ella.

Alexandre colgó y yo me quedé mirando el teléfono con la esperanza de que Cathérine volviera a llamar a lo largo del día. Pero la amiga de mi mujer no volvió a llamar ni me dejó ningún mensaje.

Su silencio me desconcertó. En los dos días siguientes fue como si a Cathérine se la hubiera tragado la tierra. No me atreví a llamarla. Esas cosas no se hablan por teléfono. Una tarde llamé vacilante a su puerta, pero no salió nadie. Volví a casa aliviado. Tal vez, traté de convencerme a mí mismo, a ella le resultaba todo el asunto tan incómodo como a mí. ¿O simplemente no estaba en casa en ese momento y no dejaba de mirar el teléfono para ver si yo la había llamado? Yo, el traidor.

Ese silencio empezó a ponerme nervioso.

El día en que debía regresar Arthur me encontré casualmente con ella en un *traiteur* de la Rue de Buci donde yo acababa de comprar unos melocotones, algo de queso, hojaldres rellenos y las albóndigas con salsa de tomate que tanto le gustaban a Arthur.

Nos quedamos mirándonos apurados, con las bolsas en la mano.

—*Salut*, Julien.

—*Salut*, Cathérine.

—¿Qué tal estás?

—Oh, bien..., bien. ¿Y tú?

—Sí..., también bien.

Guardamos silencio un instante. Luego dijimos los dos a la vez:

—Yo...

—¿Sí? —Me miró con gesto interrogante.

—No, tú primero.

—No, no, tú...

No podíamos seguir así. De pie, entre ensaladas de judías verdes y conchas rosa rellenas de carne de cangrejo.

—¿Vamos a algún sitio a tomar un café?

Ella asintió.

No resultó fácil aquella conversación que solo avanzaba de forma entrecortada. Los dos nos sentíamos cohibidos y ninguno de los dos quería molestar al otro.

—Lo siento tanto, Julien. No entiendo cómo pudo ocurrir —dijo Cathérine avergonzada—, pero yo... —Meneó la cabeza y pareció irritada por el hecho de que su empatía por mí y mi situación hubiera ido demasiado lejos—. Y luego, a la mañana siguiente, desapareciste sin más, y yo no sabía, yo no sabía... —Sus ojos me miraron suplicantes.

—No estuvo bien por mi parte —me apresuré a contestar—. Pero estaba tan confuso aquella mañana. Y ahora es como si hubiera traicionado a Hélène. Y me siento terriblemente mal.

—No, Julien, no debes reprocharte nada. —Cathérine se inclinó hacia delante y me puso brevemente la mano en el brazo—. Fue... Ay, yo tampoco lo sé... Fue simplemente la situación, ¿no? —Me miró dubitativa—. ¿Crees que Hélène se habría enfadado con nosotros?

«El dedo en la llaga», pensé. «El dedo en la llaga».

Meneé la cabeza y dejé la pregunta sin responder.

No existía un «nosotros», solo existía esa triste unión de conveniencia de la Rue Jacob.

—¡Ay, Julien! Simplemente estamos los dos algo confusos —afirmó Cathérine—. De lo contrario no habría ocurrido esto. —Sus ojos azul agua me miraron fijamente—. Pero en algún momento se pasará.

—Sí, en algún momento, seguro —me mostré de acuerdo.

Nos bebimos nuestros cafés y nos quedamos sentados sin saber qué hacer.

—¿Sabes, Cathérine? —dije yo finalmente—. Creo que una buena relación debe basarse en la esperanza y no en la compasión mutua.

Ella asintió.

—Pero... Seguimos siendo amigos, ¿no, Julien? —preguntó con inseguridad.

—Naturalmente, Cathérine, ¿qué te habías pensado? Naturalmente seguiremos siendo amigos.

Y lo pensaba realmente así en ese momento, sentía tal alivio por que por fin lo hubiéramos hablado... Pero no había tenido en cuenta una cosa: Cathérine y yo no habíamos sido nunca amigos. Ella era amiga de mi mujer. No teníamos una historia común. Y en las semanas siguientes cada vez que la veía cuando nos encontrábamos por casualidad en el portal o yo recogía a Arthur en su casa, siempre tenía la sensación de que el suelo iba a desaparecer bajo mis pies.

Hélène, mi queridísima Hélène:

Los últimos días han pasado volando. En realidad, el sábado por la noche quería ir a la fiesta de Alexandre, ¿te acuerdas?, ya te escribí sobre ello..., pero de pronto apareció Cathérine en mi puerta con una botella de vino. Era su cumpleaños y no quería celebrarlo sola, una amiga le acababa de dar plantón. Y sí, seguro que ya te imaginas que de forma inesperada acabé disfrutando de una exquisita lasaña.

Cathérine se alegró mucho de que me quedara con ella, y para mí tampoco supuso un gran sacrificio. Reconozco que tampoco me hacía demasiada ilusión ir a esa exposición. Alexandre lo hace con buena intención, pero de momento no me gusta estar rodeado de gente que no conozco. Me siento bastante perdido. Ya no es como antes, cuando íbamos los dos juntos a todas partes. Aunque no estuviéramos uno al lado del otro todo el rato, nuestras miradas siempre se encontraban entre la gente. Contigo a mi lado, querida, estaría a gusto en cualquier fiesta. Me resulta muy raro ir ahora solo a todas partes. Y sobre todo

volver a salir solo. Voy por la calle y me siento incompleto. Solo con mis pensamientos. Sin nadie con quien comentar nada. Tengo que ir acostumbrándome a todo eso.

En vez de la exposición de primavera en L'espace des rêveurs, una agradable velada en casa de Cathérine. Hablamos tanto de ti, Hélène, y de los viejos tiempos. Fue realmente agradable. Pero cuando recordamos el día que Cathérine cumplió treinta años, los dos nos pusimos melancólicos. «No sé qué voy a hacer con toda esta nostalgia», dijo Cathérine, y sus palabras se me quedaron clavadas. Qué deprisa han cambiado nuestras vidas... en solo dos años. Noto tu ausencia en cada rincón, Hélène, en cada rincón.

Cathérine tiene a Zazie y yo tengo a Arthur, pero nada, nada puede cerrar ese hueco que tú has dejado. Brindamos por ti, querida, y pensamos en ti. Pero, ay, qué diferente habría sido la velada si tú hubieras estado allí.

Antes de ayer volvió Arthur de Honfleur. Subió las escaleras de la mano de 'mamie', estaba muy moreno y contento, y se lanzó a mis brazos. No puede ser, pero me dio la impresión de que había crecido un poco. Estoy muy contento de tenerle otra vez aquí, había demasiado silencio sin nuestro hijo en casa. Ahora ya está otra vez llena de vida. Y llena de juguetes, no puedes ni imaginar lo deprisa que ha logrado esparcir sus cosas por todas partes. En cualquier momento voy a resbalarme con uno de sus malditos muñecos de Playmobil y me voy a romper una

pierna.

Imagina: me ha traído un regalo y estaba inmensamente orgulloso. Encontró una estrella de mar en la playa. Me dará suerte, dijo. Y luego hemos pasado horas pensando cuál era el mejor sitio para ella. Arthur es a veces un niño muy concienzudo. Estuvo mucho tiempo dudando entre mi mesilla de noche y mi escritorio. Y ahora la estrella de mar destaca con toda su belleza sobre mi mesa de trabajo, junto a tu foto. Para que tú también la veas, dijo Arthur.

‘Maman’ y tía Carole han estado otra vez juntas y sin discutir como no sucedía desde hacía mucho tiempo. Ha debido de ser todo muy armonioso. Los días junto al mar también le han sentado bien a mi tía, y ambas hermanas han hablado mucho. Carole no siempre lo tiene fácil con su marido enfermo, al que ya no se puede perder de vista. Pero Camille no ha tenido ningún problema con él.

Y hay una novedad que te va a alegrar: Camille está embarazada... de ese tipo tan agradable al que conocí hace unos meses. ¡Ha sido todo tan rápido! Pero los dos deben de estar muy contentos. Y la llegada de un niño es algo que siempre da esperanza. Camille se lo ha contado también a su padre. «Papá, voy a tener un niño», le dijo. Y el viejo Paul sonrió y preguntó: «¿Mío?».

Ya lo ves, si no fuera todo tan triste darían ganas de reír.

‘Maman’ suele decirme que hay que confiar en la vida, y que al final todo acaba teniendo sentido. Pero tu muerte, querida, no puede tener sentido.

Mañana iré otra vez al cementerio a llevarte esta carta. No me lo puedo creer, pero con esta ya son veinticuatro las cartas que te he escrito. Si, corazón mío, voy avanzando. Al final me resulta más fácil de lo que pensaba. Mi voz, tu silencio. ¿Llegarás a enterarte de algo de lo que aquí ocurre?

A veces pienso que sí, a veces pienso que no. Y a veces me gustaría tanto poder recibir una respuesta, una única respuesta tuya.

Aunque eso no va a ocurrir nunca, y así seguiré siendo, hasta que nos volvamos a reunir,

tu sumamente infeliz

Julien

Querida H el ene:

Arthur descubrió ayer nuestro pequeño secreto, y ocurrió así:

Yo tenía previsto ir por la mañana al cementerio, pero llamaron de la guardería para decir que a Arthur le dolía la tripa y quería irse a casa y que si podía ir a recogerle.

Cuando llegué a la guardería ya se encontraba mejor, y la cuidadora me gui o un ojo y dijo que probablemente se lo había inventado. Era evidente que quería estar conmigo, tal vez le estaba costando pasar de las vacaciones a la vida diaria en casa, así que fue conmigo al cementerio. Apenas habíamos llegado cuando de camino hacia tu tumba descubrió a esa restauradora de la que ya te he hablado. Estaba trabajando en una estatua de un  ngel deteriorada, y Arthur quiso quedarse con ella a mirar cómo sujetaba un ala rota.

« Puedo mirar un poco, papá?», me pidió, y, como Sophie no tenía nada en contra, le dej  all  y continu  hacia tu tumba. Contempl  la figura del  ngel que mira hacia atrás día y noche, y de pronto su rostro me pareció más

frío, su boca más dura.

Acababa de dejar la carta en el cajón secreto, cuando de pronto apareció Arthur y me miró con curiosidad.

«¿Qué estás haciendo, papá?», me preguntó con su voz aguda.

«Oh..., vaya, ¿sabes?, a veces le escribo cartas a ‘maman’», contesté al sentirme descubierto. «Y, para que las cartas no se pudran, las dejo en una especie de buzón».

«Guay», repuso. Es lo que dicen todos ahora en su grupo de la guardería: «guay». No pareció sorprenderle mucho el asunto de las cartas. «Seguro que se alegrará, debe de aburrirse mucho allí arriba en el cielo», fue su comentario. «Qué pena que yo no sepa escribir todavía. Cuando sepa escribir recibirá también cartas mías».

Yo cerré el cajón y señalé: «Pero es un secreto, Arthur. No debes contárselo a nadie, ¿me oyes? A nadie. Si no..., si no, no llegarán las cartas».

Él asintió con gesto respetuoso. «No diré nada, papá», me aseguró muy serio. «Sé lo que es un secreto. Ya no soy un bebé».

Me cogió la mano, y cuando volvíamos por el camino vimos a Sophie sentada en un banco al sol haciendo su pausa de mediodía. Tenía un par de sándwiches y una cerveza pequeña y nos ofreció un poco. Arthur hablaba y hablaba y le contó sus vacaciones junto al mar, y yo estaba muy lejos de allí con mis pensamientos.

¡Ay, Hélène! Hay algo que me pesa. Yo también tengo

un secreto, no es bonito, tal vez ya lo sepas desde hace tiempo si realmente estás ahí, en algún sitio, y nos ves.

¡No he sido del todo sincero contigo, querida! Aquella noche con Cathérine, el día de su cumpleaños, del que te hablé, acabó de forma muy diferente...

Sí, es cierto, los dos estábamos muy tristes, y también es cierto que los dos pensamos mucho en ti, pero luego, no sé muy bien cómo, de pronto nos abrazamos llorando, lo uno llevó a lo otro, y al final pasamos la noche juntos.

Estoy terriblemente avergonzado, Hélène, ni siquiera quiero a Cathérine. Los dos nos sentíamos muy desgraciados y buscamos apoyo uno en el otro. Estuvo mal, fue un error. Pero te echo tanto de menos, Hélène, y tú no estás nunca aquí. Es difícil soportarlo. ¡Ay, si pudiera tenerte otra vez conmigo! ¡Si con estas cartas pudiera hacer que vivieras otra vez, las escribiría a miles!

Y ahora estoy aquí con mi mala conciencia, esperando que me perdones. «¿Se habría enfadado Hélène?», me preguntó Cathérine cuando nos vimos más tarde. Y yo no le pude dar ninguna respuesta. Siento que he traicionado a la persona a la que más quiero, Hélène. Porque tú eres eso para mí, la persona a la que más quiero.

¿Puedes perdonarnos? ¿Puedes perdonarnos?

¡Ay, si recibiera una respuesta tuya, mi ángel silencioso! Si pudieras darme alguna señal que me indicara que todo está bien. ¡Lo que daría por que fuera posible!

Te quiero, mi ángel. Siempre te querré.

¡Perdóname!

Julien

BUENAS PERSONAS

Ya era mayo cuando volví de nuevo al cementerio de Montmartre.

Tal vez fuera todo el asunto con Cathérine, o el aire frío que soplaba desde el Pont des Arts la tarde en que me encontré con Alexandre cerca del Beaubourg, quizá fuera también Maxime, el pequeño amigo de Arthur de la guardería que vino una tarde a casa y no dejó de toserme encima mientras jugábamos todos juntos a La liebre y la tortuga. En cualquier caso, cogí un virus de la gripe que se las traía. Me zumbaba la cabeza, me dolían las articulaciones y ni siquiera me acordaba ya de la última vez que había tenido fiebre. Pero ahora tenía de todo. Me arrastraba de la cama al baño y del baño a la cama, ayudaba a Arthur a vestirse por la mañana o le ponía una película por la tarde, y eso era todo lo que podía hacer.

En esos días aprendí a apreciar a las buenas personas que aparecieron por todas partes y me ayudaron. *Maman*, que me aconsejó que no acudiera al médico —«no pueden hacer nada si es una gripe vírica y encima cogerás otras cosas en la sala de espera»— y se pasaba todos los días y nos preparaba algo de comida, y debo decir que en los catorce días que duró la enfermedad incluso engordó, algo que no es propio de ella. Élodie —así se llamaba la madre del amigo de Arthur, que ya no tenía tos— venía a casa todos los días y llevaba a los niños a la guardería. Cathérine enseguida se mostró dispuesta a recoger a Arthur por las tardes, algunos días jugaba con él y a veces me traía a mí, el paciente, un pequeño detalle que yo aceptada agradecido.

Incluso Alexandre, que tenía auténtica fobia a los virus y bacterias, vino dos veces a verme. Se tapaba la boca con un pañuelo y colocaba la silla lo más

lejos posible del sofá donde yo estaba echado.

Dormí mucho esos días. Mi cuerpo luchaba con todas sus fuerzas contra los virus y me eximió de toda responsabilidad, y yo dormitaba con las cortinas medio echadas y con la ayuda de unas buenas pastillas contra el dolor y me sentía muy tranquilo.

Una vez soñé con Hélène; apareció ante mí sonriendo, con un vestido blanco y una corona de margaritas en la cabeza, y me pregunté si sería esa la moda ahora en el cielo. Me besó suavemente en la boca y dijo:

—Quería ver cómo estás, Julien. ¿Estás bien?

—Ahora sí —respondí, suspirando aliviado al verla otra vez—. Por favor, no te vayas, Hélène. Te necesito tanto...

—Pero, Julien, *mon petit fou* —dijo ella y se rio bajito—. Yo siempre estoy contigo, ¿es que no lo sabías?

Se sentó en la cama a mi lado y me apartó el pelo que se me había pegado a la frente, y yo le cogí la mano, que era larga y delgada. «No la voy a soltar nunca, esta mano», pensé. «No la voy a soltar nunca más». Animado, cerré los ojos, todo iba bien, Hélène estaba conmigo, yo sujetaba su mano con fuerza...

Y cuando me desperté seguía sujetando todavía un adorno del cabecero de nuestra cama y me quedé mirando la madera algo desconcertado.

Una tarde —yo ya iba mejorando— Cathérine trajo a Arthur a casa y luego se quedó un rato indecisa en el cuarto de estar. Era evidente que quería algo. Oíamos a Arthur cantar en su habitación, donde se había sentado a su pequeña mesa y pintaba un dibujo tras otro con sus ceras de colores nuevas, su ocupación favorita. Entonces Cathérine se puso un dedo en los labios y cerró la puerta sin hacer ruido.

Yo me incorporé entre los cojines. ¿Qué estaba haciendo?

—Julien, tenemos que hablar —dijo en voz baja y se sentó en uno de los dos sillones que estaban frente al sofá—. Se trata de Arthur.

—¿Qué pasa con Arthur? —pregunté alarmado—. ¿Qué ocurre? ¿Sufre acoso en la guardería? —No paraban de salir en los periódicos noticias de niños que eran discriminados y acosados por otros niños.

—No, no, no es eso —empezó a decir vacilante.

—¿Entonces qué es?

Sus mejillas se pusieron de golpe como tomates.

—Arthur me ha preguntado si voy a ser su nueva *maman*.

—¿Qué?! ¿Cómo se le ha ocurrido eso? —pregunté con desconfianza.

—Yo también se lo he preguntado y me ha contado que esta mañana se encontró en la escalera con madame Grenouille, que le dijo que era un pequeñajo digno de compasión, ya que su desalmado padre había olvidado ya a su querida *maman* y ahora tenía una nueva mujer, esa maestra en cuya casa se deslizaba por las noches a escondidas. «Pronto tendrás una madrastra, mi pobre, pobre niño», le aseguró.

—¡Esa vieja bruja! —Sentí un choque de adrenalina por todo el cuerpo—. Le voy a partir el cuello.

—No, será mejor que no lo hagas, si no Arthur va a quedarse también sin padre. ¿Pero cómo se le ha podido ocurrir algo así?

Yo suspiré y me dejé caer de nuevo entre los cojines.

—Bueno —dije algo cortado—. Me vio cuando..., ya sabes..., salía de tu casa muy temprano. De pronto estaba ahí, en su puerta, lanzándome una malvada mirada.

Cathérine sonrió brevemente, luego volvió a mostrarse seria.

—Deberías hablar con Arthur y explicárselo como sea —opinó—. Yo le he dicho que solo somos buenos amigos. —Me miró con inseguridad y en sus ojos había algo que no supe interpretar muy bien—. He hecho bien, ¿no?

—Sí, claro —respondí—. Has hecho muy bien, Cathérine. Hablaré luego con Arthur.

—Bien. —Se puso de pie, cogió su portafolios y volvió a abrir la puerta del cuarto de estar—. Entonces, hasta mañana. —Alzó la mano en un gesto de despedida.

—Y... Cathérine.

—¿Sí?

—Gracias por todo.

Más tarde vi otra vez la película de *Robin Hood* con Arthur. Estábamos sentados juntos en el sofá, él con su pijama de ositos marrones, yo con el mío de rayas, y teníamos entre los dos un gran cuenco de patatas fritas que compartíamos como buenos hermanos. Arthur se acurrucaba bajo la manta y gritaba de alegría cada vez que Robin Hood le hacía una jugarreta al sheriff de Nottingham. Cuando al final, después de múltiples aventuras, el astuto Robin

Hood toma a Marian entre sus brazos y surgen miles de corazoncitos alrededor de los dos zorros, Arthur suspiró de felicidad.

Luego giró la cabeza hacia mí.

—Papá..., ¿sabes qué? —Soltó una risita.

—No, pero seguro que tú me lo vas a decir, pequeñín. —Le atraje hacia mí y él apoyó la cabeza en mi hombro.

—Tengo novia —dijo con aire soñador.

—¿Qué?! —Le miré atónito—. ¿No es un poco pronto, Arthur? Solo tienes cuatro años.

—No, papá —me aseguró—. Maxime también tiene novia.

—Vaya —dije. Qué sabía yo. Yo era solo su padre.

—Pero la mía es más guapa —prosiguió Arthur—. Tiene rizos pelirrojos como *maman*. —Suspiró feliz y se repantingó en el sofá—. Giulietta es la más guapa de la clase. Su mamá es italiana —aclaró muy orgulloso.

—Eso..., eso está muy bien. —Yo estaba algo desconcertado—. Y..., quiero decir..., ¿cómo es eso de tener novia? —pregunté con cautela.

—Ay, papá —respondió él—. Es muy sencillo. —Cogió un puñado de patatas y se las comió muy contento—. Eliges a una chica y luego te acercas y le preguntas: «¿Quieres salir conmigo?», y entonces ella dice: «Sí». —Me lanzó una rápida mirada—. Bueno, si te hace caso... —me aclaró, y yo tuve que sonreír—. Y entonces os dais un beso y ya se está con alguien.

—Oh... ¡Vaya! —repose aliviado—. Y ella..., o sea, Giulietta..., ¿te dijo que sí enseguida cuando se lo preguntaste?

—Sí —contestó con tono de felicidad, y volvió a acurrucarse contra mí—. En la comida siempre nos sentamos juntos y nos guardamos el sitio. Le parezco guay, ¿sabes?

—Bueno, eres un chico muy guay —comenté, le alboroté los rizos oscuros y decidí aprovechar la ocasión.

—¿Sabes?, yo también tengo que decirte algo, Arthur.

Me observó con los ojos muy abiertos.

—¿De Cathérine? —preguntó.

Yo asentí.

—Sí. Cathérine y yo... somos amigos —empecé a decir—, pero... no *salimos* juntos, ¿entiendes?

Él asintió indeciso.

—Madame Grenouille ha dicho...

—Madame Grenouille es una vieja amargada a la que le gusta hablar mal de la gente y cotillear —le interrumpí—. Un día me vio salir muy temprano de casa de Cathérine, tú estabas con *mamie* en Honfleur. Pero yo solo fui a consolar a Cathérine porque era su cumpleaños y estaba sola. Así que pasé la noche en su casa para que no estuviera triste. —En realidad no era del todo mentira—. Seguro que lo entiendes, ¿no?

Arthur parecía intranquilo.

—Sí, claro, papá. Cathérine también me ha dicho que solo sois buenos amigos.

—Exacto. —Asentí aliviado.

—¿Pero sabes qué?

—No, ¿qué?

—Puede ser mi nueva *maman* tranquilamente si tú quieres. Es muy simpática. No es una madrastra mala como la de *Cenicienta*. —Soltó un fuerte bostezo.

—Tienes razón —dije yo—, pero a pesar de todo... Cathérine y yo solo somos amigos. Y seguirá siendo así.

Arthur asintió con cara de sueño, y le llevé a su cama.

Aquella noche soñé con una niña pelirroja que se llamaba Giulietta y estaba en el columpio que hay en el viejo pino del jardín de Honfleur y se columpiaba alegremente mientras mi hijo estaba detrás de ella y la empujaba y con cada empujón gritaba: «¡Más alto, Giulietta, más alto!».

Cuando pocos días más tarde salí de casa por primera vez había un precioso cielo azul sobre París. Era mayo, las flores se abrían en los céspedes y los árboles de los parques, el sol me calentaba la cara y en mi chaqueta iba la larga carta que le había escrito a Hélène durante el fin de semana. Aunque había estado enfermo tenía algunas cosas que contarle.

Entré en el metro, donde ese día la gente parecía menos malhumorada que otras veces. Observé mi ramo de coloridas flores de primavera y me alegré de poder depositarlo en la tumba de Hélène.

El Cimetière Montmartre era un paraíso verde en el que la naturaleza parecía haber explotado en las últimas semanas. Los pájaros entonaban sus

trinos en los árboles y el olor de las flores de los castaños impregnaba el ambiente.

Aspiré el suave aire y avancé a buen paso, y enseguida llegué al pequeño camino al final del cementerio donde pocas veces llegaba un visitante. La última vez que estuve allí con Arthur, Sophie se encontraba cerca restaurando un ángel. Era evidente que ya había terminado su trabajo, pues el ángel de piedra volvía a tener alas y miraba satisfecho la sepultura que custodiaba.

Unos pasos más y llegué a la tumba de Hélène, donde observé un instante el bello rostro del ángel de bronce.

—Espero que no estés enfadada conmigo, Hélène —susurré, pensando en la desesperada carta que había depositado allí hacía más de dos semanas—. Has estado un tiempo sin saber nada de mí, pero es que he estado enfermo.

Busqué tras la lápida un jarrón para mis flores y retrocedí satisfecho al verlo brillar delicado y luminoso entre la hiedra. Luego saqué mi carta de la chaqueta, accioné el mecanismo de la parte posterior de la lápida y abrí el buzón secreto. Como había hecho ya tantas veces, me incliné para poner el sobre con los demás, y me quedé petrificado.

No podía creer lo que veía, pero no cabía ninguna duda.

El cajón secreto estaba vacío, todas las cartas habían desaparecido.

Y en su lugar había un pequeño corazón de piedra.

MÁS COSAS EN EL CIELO Y EN LA TIERRA

Llevaba más de una hora sentado en las escaleras del Sacré-Coeur contemplando la ciudad que se extendía a mis pies. París resplandecía al sol de mediodía bajo un cielo sin nubes. A mi alrededor bullía la vida. Estudiantes que habían acampado con sus mochilas en la amplia escalera de piedra y sacaban sus *baguettes*. Turistas que estaban más abajo y no sabían si elegir como fondo de su foto la blanca iglesia que parece un pastel de azúcar en Montmartre o mejor el gran decorado de la ciudad. Parejas de enamorados que se besaban y eran felices porque podían estar allí, el icónico lugar que domina la ciudad que para la mayoría de la gente es sinónimo de romanticismo. Yo también había estado una tarde allí con Hélène y me había sentado a su lado en los escalones. Entonces reinaba el silencio y la ciudad era un mar de luces a nuestros pies.

Abrí la mano, en la que sujetaba todavía el corazón de piedra, y lo observé con incredulidad mientras se me pasaban las ideas más extrañas por la cabeza.

Después de descubrir que todas mis cartas habían desaparecido me había quedado un buen rato junto a la tumba. Tenía el corazón de piedra apretado contra el pecho y miraba fijamente el ángel. Estaba desconcertado.

«¡Dios mío!», había susurrado notando los latidos del corazón en el cuello. «¿Has sido tú, Hélène?».

Finalmente había dejado mi nueva carta en el cajón secreto y lo había cerrado bien. Y luego había abandonado el cementerio sin mirar ni a la derecha ni a la izquierda. Había deambulado por las calles de Montmartre como un loco, sin rumbo fijo, perplejo, demasiado nervioso para sentarme en

uno de los cafés. Mis pies habían encontrado por sí solos el camino hasta aquí arriba, el punto más alto de Montmartre.

Volví a contemplar el corazón en mi mano. No era uno de esos corazones de piedra decorados con rosas que venden en algunas floristerías. En realidad, era más bien una piedra, una piedra con un brillo rosado que tenía la forma natural de un corazón algo torcido. Una de esas piedras que puedes encontrar un día de verano brillando en el agua de un arroyo de montaña y te llevas a casa como si fuera un tesoro.

Cerré la mano en torno al corazón y miré hacia el horizonte, que se perdía en la neblina del mediodía. «¿Es posible?», me pregunté. ¿Era posible que, en circunstancias especiales, únicas e imposibles de entender para mí, esa fuera la respuesta que yo tanto había implorado en mi última carta? ¿Me había mandado Hélène una señal? ¿Qué podía significar ese corazón sino amor, amor eterno?

Respiré hondo. «Debes tranquilizarte, Julien, cálmate», me dije llamándome a mí mismo al orden. Señales de un muerto, ¡por favor! Algo así solo existe en las novelas, donde los personajes que viajan en el tiempo aparecen en las situaciones más inverosímiles o las pacientes en coma salen de sus cuerpos para entrar otra vez en acción. Era totalmente absurdo.

Pero... ¿era absurdo? ¿Era realmente un disparate?

Todas mis cartas habían desaparecido, eso al menos era lo que yo había visto con mis propios ojos. ¿Y quién conocía la existencia de esas cartas? Yo no le había hablado a nadie de ellas, tampoco del cajón secreto. Enseguida pensé en Arthur, que hacía poco me había visto dejando una carta en el cajón. Pero Arthur no había vuelto al cementerio desde entonces, y ¿a quién se lo iba a haber contado? No, no, negué con la cabeza. La desaparición de las cartas debía de tener otro motivo.

Era posible, aunque a mí me pareció sumamente improbable, que en teoría alguien hubiera descubierto el hueco en la lápida y se hubiera llevado las cartas por mera curiosidad. ¿Pero quién iba a hacer algo así? ¿Quién iba a robar unas cartas personales? ¿En un *cementerio*?

Por ejemplo, un escritor en busca de una buena historia, se me pasó por la cabeza, y tuve que sonreír.

Alguna vez había visto a algún desconocido ante la tumba de Hélène. Tal vez había locos que se llevaban cosas de las tumbas y las coleccionaban igual que algunos fans coleccionan autógrafos de músicos.

Pero incluso si alguien había descubierto las cartas por casualidad y no había podido resistir la tentación de llevárselas, estaba además el corazón de piedra. ¿Por qué iba alguien a dejarme un corazón de piedra en el cajón? ¿Quién, aparte de Hélène, haría algo así?

Era una idea inquietante, pero, cuantas más vueltas le daba, más me fascinaba la idea de que había sido Hélène quien me había querido dar una respuesta con ese corazón. Quería darme a entender que me había perdonado el asunto con Cathérine y que me quería.

Miré al cielo, y según estaba allí sentado en las escaleras de Sacré-Coeur de pronto me pareció todo muy lógico. ¿No había hecho Shakespeare decir a Hamlet que hay más cosas en el cielo y en la tierra de lo que nuestra sabiduría de escuela puede soñar? *There are more things in heaven and earth, Horatio, than are dreamt of in your philosophy.* Asentí con gesto de aprobación al recordar de nuevo los versos tantas veces citados. Aquel día soleado de mayo adquirieron para mí más sentido del que pudieron tener alguna vez para el desdichado Hamlet.

¿Acaso no han ocurrido siempre cosas que nadie podía explicarse?, seguí reflexionando. ¿Apariciones de la Virgen y cosas por el estilo? ¿Espejos que se desprenden de la pared cuando muere alguien? ¿Dos amantes que regresan a la vez al puente donde se conocieron? Hasta Albert Einstein —que está fuera de toda duda y es un científico reconocido— dijo que según las leyes de la física es perfectamente posible viajar en el tiempo. Pensándolo bien, no tenemos ni idea de lo que es posible entre el cielo y la tierra. Solo somos personas con un horizonte humano limitado, ¿y quién puede saber lo que hay más allá?

Sentía el corazón en mi mano y estaba confuso y animado a la vez por lo ocurrido. Entonces sentí que una sombra se cernía sobre mí.

De repente tenía delante una chica pelirroja y pecosa. Llevaba unos vaqueros y una camiseta azul claro con la inscripción «*Feeling better and worse at the same time*» y me tendía un teléfono móvil como si tuviera una llamada del universo para mí.

—¿Podría? —me preguntó con un gracioso acento y sonriéndome.

—¿Podría... qué? —repliqué confundido y mirándola como si fuera una aparición—. ¿Quién llama?

Me miró sorprendida, luego se sacudió el pelo y se rio.

—Jajaja... No. Me refería a si podría hacerme una foto, monsieur.

—Ah, vaya, sí..., claro —balbuceé—. Disculpa.

Dios mío, estaba fatal. Deslicé el corazón de piedra en el bolsillo del pantalón y cogí el teléfono, en el que ya estaba la cámara preparada. La chica subió un par de escalones y se situó delante de la iglesia cuyas cúpulas blancas resaltaban en el cielo azul.

—Pero el Sacré-Coeur tiene que salir entero —gritó, y posó coqueta para un par de disparos—. *Merci beaucoup* —dijo cuando volvió hasta mí y examinó las fotos en su móvil—. Sí, muy bonitas. *Lovely, very lovely!* —Alzó la mirada—. Dígame..., ¿es usted de aquí?

Yo asentí.

—Ah, entonces tal vez pueda indicarme cómo llego mejor desde aquí a Le Consulat..., al restaurante, me refiero... —Sacó del bolso un plano de la ciudad y al hacerlo se le cayó un pequeño librito.

Nos inclinamos los dos a la vez para recogerlo, y estuvimos a punto de darnos un cabezazo.

—Oh —dije yo entregándole el libro—. ¿Lees poesía?

—*Yes* —respondió ella, y apretó el pequeño volumen contra su pecho—. Me encanta Jacques Prévert. Estoy haciendo mi trabajo de fin de carrera sobre él y estoy pasando un semestre de intercambio aquí en París. ¿Conoce ese poema del jardín? *Le Jardin*? Es maravilloso...

Sus ojos brillaron, y yo tuve un *déjà-vu*.

—Claro que lo conozco —respondí sonriendo. Cualquiera que haya sido joven y se haya enamorado ha tropezado alguna vez con ese poema..., las líneas sobre un beso más bellas que se han escrito jamás—. ¿Quién no lo conoce?

Siguiendo un guion secreto casi le habría preguntado a esa chica si quería tomar un café conmigo, pero entonces dijo:

—Bueno, ¿dónde está Le Consulat? He quedado allí.

Nos inclinamos sobre el plano y le indiqué el camino que debía seguir.

—Si vas en esa dirección no puedes perderte —grité cuando ella ya subía corriendo hacia el Sacré-Coeur.

Se giró otra vez hacia mí.

—Gracias, monsieur. ¡Que tenga un buen día!

—¡Eh, espera! ¿Cómo te llamas?

Esperaba que dijera «Hélène» o «Helen».

—Caroline —gritó riendo, y desapareció.

Cuando un poco más tarde bajé por la calle que pasa por delante de Le Consulat la vi sentada al sol. Charlaba y bromeaba con un chico joven. Pasé ante ella sin que me viera, y pensé en lo enigmático que era el ciclo de la vida, en el que todo se repetía y todo estaba relacionado entre sí. En realidad, yo no creía en las señales, pero desde aquel día quizá hasta el incrédulo santo Tomás habría creído en la resurrección.

Sí, era cierto, yo no podía saber si esa piedra con forma de corazón que llevaba en el bolsillo del pantalón era realmente una señal, pero creía en ella como el pájaro del refrán, que cree en el amanecer incluso antes de que despunte el día.

En cualquier caso, el encuentro con la joven pelirroja me había hecho pensar así. Cuando volví a casa, revolví entre mis libros hasta que encontré el poema de Jacques Prévert. Y luego me senté en mi escritorio a escribirle una nueva carta a Hélène.

Mi queridísima Hélène:

A partir de ahora el 24 de mayo tendrá siempre una importancia especial para mí. Pues desde ese día, hoy, vuelvo a creer que estás siempre conmigo, mi ángel, como me prometiste cuando estaba en la cama con fiebre y soñé contigo. No eres solo un cuerpo que se descompone lentamente en la tierra en un cementerio, estás en algún sitio. Que alguien esté muerto no significa forzosamente que ya no exista.

Hoy he ido al cementerio a llevarte otra carta después de tantas semanas. Pero cuál fue mi sorpresa cuando vi que el compartimento secreto estaba vacío y en lugar del pequeño montón de cartas que ya había reunido allí encontré un corazón de piedra. Lo tengo delante de mí mientras te escribo y, contra toda razón, me atrevo a confiar en que es tuyo, querida. ¿Recuerdas que te escribí que deseaba recibir, aunque solo fuera una vez, alguna respuesta tuya? Pues ahora casi tengo la sensación de haberla recibido.

Cuando esta mañana vi el cajón vacío y descubrí el corazón de piedra se me paró el corazón un instante,

Hélène. Me quedé mudo. De miedo, de alegría. Recorrí las calles de Montmartre tratando de comprender lo que había ocurrido. Tenía el corazón acelerado por la felicidad, luego me volvieron a invadir las dudas. Algo así no era posible. ¿O sí? Mi corazón, que quería creer, y mi cabeza, que lo sabía todo, libraban una dura batalla. Subí por la vieja colina oscilando entre «imposible» y «tal vez posible», y cuando llegué arriba me encontré en los escalones del Sacré-Coeur a la joven pelirroja que tanto me recordaba a ti. Adoraba la poesía, como tú, si bien la de Prévert y no la de Heine, surgió una conversación que me resultaba familiar, y de pronto tuve la sensación de ser protagonista de un viaje en el tiempo. Aunque la estudiante pelirroja al final no tomaba el café conmigo, sino con un chico joven. ¡Precisamente en Le Consulat, Hélène!

Y en ese momento mi corazón lo supo.

No entiendo cómo está relacionado todo esto, querida, solo sé que estamos en mayo y que he vuelto a encontrarte de una manera imposible, que ‘vuelvo a tenerte como entonces, en mayo’.

Y te envío este saludo con todo mi amor, que es tan infinito como el beso en el parque de Montsouris que Prévert retuvo para siempre..., para nosotros y para todos los que se aman.

Julien

El jardín

Miles y miles de años
nunca serán suficientes
para contar
ese pequeño segundo de eternidad
en el que me besaste
en el que te besé
una mañana a la luz del invierno
en un parque de París
en París
sobre esta tierra
que es un astro.

***FEELING BETTER AND WORSE AT THE SAME
TIME***

Aquella noche se pasó por casa Alexandre. Aunque siempre me alegraba mucho de verle, me temía que esa vez no fuera una buena idea.

Y así fue. Mi amigo podrá maldecir como un trabajador del puerto, pero percibe cualquier vibración por mínima que sea. Su sensibilidad de artista.

Apenas había entrado por la puerta cuando ya desplegó sus antenas.

—¿Qué pasa contigo? Pareces distinto —constató mientras se quitaba la gabardina. Me observó con los ojos entrecerrados.

—Tonterías —exclamé yo—. Entra.

Intenté poner un gesto impasible. Para ser sincero, estuve a punto de estallar, estaba desbordado por lo vivido aquel día. Me habría gustado hablar de ello con alguien..., de las cartas desaparecidas, el corazón de piedra, mi teoría de lo imposible. Pero tenía claro que Alexandre me habría rebatido en cuanto yo hubiera empezado a contarle mi curiosa historia. A mi amigo joyero le gustaba diseñar joyas que hicieran soñar a las mujeres, pero tenía los dos pies sobre la tierra. Más que yo, en cualquier caso. Además, me daba cierto miedo revelar el asunto de las cartas. Era el último secreto que compartía con Hélène y ¿quién sabía qué podía ocurrir si lo revelaba?

Nos sentamos en el cuarto de estar, abrí una botella de vino, Alexandre me habló del matrimonio americano que había dejado su tienda medio vacía, me preguntó por mi «guapa vecina» y yo pude informarle de que afortunadamente Cathérine se había tomado todo muy bien y que incluso se había aliado conmigo contra la vieja víbora que vivía en nuestro edificio. Nos bebimos el

vino tinto, yo fumé un cigarrillo tras otro y me sentía como si fuera de cristal. Me distraía una y otra vez mientras fingía que escuchaba.

—¿Julien? ¿Hola? ¿Sigues aquí todavía? —Alexandre chasqueó los dedos ante mis ojos y yo me sobresalté—. Bueno, ¿qué dices?

Me quedé mirándole fijamente sin saber qué quería de mí.

Antes de que yo pudiera responder ya había retomado él la palabra.

—¡No dices nada porque ni siquiera me has escuchado! Y ahora no digas que todo está como siempre. Ha ocurrido algo, lo noto perfectamente. No estás sentado aquí como un sonámbulo sin ningún motivo. —Dirigió sus ojos oscuros hacia mí y me examinó a fondo. Luego se echó a reír.

—Dime... No, no puede ser... —Meneó la cabeza con incredulidad, y por un momento pensé equivocadamente que lo había adivinado todo—. ¿No estarás..., no estarás... enamorado?

—¿Qué?! —Me incorporé y apagué enérgicamente el cigarrillo—. ¡No, claro que no, idiota!

—¡Jajaja! —Alzó la mano con gesto tranquilizador—. Está bien, está bien. Pero dime de una vez qué ocurre. Vamos —me instó con voz adulatora—. Cuéntaselo al viejo Jim.

Tuve que reírme y me mordisqueé los labios.

Se revolvió expectante en el sillón y luego se inclinó hacia mí.

—Vale, muy bien, tienes un secreto. ¿Estás bien? No pareces tan triste como otras veces, eso ya es algo.

—Si supiera cómo estoy... —dije pensando en la inscripción de la camiseta de la estudiante pelirroja—. *Feeling better and worse at the same time* —murmuré.

—¿Qué dices? Parece un acertijo, *mon ami*. ¿Puedes hablar más claro? ¿Qué significa que te sientes mejor y peor a la vez?

Yo respiré sonoramente y me hundí un poco más en el sofá.

—Hoy he tenido un día que no te lo vas a creer —dije suspirando y mandando una plegaria a Hélène.

Y entonces le conté todo.

Tengo que agradecerle a Alexandre que no me interrumpiera ni una sola vez. A veces resoplaba enojado, luego tomaba pensativo un sorbo de vino, después volvía a posar su mirada compasiva en mí. Y cuando finalicé, él hizo

exactamente lo que yo me temía. Lo rebatió todo.

—Vaya, vaya, vaya —dijo meneando la cabeza con desconcierto—. Ahora sí que te has vuelto completamente loco, Julien. ¿No te parece todo un pelín exagerado... después de habérmelo contado?

Al instante me arrepentí de haberle contado nada.

—Sabía que no me ibas a entender —dije—. Pero en efecto hay más cosas en el cielo y en la tierra...

—Sí, sí, deja ya de repetir esa frase de mierda —me interrumpió.

—Casualmente esa frase de mierda, como tú la llamas, es de Shakespeare —dije presumiendo de mis conocimientos.

—Figúrate, ya lo sé. Pero... ¡eh, Julien! ¡Despierta! Hélène era una mujer maravillosa, era la mejor, y estará siempre aquí dentro, inolvidable. —Se dio unos golpes en el corazón—. ¡Pero está muerta, Julien! No puede coger ninguna carta de una tumba o dejar allí corazones de piedra.

Me levanté de un salto, atravesé con la decisión de un general la puerta de dos hojas abierta que daba a la parte trasera del cuarto de estar, donde estaba mi escritorio junto a la pared. Cogí el corazón de piedra, volví sobre mis pasos y se lo puse delante de las narices a un anonadado Alexandre.

—¿Y quién ha sido si no? —le pregunté.

—¡Dios mío, Julien, venga ya! Todo esto es completamente absurdo, ¿es que no lo notas? Deberías oírte. ¡Una señal de Hélène! ¡No estamos en *Poltergeist II* o *Ghost!* —Tomó el corazón en la mano y lo observó negando con la cabeza. Luego volvió a dejarlo en la mesa y suspiró.

—Estoy empezando a preocuparme por ti, Julien. Para ser franco, me parece que todo este asunto de las cartas está muy cerca del límite. Un cajón secreto en una tumba, ¡a quién se le ocurre! Pero, bueno, si a ti te sirve de ayuda y lo has prometido... Hélène era una persona inteligente. Algo tendría en mente si te hizo ese encargo. A pesar de todo, deberías centrar tus actividades en las personas de carne y hueso y no, perdona si soy brusco, en un cadáver que se pudre en la tierra. —Me miró con cara de preocupación—. Me parece alucinante. Al final vas a resultar ser una especie de necrófilo.

Yo crucé los brazos delante del pecho y decidí ignorar sus ofensas.

—¿Entonces de dónde sale este corazón? —insistí. Tenía que enfrentarle con los hechos—. ¿Quién se ha llevado las cartas?

Alexandre se encogió de hombros.

—A mí también me gustaría saberlo —dijo—. En cualquier caso, no ha sido

Hélène. Lo siento, amigo mío, pero me apuesto el brazo derecho a que es así.

—Pues me parece una apuesta muy arriesgada —repliqué, y él sonrió.

—Ya veremos.

Estuvimos un rato en silencio. Abajo, en la calle, pasó un coche con el motor rugiendo a todo meter. Mis pensamientos volvieron a Hélène y a la carta que pensaba llevarle mañana. «Pues ya veremos», pensé con tozudez, «¡ya veremos!».

Pero ¿qué esperaba yo, en serio? ¿Otra respuesta más? ¿Que la cabeza del ángel de bronce me hablara? Suspiré, y Alexandre me miró.

—Tienes que acabar con todas estas chorradas, Julien. Solo te haces daño con esto. —Cogió la botella y volvió a llenar las copas—. Créeme, yo sería el primero en gritar hurra si existiera la más mínima posibilidad de que Hélène volviera a estar viva. Pero por desgracia eso no es posible. —Se inclinó hacia delante y me apartó la mano que iba directa al paquete de cigarrillos—. Y ahora deja de fumar un cigarrillo tras otro, la casa entera apesta como un pub irlandés. ¿Quieres matar también a tu hijo? —Se acercó a la ventana y la abrió de par en par. El aire fresco inundó la habitación.

—¡Aaah! —gritó Alexandre—. *Aspirez, aspirez!* —Respiró hondo y se dejó caer en el sofá a mi lado—. Mira, Julien, incluso si tuvieras razón con tus suposiciones, si fuera Hélène la que se llevó las cartas y dejó el corazón..., ¿qué habrías ganado con eso?

—Entonces sabría que ella todavía existe —dije en voz baja.

—¡Vamos, Julien! Lo sabes de todas formas. Si quieres creerlo. Pero, vale, suponiendo que esté en algún sitio, como tú dices, y sí, quién sabe, tal vez sea así, y en este segundo esté sentada en este sofá vacío y nos escuche o vague como un fantasma invisible entre nosotros como los muertos en esa obra de teatro de Sartre... ¿Cómo se llama?

—*Les jeux sont faits, Se acabó el juego* —dije yo.

—¡Exacto, gracias! Bueno, pues suponiendo que tienes razón en lo que dices, ¿qué sacas tú de todo esto? ¿Puedes sentarte con Hélène en el sofá a charlar? ¿Puedes tocarla y abrazarla? ¿Se acuesta por la noche a tu lado? ¿Desayunáis juntos por la mañana y le cuentas lo que has leído en el periódico? ¿Se ríe cuando Arthur dice algo gracioso? ¿Está en la cocina y te prepara sus divinos *clafoutis aux cerises*? No, nada de eso va a ocurrir, Julien. —Me miró—. No. Va. A. Ocurrir. ¿O piensas que sí? ¿Piensas realmente que un día va a entrar aquí con su corona de margaritas en la cabeza

y te va a abrazar?

Yo bajé la cabeza y me quedé mirando el corazón con tristeza.

—Pero quién... —dije desvalido. Agarré la piedra rosada y la apreté como si fuera un ancla.

Alexandre me rodeó con sus brazos.

—Julien, ¿crees que no sé lo difícil que te resulta todo esto? —dijo.

Y nos quedamos otra vez en silencio. La ventana golpeaba suavemente cada vez que la brisa de la noche entraba en la habitación.

—Todo este asunto resulta muy extraño —admitió finalmente Alexandre—. Pero estoy seguro de que existe una explicación muy sencilla a este «milagro». —Dibujó las comillas en el aire y pareció pensar—. ¿Podría haberle contado Arthur a alguien lo del cajón secreto?

Yo negué con la cabeza.

—No, se lo he preguntado al llevarle a la cama. Ni siquiera sabía de qué le estaba hablando, ya se le había olvidado. Anda con sus propios asuntos en la cabeza. Le gusta una niña pelirroja de la guardería. —Tuve que sonreír al recordar cómo Arthur me había señalado a su pequeña amiga cuando fui a recogerle a la guardería. «¿A que es muy guapa, papá?», me susurró.

—Evidentemente ha heredado tus genes —apuntó Alexandre con ironía. Luego se incorporó de golpe.

—¡Claro, ya está! —Se golpeó la frente con la palma de la mano—. ¡Cómo no se me ha ocurrido antes! ¡Está claro! ¡Ha sido el marmolista!

—¡¿El marmolista?! ¡Ahora eres tú el que se ha vuelto loco, Alexandre! ¡El marmolista se lleva mis cartas y deja un corazón..., claro! ¡El marmolista, que tiene mujer y dos hijos mayores que trabajan con él, ha descubierto a la vejez su debilidad por un joven viudo...! ¡Esa es buena, jajajaja!

—¡No, espera! —Alexandre tenía una idea rondándole y no quería que se le fuera—. El marmolista al que le encargaste el cajón secreto en la lápida es el único que conoce su existencia, que nosotros sepamos —reflexionó—. No tiene por qué ser él, podría ser también alguien de su taller..., o tal vez se lo ha contado a alguien, pongamos que a otro cliente. ¿Quién sabe? Lo mismo hay por ahí una viuda desdichada a la que tu idea del buzón secreto le parece lo más romántico que ha oído nunca. Y sencillamente te ha visto dejar algo y ha encontrado las cartas. Que ha leído, naturalmente. Las mujeres son así. Curiosas e incorregiblemente románticas.

—Hum —murmuré yo desconcertado—. ¿Sabes qué, Alexandre? En

realidad, deberías escribir tú las novelas. —Me impresionó con qué ligereza se había sacado su teoría de la manga. Y tuve que reconocer que en la historia del marmolista tal vez hubiera algo de verdad. A ese hombre le gustaba mucho hablar. Eso me había puesto nervioso cuando fui a elegir el tipo de piedra.

—No, la escritura te la dejo mejor a ti —replicó Alexandre halagado—. Pero te regalo esta grandiosa idea para tu próxima novela. —Sonrió satisfecho porque la velada había acabado con un resultado que nos convencía a los dos. Luego apuró su copa y la dejó sobre la mesa con decisión—. Te lo digo, insiste con ese picapedrero. —Se rio con malicia—. Y no estaría mal que en el cementerio echaras un vistazo a esas viudas guapas que deambulan entre las tumbas. Me parece que es una buena pista, querido.

—Lo haré, Alexandre, lo haré —contesté—. En cualquier caso, pensaba ir mañana al cementerio. He escrito una nueva carta. Ya veremos si esta también desaparece.

—Ya veremos —dijo Alexandre—. Mantén los ojos bien abiertos, amigo mío. Pronto sabrás quién se esconde detrás de todo este asunto.

Yo asentí, y cuando la puerta se cerró tras él me sentí algo angustiado. Ensimismado, llevé las copas a la cocina y eché un vistazo a Arthur, que dormía abrazado a su oso de peluche. Luego volví al cuarto de estar y me acerqué a la ventana, que seguía abierta. Contemplé el oscuro cielo nocturno y se me encogió el corazón.

ME QUIERE, NO ME QUIERE

Lo inexplicable transforma a las personas. Las preguntas que carecen de respuesta son más difíciles de soportar que las demás, y por eso nos esforzamos por tener certezas. Buscamos la verdad..., pero ¿qué ocurre cuando no estamos seguros de si queremos saber realmente lo que al final vamos a descubrir? ¿Cuando la ilusión se desinfla como una pompa de jabón?

A la mañana siguiente, cuando traspasé la puerta del Cimetière Montmartre no estaba de muy buen humor. Había dormido mal y no sabía muy bien si prefería que mi última carta hubiera desaparecido también o que siguiera escondida en la lápida. Recibir una nueva señal o que no hubiera indicios de que alguien había abierto el cajón secreto.

Nunca había estado allí tan temprano. Mientras avanzaba por los ya familiares caminos del frondoso cementerio solo me crucé con el jardinero. Alexandre había sembrado la desconfianza en mi corazón, y cuando el viejo me gruñó un saludo le puse en el punto de mira y pensé si ese tipo tan extravagante sería capaz de esa extraña jugarreta. ¿Tal vez odiaba a la gente como yo, que invadía su reino de piedra sin pedir permiso? Volví la mirada un par de veces con la absurda sensación de que alguien me seguía o de que entre los árboles se ocultaba una mujer con un sombrero con velo negro, y me sentí un poco raro.

Cuando al final llegué a la tumba de Hélène con el corazón acelerado casi dudé si abrir el compartimento secreto. Pero tenía que hacerlo.

Abrí la piedra y palpé en busca de la carta que había dejado allí el día anterior. No estaba, pero mis dedos tocaron algo blando. Solté un grito

apagado porque al principio pensé que era una mano. Lo saqué con cuidado y sonreí con alivio.

Era una pequeña corona de nomeolvides y margaritas.

La sujeté sin saber qué pensar. La observé con detenimiento, separé las flores con cuidado para ver si había alguna nota escrita, pero no encontré nada. Solo las flores. ¿Qué significaba «solo»? Alguien había estado allí en mi ausencia, había cogido la carta y había dejado la corona para enviarme una señal.

¿Alguien?

Al ver las flores lo primero que me vino a la cabeza fue el ramito de nomeolvides de Cathérine. Recordé que me la había encontrado allí unas semanas antes, cuando llevé mi primera carta a la tumba de Hélène. El ramo de nomeolvides era suyo, ella misma me lo había dicho. Y estaba muy cortada, aunque yo también. ¿Era posible que entonces viera algo..., que me hubiera observado a escondidas? Intenté recordar aquel día. No, no había nadie cerca de la tumba, yo lo habría visto. Y además era una idea completamente absurda. Cathérine vivía en el mismo bloque que yo, podía habérmelo dicho en cualquier momento, no tenía por qué rondar por los cementerios abriendo cajones secretos. Además, me acordé de que los días previos ella había tenido clase todo el día y por las tardes había estado Arthur en su casa jugando con Zazie. El cementerio se cerraba a las seis de la tarde, y no podía imaginarme a Cathérine saltando la puerta de hierro verde por la noche para dejar unas nomeolvides. Meneé la cabeza.

—¡Julien, estás viendo fantasmas! —me dije en voz baja. Y de hecho los estaba viendo, porque de pronto me pareció reconocer claramente en la corona el sello de Hélène. ¿No llevaba ella en mi sueño una corona de margaritas?—. Ay, Hélène, ¿qué estás haciendo? —susurré aturdido, y miré el ángel, que seguía impertérrito—. Ya no sé qué creer.

Saqué de mi bandolera la carta con el poema de Prévert y la dejé en el hueco en la piedra.

—Estoy ansioso por ver qué te parece esto —dije en voz baja, y cerré el buzón secreto. Luego retrocedí un paso y observé la lápida con detenimiento. La finísima grieta que marcaba el sitio apenas era perceptible para el ojo humano.

Era consciente de que todo aquello era muy raro, pero allí, ante la tumba, con la pequeña corona de flores en la mano y la mirada fija en Hélène, me

sentí al margen del mundo, y los argumentos de Alexandre perdieron todo su significado.

Finalmente, con sentimientos encontrados, me puse en marcha, abandoné los caminos pequeños y avancé despacio por la Avenue Hector Berlioz, cuando de pronto oí que alguien me llamaba por mi nombre.

Levanté la mirada y vi una grácil figura oscura que estaba sentada en un banco entre los mausoleos de piedra y disfrutaba de su pausa de mediodía con su estuche de utensilios a un lado.

—*¡Salut, Julien!* —me saludó Sophie muy contenta—. ¿Qué? ¿Otra vez por aquí? Hace mucho que no te veo.

—Pues estuve ayer aquí —dije yo, alzando las cejas con sorpresa—. Pero... sí, he estado enfermo.

—Y yo que pensaba que habías vuelto con los vivos y no iba a verte nunca más. —Se colocó bien la gorra y sus ojos me miraron con picardía.

«Si tú supieras, pequeño gnomo, si tú supieras», pensé.

—Eso me habría parecido una lástima —prosiguió sonriendo—. Sinceramente, ya empezaba a echar de menos nuestras conversaciones. —Se movió un poco hacia un lado—. Ven, siéntate un momento conmigo, estoy en mi pausa de mediodía. ¿Cómo te va?

—Oh..., bueno..., muy bien —balbuceé mirando la pequeña corona que todavía llevaba en la mano—. Dadas las circunstancias... —Encogí los hombros.

—Bonitas flores —comentó ella de repente—. ¿Son para tu mujer?

—No, no, ya he estado en su tumba. —Lo dije sin pensarlo demasiado, y me habría dado de bofetadas al ver su mirada de sorpresa.

—¿Para quién son entonces?

—Las flores..., eh..., las flores... —Me sentí como un idiota—. ¡Las flores son para ti! —Sonreí aliviado por la ocurrencia que me había salvado.

—¿Para mí? —Un suave tono rojizo cubrió su rostro—. Pero...

—Sí —me apresuré a asegurar dejándole las flores en el regazo—. Esperaba encontrarte aquí. Imagínate, yo también te echaba de menos. —Me reí al hacer la broma—. Fuiste tú la que me dijo que las flores de las tumbas florecen en vano, ¿no?

—Veo que prestabas atención, escritor —repuso ella riéndose, aunque en sus ojos podía verse la duda. Se quitó unas migas del pantalón—. Bueno..., ¿seguro que son para mí? —volvió a preguntar.

Yo asentí con energía.

—Sí, seguro, lo digo yo.

—Eres muy bueno inventando historias —replicó—. A pesar de todo, ¡gracias! —Dejó las flores a su lado—. Nomeolvides y margaritas —dijo ensimismada—. ¿Sabes lo que eso significa en el lenguaje de las flores?

—¿Qué?

—Bueno..., las nomeolvides simbolizan el amor y la fidelidad. Creo que antiguamente se decía que los ojos de los recién enamorados recuerdan a esa flor... —Me miró a la cara—. Oh..., ¡sí! —añadió—. Tus ojos son tan azules como una nomeolvides.

Sonrió, y yo también sonreí avergonzado. ¡Vaya! ¿Estaba el gnomo coqueteando conmigo?

—¿Qué más? —Cogió una margarita de la corona y la sujetó en alto—. Las margaritas representan la felicidad auténtica. Bueno, es maravilloso. ¿Y qué se puede hacer además con una margarita? —Movié la margarita delante de mi cara—. ¿Eh?

Tuve que reírme.

—Ni idea. ¿Qué? No domino el lenguaje de las flores.

—Vamos, Julien. ¡Hasta un niño conoce el viejo juego! —Empezó a arrancar los pétalos con los dedos—. Me quiere..., no me quiere..., me quiere..., no me quiere... —Siguió hasta que solo quedaba un pétalo—. ¡No me quiere! ¡Oh, lástima! —Tiró el tallo por encima de su hombro y me lanzó una mirada escrutadora—. ¿Vas a contarme lo de esa corona de flores? ¿O es un secreto? Adoro los secretos. —Sonrió al ver que yo no respondía—. Vale, una pregunta más fácil: ¿cómo va tu libro, escritor?

No, no intentaba coquetear.

—Así así —respondí de manera críptica. La miré, y entonces se me ocurrió una idea—. ¿Y tú, Sophie? He visto que el ángel tiene alas nuevas. ¿Avanzas con tu trabajo? Seguro que más que yo. ¿En qué estás trabajando ahora?

—Oh, de momento restauro la inscripción de un panteón familiar. No es un gran reto para una escultora, pero un encargo es un encargo.

Asentí como un experto, aunque su trabajo me importaba un comino.

—Dime, Sophie, tú vienes todos los días, ¿no?

—Bueno, sí, casi todos los días, tengo los fines de semana libres. Hay más cosas aparte de los ángeles y las lápidas, ¿no? —Cogió su *baguette* de jamón y le dio un buen mordisco—. Hoy, por ejemplo, acabo antes. Es el cumpleaños

de mi prima y nos ha invitado.

No pregunté a quién se refería con ese «nos». En vez de eso dije como de pasada:

—¿Has visto últimamente a alguien junto a la tumba de Hélène? Bueno..., aparte de mí, claro.

Me miró con atención y luego se encogió de hombros.

—Hum —contestó—. Déjame pensar. —Empezó a enumerar—: El jardinero suele barrer el camino. Luego recuerdo un grupo de japoneses que fotografiaron algunas tumbas, creo que también tu ángel de bronce. Luego está ese señor elegante que viene de vez en cuando, una mujer con un gran sombrero negro, y también he visto a una señora algo mayor. —Pensó—. Y luego viene mucho una mujer rubia que trae flores.

La mujer rubia era Cathérine, sin duda.

—¿Alguien más? —pregunté.

—¡Puf! Quieres saberlo todo. ¿Acaso quieres probar el grado de popularidad de tu mujer? Bueno, yo tampoco me entero de todo, pero diría que su tumba es más visitada que otras. Aparte de la gente famosa. —Arrugó la frente—. ¿Quién más? Una vez vi una parejita que estuvo mucho tiempo junto a la tumba, lo miraban todo con detenimiento y el hombre incluso hizo anotaciones en un cuaderno..., pero de eso hace ya mucho tiempo. Y, oh, sí, hace unos días un vagabundo rondó cerca de la tumba con su botella de vino. —Hizo una pequeña mueca.

—¿Y ayer? ¿Viste a alguien ayer?

Negó con la cabeza.

—Lo siento, pero no. Eso significa que pudo venir alguien y yo no me enteré porque estaba lejos.

—Y cuando trabajabas cerca de la tumba de Hélène, en el ángel..., ¿hizo alguien algo en la tumba?

Me miró asombrada.

—¿A qué te refieres con «hizo»? —repitió—. ¿Vandalismo? ¿Han roto o robado algo?

Noté que me sonrojaba. Tal vez debería haberle contado toda la verdad, pero no lo hice. Seguro que Sophie me habría tomado por un loco, como mi amigo Alexandre.

—Eh..., no —me apresuré a responder—. Bueno, sí. He echado en falta mi regadera verde. Estaba siempre detrás de la lápida.

—Ajá. —No sabía si realmente me creía. Sus ojos grandes y redondos se posaron sobre mí un instante—. Así que profanadores de tumbas... —añadió sonriendo, y luego chasqueó la lengua—. Bueno, si quieres puedo tener los ojos un poco más abiertos. Yo estoy siempre por aquí.

Sonó su teléfono y me lanzó una mirada de disculpa.

—No, no —dije poniéndome de pie y despidiéndome con un gesto de la mano—. Contesta, yo tengo que irme ya.

Sophie se despidió con una sonrisa y señaló contenta la corona de flores. Al alejarme oí que su voz adquiría un tono muy suave al hablar.

—No, no se me ha olvidado, *Chouchou*. Hoy salgo antes, ya te lo he dicho... Sí, sí, estaré en casa a las cinco como tarde... Sí..., yo también.

Y, así, abandoné el cementerio con las manos vacías en todo el sentido de la palabra. Mi posterior visita a Bertrand & Fils, Lápidas y más no fue mucho más satisfactoria..., al menos si quería dar crédito a la teoría de la viuda guapa y romántica ideada por Alexandre.

Encontré a monsieur Bertrand entre sus piedras, conversando con un matrimonio de cierta edad sobre las ventajas de las piedras antiguas.

—Podemos pulir la inscripción anterior y hacer algo nuevo y bonito —dijo con voz potente—. No les saldrá tan caro y quedará muy bien. Nadie tiene por qué saber que es reutilizada. —Se rascó detrás de la oreja y lanzó una mirada hacia donde yo estaba—. Pero echen un vistazo tranquilamente. Como suelo decir siempre, mirar no cuesta dinero.

El matrimonio siguió discutiendo en voz baja entre las lápidas expuestas y monsieur Bertrand se acercó a mí sonriendo. Era evidente que se acordaba de mí.

—¡Monsieur Azoulay! Vaya, ¿qué le trae por aquí? —Me estrechó la mano—. Espero que no necesite otra lápida.

Pude tranquilizar al marmolista en ese sentido.

Estábamos al sol de mediodía entre todas esas piedras sin trabajar, y yo le expuse el asunto detalladamente.

La reacción de monsieur Bertrand fue tremenda. Obviamente le había ofendido en su dignidad profesional.

—¡Bueno, escúcheme! —dijo indignado extendiendo las manos en un gesto de inocencia—. ¿Piensa eso de mí? No me lo puedo creer. —No dejaba de

menear la cabeza—. Joven, dirijo este negocio desde hace cuarenta años, y antes de mí lo dirigió mi padre, y, cuando yo esté bajo tierra, que espero que no sea muy pronto —golpeó tres veces el pedestal de piedra que tenía al lado—, se encargarán de la empresa mis dos hijos... Pero nunca —me miró con gesto de reproche—, nunca se ha quejado nadie.

—Yo tampoco me estoy quejando —me apresuré a aclarar—. Solo quiero saber si es posible que en ciertas circunstancias usted... —bajé la voz— le haya hablado a alguien de la peculiaridad de la lápida.

Monsieur Bertrand resopló.

—Bueno, pues si es así, sencillamente dígamelo, por favor —continué—. Sería muy importante para mí saber si alguien tiene conocimiento de ello. Es una cuestión de vida o muerte..., por así decirlo. —Le lancé una mirada penetrante y me felicité por lo acertado de mis palabras.

El marmolista retrocedió asustado y entornó los ojos. Pero luego me devolvió la mirada sin pestañear lo más mínimo y juntó las manos sobre la bata de trabajo que se tensaba en torno a su enorme barriga.

—Imposible, monsieur Azoulay. Yo mismo realicé ese cajón, yo personalmente, ni siquiera permití a mis hijos acercarse. Usted me dijo que el asunto debía ser confidencial, y así ha sido hasta el día de hoy, que me lleve el diablo si miento. Lo que me dice un cliente no sale de este taller, puede creerme. ¡Ni se imagina la de historias que llegan a mis oídos! O los extraños deseos que tienen a veces los familiares de los difuntos.

Revolvió los ojos con dramatismo, y yo preferí no imaginar nada.

—No, no, monsieur, la discreción es nuestro negocio, se lo digo siempre a mis hijos. Discretos por toda la eternidad. No soy solo un marmolista, también puedo estar más callado que una tumba, jajajaja. —Soltó una fuerte risotada; tal vez usaba ese juego de palabras a menudo. Sonaba como un eslogan—. El marmolista callado como una tumba.

El matrimonio que seguía deambulando entre los bloques de piedra dejó de parlotear y nos miró con interés.

Cuando monsieur Bertrand vio que yo no me reía, volvió a la carga.

—Qué digo..., ¡como dos tumbas! Jajajaja. —Su enorme barriga tembló.

Tantas risas entre lápidas fueron demasiado para mí. Me despedí y dejé a monsieur Bertrand con sus nuevos clientes, que pronto disfrutarían también de su discreción por toda la eternidad.

DESDE EL RINCÓN DE UN BOSQUE

Cuando me llamó Alexandre el domingo por la mañana yo estaba hojeando, como tantas veces en los últimos días, el pequeño volumen de poesía de la Librairie Gallimard. Era un ejemplar de anticuario y las páginas amarillentas estaban llenas de los maravillosos poemas de Jacques Prévert. Unas líneas de ese librito estaban pensadas para mí y me planteaban algunos enigmas.

Porque sí, entretanto yo había estado otra vez en la tumba de Hélène —la curiosidad me había llevado hasta allí—, y sí, mi última carta había vuelto a desaparecer y en su lugar estaba este viejo libro de poesía. Lo saqué a la luz del día asombrado, feliz, desconcertado.

Aquel viejo libro de bolsillo ya algo gastado, que parecía haber sido descubierto en las casetas de los *bouquinistes* que venden a diario sus viejos tesoros en la orilla del Sena, era sin duda una respuesta a mi última carta, en la que le había enviado a Hélène el poema de Prévert..., ese que todos los amantes conocen.

Todavía en la tumba, empecé a hojear el librito conteniendo la respiración.

En las primeras páginas aparecía un nombre escrito en una caligrafía ya algo anticuada que no me decía nada —Augustine Bellier—, evidentemente la anterior propietaria del libro, que probablemente hacía tiempo que había pasado a mejor vida. Pasé las páginas una a una con cuidado, en busca de alguna anotación, un dobléz, algo que pudiera darme alguna indicación, y finalmente descubrí entre dos hojas una vieja postal sin escribir que mostraba unas rosas blancas y parecía servir de marcapáginas. El título del poema de esa página era *Cet amour...* «Este amor».

No lo conocía.

Era un extenso poema sobre el amor, que aparece representado como una persona, sobre cómo es y cómo puede ser, sobre cómo las personas a veces nos olvidamos del amor, pero el amor nunca olvida a las personas. Y alguien había subrayado suavemente las últimas líneas con un lápiz.

Solo te teníamos a ti sobre la tierra.
No dejes que nos volvamos fríos,
aunque sea cada vez desde más lejos,
y, desde donde sea,
danos señales de vida,
mucho más tarde
desde el rincón de un bosque,
en la selva de la memoria
surgiendo de repente
tiéndenos la mano
y sálvanos.

Las palabras me conmovieron profundamente cuando las leí junto a la tumba. Y también más tarde, cuando hacía tiempo que había abandonado el cementerio y leí los versos para entender el mensaje que un ser celestial o terrenal quería hacerme llegar, tuve que tragar saliva en las palabras: «No dejes que nos volvamos fríos». Y se me saltaron las lágrimas al leer esa fuerte petición al final del poema: «Desde el rincón de un bosque, / en la selva de la memoria / surgiendo de repente / tiéndenos la mano / y sálvanos».

Lo entendí todo. Hélène, mi ángel de piedra, al que yo no debía dejar que se volviera frío, me seguía regalando su amor desde el rincón de un bosque. Naturalmente, esto hacía referencia al cementerio, que era, por así decirlo, la conexión entre la vida y la muerte.

En el momento en que encontré el librito de poesía de Prévert tuve claro que por nada del mundo podía estar detrás Cathérine, por muchas veces que hubiera ido al cementerio. Cathérine, a diferencia de su amiga Hélène, no tenía una vena poética. Había estudiado biología y su trabajo de fin de carrera llevaba el prosaico título de *Tras la pista de los microbios*. Quiero decir — ¡cielos! — que era profesora de biología, no leía poesía. Y tampoco la regalaba. Enseguida me disculpé mentalmente con todas las profesoras de

biología que sí leían poesía. Algo así era posible, naturalmente. Boris Pasternak era médico y escribió los más bellos poemas. Pero no Cathérine, mi vecina. Yo dudaba incluso que tuviera algún libro de poesía en las estanterías más bien vacías de su casa.

Así pues, cuando aquella mañana de domingo estaba sentado en la cama, algo ensimismado entre las bellas palabras de un poeta y redactando mentalmente mi próxima carta a Hélène, el timbre del teléfono me hizo volver a la realidad.

Era Alexandre, que quería saber cómo había ido mi visita al marmolista.

—¿Y... has descubierto algo?

—Puedes olvidarte de tu teoría del marmolista, jura por su honor que él no ha sido —dije, y luego le conté mi encuentro con el discreto hasta la muerte monsieur Bertrand.

—Bueno —objetó Alexandre—, ¿cómo sabes que dice la verdad?

—¡Venga, Alexandre, déjalo ya! —gemí—. Olvida tus teorías conspirativas. No existe ninguna viuda atractiva destinada a salvarme.

—Lástima —dijo Alexandre—. ¿Qué más has descubierto?

Le hablé de mi conversación con Sophie, enumerando las personas que ella había visto cerca de la tumba.

—¡Ves, ya lo tenemos! ¡La mujer del sombrero negro! —exclamó con aire triunfal—. Me suena a viuda. ¿O conoces a alguien más que lleve un sombrero negro?

—No, a nadie. La última mujer con un sombrero negro que vi fue en una película de Fellini. Pero como monsieur Bertrand es más callado que una tumba sobra toda especulación.

—¿Y la mujer mayor que mencionó la escultora?

—Bueno, puede que fuera mi madre. Va de vez en cuando al cementerio, aunque no es muy dada a pasear por esos lugares.

—No como tú —señaló Alexandre.

—No, no como yo —repetí mosqueado—. Podrías haberte ahorrado ese comentario, ¿no?

—¡Lo siento! —Parecía compungido—. ¿Había algo nuevo en tu buzón secreto? —insistió.

—Sí. —Cada vez tenía menos ganas de continuar con esta conversación.

—¿Y qué? Vamos, Julien, no me hagas sacarte todo con sacacorchos, solo quiero ayudarte.

Yo suspiré y le hablé de mis dos últimos hallazgos.

Cuando oyó lo de la corona de flores me interrumpió inmediatamente.

—¡Fue la vecina guapa, sin duda! Es la única que cada poco deja ramos de nomeolvides, tú mismo me lo contaste. Y esa escultora..., ¿no te dijo que había visto varias veces a una mujer rubia junto a la tumba? Quién sabe, lo mismo tu vecina se ha enamorado de ti.

—Sí, listo, ya lo he pensado, pero Cathérine está excluida del grupo de sospechosos por diferentes motivos. Primero, el día en que dejaron la corona de flores ella no fue al cementerio. Y segundo...

—¿Segundo?

Le hablé del libro de poesía.

—Hum —musitó Alexandre—. Hum. Hum. Hum. No suena precisamente a mademoiselle Balland. ¿Qué pone en el poema?

Le conté de qué iba el poema y le leí las líneas subrayadas.

—Suena más bien a Héléne, ¿no te parece? —dije con cautela.

—Nooo, no me parece —rebató él—. No me parece en absoluto. Al contrario.

—¿Entonces? —pregunté de mala gana.

Y entonces mi amigo Alexandre expuso una interpretación totalmente nueva de los versos de Prévert.

—Bueno, está bastante claro —dijo—. No debes ser frío como todas esas lápidas, no debes cerrar tu corazón al amor. El amor te manda una señal... en el cementerio, a donde te sientes arrastrado por tus recuerdos de Héléne. Y entonces de pronto aparece el amor, que quiere salvarte si tú se lo permites. Te tiende la mano, ¿te enteras?

Yo guardé silencio desconcertado.

—Bueno... —repliqué—. Es lo que pasa con los poemas, que pueden interpretarse de distintas maneras. Es como con ese oráculo de Delfos. En cualquier caso, yo pensé enseguida en Héléne.

—¿Por qué no me sorprende eso? —Alexandre se rio. Parecía hacerle gracia el juego—. Tú siempre piensas solo en Héléne, amigo mío.

—¿Y cómo encaja el corazón de piedra en tu teoría? —pregunté enfadado. Tal vez había sido un error contarle todo a Alexandre.

Pensé en mi primer hallazgo, que seguía todavía encima de mi escritorio. Con él había empezado todo. Con ese corazón de piedra que Héléne había dejado como señal de que me amaría eternamente. Y sencillamente no podía

ser casualidad que yo hubiera recibido esa señal cuando más la necesitaba dada mi gran desesperación.

—Encaja perfectamente, querido —respondió Alexandre—. Debes abrir tu corazón duro como una piedra de nuevo a la vida.

Yo guardé silencio. Era como si estuviera oyendo a mi madre.

—Bueno, Cathérine... —prosiguió cavilando Alexandre—, o alguien te ha echado el ojo. ¿Qué pasa con esa chica del cementerio? ¿Podría tener algo que ver en todo esto? Lo mismo le ha gustado un viudo joven y simpático. Al fin y al cabo, está todo el día trajinando entre las tumbas.

—¿Quién? ¿Sophie? —Lo pensé un instante. Luego negué con la cabeza. Sophie tenía un novio al que le decía por teléfono: «Yo también»—. No. Tiene novio —añadí recordando su voz, que me había sonado tan cariñosa la primera vez que la oí.

—¿Cómo lo sabes?

—La llama constantemente. Y ella le llama *Chouchou* y está muy enamorada. Además, es demasiado espontánea como para... leer poesía.

—¡Vaya! —dijo Alexandre, y tachó a la escultora de su lista—. ¿Quién más de tu entorno lee poesía?

—Nadie. Hélène.

—¡Julien! Por favor... A veces pienso que estás mal de la azotea. ¿Y qué pasa con tu editor ese..., cómo se llama..., Fabre?

—Jean-Pierre Favre —le corregí.

—Sí, ¿qué pasa con él? ¿Es el señor elegante que estaba ante la tumba? Seguro que ese Favre es superculto, un hombre de letras y con imaginación..., seguro que tiene libros de poesía en sus estanterías. Lo mismo tiene miedo de que no acabes nunca tu libro y quiere llevarte otra vez por el buen camino.

—¿Y por eso centra mi atención en el cementerio?

—No..., la aleja del cementerio, pero tú no quieres escucharme.

—¿Qué idea tan absurda! También podrías ser tú quien está detrás de todo esto, Alexandre. Al fin y al cabo eres tú quien graba poemas en sus colgantes. Me apuesto lo que sea a que alguna vez has grabado algún verso de Prévert, ¿no? Podría ser.

—Frío, frío —repuso Alexandre.

Los dos nos quedamos callados y yo me senté en la cama y quité una pelusa de la colcha.

—Bueno, entonces... —musitó finalmente Alexandre, y yo sentí curiosidad

por oír lo que iba a decir—, solo queda Elsa L.

Se echó a reír, y a mí me pareció una idea tan descabellada que también me reí.

—¿Nos vemos esta tarde? —preguntó Alexandre—. Lo mismo se nos ocurre alguna idea mejor.

—No y no —respondí—. Mi madre tiene entradas para una representación infantil de *La flauta mágica*, vamos a ir esta tarde con Arthur.

Maman opinaba que la formación cultural no empezaba nunca demasiado pronto. «*La flauta mágica* es perfecta para un niño de cuatro años», había dicho al ver que yo levantaba las cejas. «Además, Arthur va a cumplir ya cinco».

—Bueno, pues a ver si os hechizan —dijo mi amigo—. Nos vemos.

Mi querida Hélène, sol de mi noche:

¡Estoy tan confundido! ¡Me gustaría tanto creer que eres tú quien se lleva mis cartas y me deja una señal! A veces pienso que es así, da igual lo que diga Alexandre.

Cuando encontré el poema de Prévert estaba seguro de que solo tú podías estar detrás..., ¿quién si no iba a mandarme poemas? ¿Y no habría sido la respuesta perfecta a mi poema? Luego pienso, como ahora, que no puede ser. Te escribo y me pregunto en este momento: ¿a quién estoy escribiendo realmente? ¿Quién está leyendo mis cartas? Pero no puedo parar. ¿Cuál sería la alternativa? ¿Dejar de escribirte y no recibir nunca más una respuesta? Y además te lo prometí, querida, y al menos hasta que haya escrito las treinta y tres cartas voy a seguir confiando..., aunque no sé muy bien en qué.

¿En que pueda volver a tenerte, como entonces, en mayo? ¿En que mi vida dé un giro feliz?

Cuando te hice la promesa, Hélène, no sabía que la escritura de las cartas me iba a llevar a esta aventura. Pues en eso se ha convertido para mí, en una aventura llena de

enigmas que solo conoce Alexandre. ¿O es que hay alguien más?

¡Ay, Hélène, no sé qué desear! O sí, sí lo sé. Desearía que continuara este curioso juego de grandes preguntas y pequeñas respuestas. Cuando pienso que de pronto puede que no encuentre nada en el cajón secreto, que todo esto se acabe, que se rompa el contacto... ¡No quiero ni imaginarlo! Creo que me sentiría fatal.

Tú me dijiste que escribir cartas tal vez podría ayudarme..., y tenías razón, mi inteligente mujer. Te escribo estas cartas y eso me sirve de distracción, en ellas resumo mi vida, tengo una visión general, me ayuda a seguir adelante. Y más aún con la perspectiva de encontrar una respuesta en la tumba.

Es todo tan absurdo... No me atrevo a contárselo a nadie, van a pensar que soy un caso psiquiátrico. Pero a veces me gustaría gritarlo a los cuatro vientos: que tengo la sensación de que alguien lee mis cartas, que hay una respuesta para mí. ¡Para mí, Julien Azoulay!

Todo esto me salva, Hélène, me conduce por este momento tan difícil de mi vida, curiosamente me hace tener esperanza.

El domingo estuve con ‘maman’ y Arthur viendo ‘La flauta mágica’, de Mozart. Era una representación al aire libre en el parque de Montsouris, donde un grupo de teatro libre había montado un pequeño escenario. Era una función infantil, fue todo mágico. Nos quedamos como hechizados,

cogidos de la mano, ‘mamie’, Arthur y yo. Nos reímos con las tonterías de Papageno y con las ocurrencias de Papagena. Y acompañamos en su camino a Pamina y Tamino mientras con su gran amor superaban todas las difíciles pruebas.

Tal vez tenga yo también por delante una época de pruebas. Quiero ser fuerte, querida, y no perder el valor. Ni la esperanza de que todo va a acabar bien. Pues de momento solo tengo eso: esperanza.

Espero una señal tuya y te mando infinitos besos.

Julien

LA PUERTA CERRADA

Pasó mayo, y la pena que los últimos meses me había oprimido el alma se transformó en febril esperanza. Si yo antes «funcionaba» más o menos, ahora estaba bien despierto y dominado por un nerviosismo que le llamó la atención hasta a mi pequeño hijo.

«Papá, no paras de mover la rodilla», señaló mientras estábamos sentados en la mesa de la cocina. En cualquier caso, yo ya no estaba tan aturdido por la pena como antes. Un día que fuimos juntos al cine seguí con interés las aventuras del pequeño huérfano de *La vida de Calabacín*, y cuando después de la película tomamos una crep con Nutella en el puesto que hay en el Boulevard Saint-Germain detrás de la iglesia, Arthur dijo muy satisfecho: «Me gusta que vuelvas a reírte, papá».

Durante la semana trataba de continuar con la escritura de mi novela, que empezaba a llenarse con contenidos muy distintos, y los fines de semana salía de excursión con Arthur. De vez en cuando quedaba con Alexandre, evitando hablar de las cartas desaparecidas, y, si él me preguntaba, yo le decía en broma que no había ninguna novedad en el frente del cementerio.

Alguna vez incluso me senté con Cathérine por la noche en el balcón. Desde que madame Grenouille nos había puesto en su punto de mira nos habíamos vuelto cómplices y la turbación que reinaba entre nosotros desde aquella noche memorable había desaparecido y había dado paso a una relación de amistad y vecindad... Al menos eso pensaba yo entonces.

Los miércoles comía a mediodía con *maman* y los domingos, si hacía buen tiempo, iba con Arthur al Bois de Boulogne. A veces alquilábamos una barca

de remos y yo, siguiendo sus indicaciones y alegres gritos, maniobraba por el lago entre las demás familias o parejas, o nos sentábamos con un pequeño barquito en el Chalet des Îles para tomar el sol y dar cuenta de una *tarte framboise*. Esa era la parte normal de mi vida.

Pero luego estaba «el secreto» y esa inquietud que me había invadido y que alcanzó su punto culminante el viernes por la mañana, cuando vino Louise a limpiar y yo salí de casa para dirigirme a esa colina del norte de París donde evidentemente estaba mi destino.

Cada vez que iba a Montmartre mis pensamientos empezaban literalmente a vibrar y me sentía como electrizado. ¿Qué iba a encontrar esta vez en la tumba?

Pues curiosamente mi ruego había sido escuchado: el extraño juego de cartas y señales había continuado. Cada una de mis cartas había recibido una respuesta. Y tras cada señal yo había escrito una nueva carta. Me sentía como en éxtasis, ese febril ir y venir me recordaba al funesto y aun así animado Cyrano de Bergerac, que escribía cartas de amor de forma encubierta. Yo anhelaba esas pequeñas señales que después me llevaba a casa como si fueran valiosas joyas que luego examinaba, que interpretaba, que me permitían hacer cosas. Sencillamente no podía dejarlo, pues mis cartas seguían desapareciendo del cajón y la lápida ofrecía siempre nuevo alimento.

Después de haber visto con Arthur *La flauta mágica* descubrí una pequeña caja de música en la tumba. Tenía el tamaño de una caja de cerillas y estaba envuelta con un papel blanco en el que se podían reconocer fácilmente las siluetas de Papageno y Papagena bailando juntos con sus disfraces de plumas. Nervioso, giré el pequeño resorte lateral y sonó la melodía del carrillón:

¡Quien mucho arriesga, mucho gana!
Ven, precioso carrillón,
haz sonar, sonar tus campanillas,
para que los oídos canten.
¡Qué sonidos tan deliciosos!
¡Qué sonidos tan hermosos!
¡Larala la la larala la la larala!

Puse la caja de música sobre mi mesilla, y cuando por las noches me invadía la melancolía la cogía y hacía sonar la alegre pequeña melodía que

vibraba brillante en la oscuridad.

En mi siguiente visita al cementerio encontré como respuesta a mi carta una rosa de color lavanda, luego una granada roja y brillante, y un día había un folleto del Musée Rodin.

Aunque *maman* vivía en la misma calle, en la Rue de Varenne, yo nunca había estado en ese museo algo apartado del animado Boulevard Saint-Germain en el distrito gubernamental. Y así, un miércoles que había comido con *maman* paseé inquieto por el encantador parquecito que rodea el viejo edificio del museo, contemplé algo perplejo *El pensador* de Rodin, que se alza ensimismado sobre su pedestal en el jardín, y *Los burgueses de Calais*, que forman un grupo compacto. Pasé entre los verdes arbustos de boj, entré en el museo y vi en el primer piso las obras de Camille Claudel, la mujer que fue primero alumna y luego desgraciada amante de Rodin y que creó obras de una expresividad increíble antes de que el gran maestro la abandonara y ella enloqueciera de amor y pasara el resto de sus días en un manicomio.

Deambulé entre las esculturas, observé todo con detalle, examiné al resto de visitantes con los ojos entornados y traté de averiguar qué hacía realmente allí.

Es una sensación extraña buscar algo que no se sabe qué es realmente. ¿Pero no es toda nuestra vida una búsqueda así? ¿La búsqueda del «dominio perdido», como describe de forma tan acertada Henri Alain-Fournier en *El gran Meaulnes*?

Estuve un buen rato ensimismado ante la elegante escultura de los dos amantes que, inclinados hacia un lado, bailan un vals en íntima fusión y en un dinámico giro. Esta obra que lleva el sencillito nombre de *La valse* también fue creada por la desdichada Camille, y de pronto me pregunté quién bailaba ahora conmigo su vals.

Cuando una hora más tarde abandoné el Musée Rodin y me senté fuera en un banco me alegré de haberlo visitado, aunque no había descubierto nada.

Así que seguí adelante. Escribí a Hélène sin saber si era ella realmente la receptora de mis cartas, yo quería creer que era así, pero luego dudaba de mi salud mental y me sentía como un idiota desesperado. En algún momento dejé de romperme la cabeza. Vivía en mi propio mundo como en un bello sueño, pensando que al final todo se iba resolver... Y así sucedió.

Fue mucho más tarde, cuando el verano ya tocaba a su fin. Y después de que yo hubiera captado algo fundamental.

Pero durante esas semanas de primavera en las que los días iban siendo más

cálidos y luminosos yo estaba solo con mis pensamientos. Ya no hablaba de mis visitas al cementerio ni mi nueva *raison d'être*, ni siquiera con Alexandre. Por un lado, la vida continuaba..., al menos para los demás. Por otro lado, yo había decidido que era mejor guardarme el secreto para mí con la esperanza de que algún día podría entenderlo todo.

La única que tuvo conocimiento de mis visitas al cementerio de Montmartre fue Sophie. Era inevitable. Aunque no la veía cada vez que iba, siempre agradecía su cariñoso interés, sus graciosas observaciones y la forma en que a veces me hacía entrar en razón. Además, me informaba de si había visto a alguien acercarse a la tumba de Hélène. Se consideraba «mi mejor espía» y a veces me dejaba que la invitara a un café o una copa de vino en señal de agradecimiento.

Estos encuentros no duraban mucho, y la cena en su bistró favorito —la primera y única a la que me invitó— no se volvió a repetir. Sin embargo, yo encontraba en Sophie a una oyente atenta que me daba consejos sin que yo se lo pidiera o me animaba cuando volvía a invadirme la tristeza.

Un día que estábamos sentados a mediodía en la terraza de un café de la Rue Lepic, Sophie me miró pensativa.

—¿Puedo hacerte una pregunta, escritor?

¡Vaya! Las preguntas femeninas que empiezan así no presagian nada bueno.

—Naturalmente —respondí desenvolviendo un terrón de azúcar con ademán algo ceremonioso.

—¿Por qué te interesa tanto saber quién se acerca a la tumba de Hélène? ¿Temes a la competencia? —Inclinó la cabeza y frunció los labios—. Eres con diferencia el número uno en el cementerio, Julien, puedo certificarlo por escrito.

Se reclinó en su silla y el sol se enredó entre su pelo.

Yo me reí aliviado. Luego la miré a los ojos, quizá demasiado tiempo, y por un instante se me pasó por la cabeza la tentadora idea de contarle todo a esa chica en la que parecía que se podía confiar ciegamente.

—Sabes, Sophie...

Me miró expectante y noté cómo me iba desanimando. Tal vez no fuera muy buena idea. ¿O sí? Estaba indeciso.

—¿Sí?

—A veces me gustaría contarte una cosa, pero... no me atrevo —dije torpemente.

—Oh. —Me lanzó una extraña mirada, y en vez de hacer uno de esos irónicos comentarios que se le daban tan bien estuvo un buen rato callada.

Yo tampoco sabía qué decir, y la turbación fue creciendo entre nosotros a cada minuto.

Sophie manoseó la hebilla de su peto como si se hubiera aflojado. Finalmente levantó un poco los hombros y sonrió con cautela.

—Entonces sencillamente cuéntamelo, si te atreves —dijo, y no era difícil apreciar que había malinterpretado mi comentario. Probablemente pensaba que el idiota del cementerio se había enamorado de ella.

—No, no... No es eso... —Noté que estaba tartamudeando—. No..., no tiene nada que ver con nosotros, Sophie —añadí tratando de corregir el equívoco—. Es... una especie de... secreto.

—Vaya, vaya... Así que un secreto —replicó ella. Y los dos nos echamos a reír con timidez.

Posteriormente al pensar en esa curiosa conversación, me he preguntado a veces si se trató realmente de un malentendido o si ese malentendido no encerraba toda la verdad.

Algo había cambiado. Yo ya no estaba triste todo el rato, ni siquiera todo el día. Y si el motivo era la influencia de Sophie o la misión secreta que me llevaba al cementerio una y otra vez, el caso era que había empezado a alejarme de los viejos recuerdos y a volver a mirar hacia delante, hacia la próxima carta, la próxima respuesta, la próxima vez.

Un día de junio estaba yo ante la tumba y sujetaba en la mano una tarjeta pintada con un motivo oriental que había cambiado por una carta nueva en el cajón secreto. Sobre una puerta de madera rodeada de sinuosos arabescos aparecía una sentencia del poeta bengalí Rabindranath Tagore.

Cuando una puerta de la felicidad se cierra
otra se abre,
pero a menudo miramos tanto
la puerta cerrada
que no vemos la otra,

la que se ha abierto
para nosotros.

Me estaba preguntando cómo debía interpretar estas palabras, cuando oí el ruido apagado de unos pasos. Me giré y vi a Cathérine. Llevaba en la mano un ramo de violetas y me miraba con atención. ¿Cuánto tiempo llevaba allí?

—*Salut*, Julien —dijo al tiempo que se aproximaba con gesto de interés—. ¿Qué estás leyendo?

—¡Nada! —Guardé a toda prisa la tarjeta en mi bandolera.

Ella retrocedió al instante.

—Perdón, no quería..., no quería ser una entrometida, disculpa.

—No, no..., está bien. Era solo... —Dejé la frase en el aire.

Ella posó las violetas sobre la tumba y sonrió con naturalidad.

—Hace muy buen día. Y he salido antes del trabajo. He decidido venir aquí.

—Sí —dije yo sonriendo también—. Hemos tenido los dos la misma idea.

Mientras íbamos juntos por el camino del cementerio se me pasó de pronto una idea por la cabeza.

—Dime, Cathérine..., ¿conoces a Tagore?

Su rostro no se alteró.

—¿Te refieres al poeta oriental?

—Sí, exacto. —Le lancé una mirada inquisitiva, pero sus ojos siguieron en calma—. ¿Conoces la frase esa de las puertas?

Ella reflexionó y luego negó con la cabeza.

—No, creo que no. En realidad, solo conozco una frase de ese tal Tagore, la escribió mi profesora de música en mi álbum de poesías: «La carga del yo es más llevadera cuando me río de mí mismo», o algo así. ¿Por qué me lo preguntas?

No estaba al tanto de nada. O era muy buena actriz.

—No, por nada.

Cuando llegamos a la salida nos encontramos con Sophie, que estaba dejando sus herramientas en el pequeño cobertizo.

Sophie me saludó, echó un rápido vistazo a la chica rubia que me acompañaba, levantó las cejas y me hizo un elocuente guiño. Cathérine miró algo irritada a la encantadora criatura de ojos oscuros que llevaba una gorra oscura. Yo hice las presentaciones entre las dos mujeres y me dio la impresión de que no se gustaron.

Querida Hélène:

Es sábado por la noche. Hoy, esta tarde, ha venido a casa por primera vez la amiguita de la guardería de Arthur, Giulietta, una niña pelirroja y con pecas. Imagino que de pequeña tú eras igual que ella. Arthur nos ha presentado después de que la trajera su madre.

Ha dicho: «Este es mi papá, escribe libros». Giulietta estaba visiblemente impresionada y quiso saber cuánto tardo en escribir un libro. ¡Ni yo mismo lo sé! Los dos han desaparecido en la habitación de Arthur y se han pasado horas pintando sin parar. Por desgracia también se les ha ocurrido decorar la pared. Yo estaba en mi escritorio avanzando en mi nueva novela. No te lo vas a creer, ‘chérie’, pero voy progresando... No mucho, tres o cuatro páginas al día, pero son buenas. No sé si al final le va a gustar a Jean-Pierre Favre lo que escribo, no lo sé porque de una cosa estoy seguro: va a ser un libro completamente diferente al que él espera. ¿Bailará realmente el editor de noche a la luz de la luna? Me atrevo a ponerlo en duda. Pero lo bueno es que vuelvo a escribir de forma regular.

El caso es que yo estaba sentado en mi mesa y tenía un oído puesto en la habitación infantil donde los dos no dejaban de parlotear y reír. Entonces se hizo el silencio, solo se oían risitas y susurros disimulados, y me pregunté qué estaría ocurriendo, pero no le di mayor importancia. De pronto oí decir a Arthur: «Vamos a coger esta, pega más», y Giulietta gritó encantada: «¡Oh, sí!». Y luego, sabiendo que hacían algo prohibido: «Pero esto no se puede». Y cuando me he deslizado hasta su habitación y he abierto la puerta con cuidado no podía creer lo que veían mis ojos.

Los dos estaban encima de la cama de Arthur pintando afanosamente el papel de fibra blanco de la pared con sus pinturas de dedos. Los botes de pintura estaban prácticamente vacíos.

«¿Qué estáis haciendo?», grité bastante enfadado.

«Queríamos pintar un cuadro muy, muy grande, papá», me explicó Arthur cándidamente al tiempo que se limpiaba las manos sucias en el pantalón. «¡Juntos! Pero el papel era muy pequeño».

«Hemos hecho arte», exclamó Giulietta con los ojos radiantes. Parecía una pequeña Papagena con su vestido cubierto de manchas de colores.

Yo contemplé los coloridos soles, árboles, flores, nubes, pájaros y monigotes y tuve que echarme a reír. Tampoco eran muy diferentes a algunos cuadros de Miró.

«Esta es Giulietta... y este soy yo», dijo Arthur

señalando dos figuras de cabeza gigantesca y cuerpo diminuto que se reían con la boca abierta y llena de dientes afilados. Tenían los ojos redondos y en espiral, los pies contrahechos y cuatro dedos en cada mano, y una de las figuras tenía el pelo muy rojo que le salía como alambres de la cabeza y llevaba un enorme lazo rosa.

No exagero si digo que parecían marcianos, pero los dos nombres escritos con garabatos bajo las figuras eran sin duda sublimes a pesar de su ortografía incorrecta:

ATUR + JULETA

«¡Guau!», dije impresionado.

«Ves, Giulietta, a mi papá le parece guay».

Los dos me miraron expectantes.

Decidí ser un padre guay y enfrentarme a los hechos con serenidad. Suspirando, saqué del armario ropa limpia para los dos pequeños artistas y le dejé bien claro a Arthur que bajo ningún concepto quería ver más obras de arte de ese tipo en las demás paredes de la casa. Y luego pedí pizza para todos.

Al llevar a Arthur a la cama por la noche me ha dicho: «Ha sido un día estupendo, papá». Me ha mirado con los ojos brillantes y con un suspiro de satisfacción. «A Giulietta también le ha gustado mucho». Era algo muy importante para él. Se ha incorporado de golpe. «¿Crees que a ‘maman’ también le gustaría tener un dibujo así?».

«Seguro que sí. Aunque no hace falta que sea tan

grande», le he dicho mientras le acariciaba el pelo.

«Lo sé... Si no, no va a caber en el cofre».

Por un momento me ha sorprendido la expresión.

Probablemente ha oído la palabra «cofre» en una de esas películas de buscadores de tesoros que tanto le gusta ver.

Meneando la cabeza he echado un último vistazo a la «pintura» sobre su cama. Luego he apagado la luz. Espero que Giulietta «salga con él» durante un tiempo, porque de lo contrario tendremos que repintar la figura marciana.

Por eso la próxima vez no recibirás solo una carta mía, sino tal vez también un pequeño regalo artístico de Arthur.

He leído una y otra vez la frase de Tagore y todavía no sé muy bien qué pensar. ¿Qué puerta cerrada estoy mirando? ¿Es tu tumba? ¿Qué sentido tiene todo esto si esa puerta parece de algún modo traslúcida y se abre para mí?

¿Se han abierto nuevas puertas en mi vida?, me pregunto. ¿Y quién ha dejado esa tarjeta? ¿Has sido tú, mi querida Hélène?

En días como este lo dudo. Aunque me gustaría tanto seguir en contacto contigo... Ya ves que te sigo escribiendo y contándote mi vida sin ti, tal como me pediste que hiciera.

Ayer, cuando estaba ante tu tumba, Cathérine apareció de pronto como caída del cielo y miró con curiosidad la tarjeta que yo tenía en la mano. Supuestamente no conocía la frase de Tagore. ¿Pero fue casualidad que apareciera junto a la tumba justo en ese momento?

Cuando abandonamos juntos el cementerio nos encontramos a Sophie, ya sabes, la escultora de la que te he hablado. Las dos se miraron como dos tigresas y Cathérine me preguntó luego mosqueada que quién era esa chica que parece un deshollinador y de qué nos conocemos.

Cuando le dije que Sophie trabaja en el cementerio restaurando lápidas pareció perder el interés por ella.

¡Ay, las mujeres! Seres enigmáticos todas. Aunque no tan enigmáticos como las respuestas que yo recibo a mis cartas. ¿A dónde van a llevarme estas cartas, Hélène? Y... ¿llevan realmente a algo? ¿O son simplemente una amena ocupación, una especie de autosatisfacción para un hombre que ha perdido a su mujer y no puede dejar de lamentarse y agarrarse al último cabo de esperanza? ¿A una muerta que se ha ido para siempre? ¿Qué juego inútil es este? ¿Pero qué estoy escribiendo? ¡No, querida, perdóname! Ninguna de mis cartas a ti ha sido inútil, y no importa si tú te las has tomado a la ligera, o cualquier otra persona... Me ha gustado escribir estas cartas.

Y aquí estoy ahora como Orfeo, quien quiso recuperar a su amada Eurídice del reino de las sombras y al final la perdió. Porque dudó, porque se volvió para ver si su amada lo seguía porque no oía sus pasos y no sabía si Eurídice realmente estaba allí.

¡Yo jamás dudaré que tú estás ahí, Hélène! No puedo verte, pero existes.

Quiero abrir todas las puertas cerradas y dejar entrar la luz que tú siempre has sido y quizá sigues siendo para mí.

¡Hasta siempre!

Julien

ORFEO

El sábado siguiente llegué casi sin aliento al pequeño cine de la Rue Tholoze en el que pueden verse tanto películas actuales como los grandes clásicos de la cinematografía. Llevaba las dos entradas bien agarradas y estaba expectante por ver lo que me esperaba. Llegaba un poco tarde porque había llevado a Arthur a casa de mi madre, donde iba a quedarse toda la noche, y al llegar nos dimos cuenta de que se le había olvidado Bruno. Arthur no duerme nunca sin su osito de peluche, así que volví corriendo a la Rue Jacob a buscarlo.

La tarde anterior, en el cementerio, al principio no había visto las dos entradas de cine. Pero como no podía creer que el cajón secreto de la lápida estuviera vacío, lo revisé más despacio y metí la mano en el hueco, hasta que descubrí el papel de un delicado color violeta que, sin querer, yo había empujado hasta el fondo al dejar mi sobre.

Las entradas eran para la sesión de tarde del sábado. Butacas numeradas en la fila nueve en Studio 28, en Montmartre. Como si hubiera presentido algo, ese mismo día llamó Alexandre desde la tienda y me preguntó si tenía tiempo por la tarde. Quería que saliéramos y le dije que ya tenía planes.

—Vaya, vaya, tienes algo previsto. ¿Qué?

Por un instante pensé en proponerle que viniera conmigo al cine. Pero enseguida rechacé la idea. Habría sido muy complicado explicarle el origen de las entradas. Mi amigo ignoraba que yo seguía llevando cartas a la tumba de Hélène con regularidad y que conservaba sobre mi escritorio los objetos procedentes del cajón secreto.

Así que le respondí que Cathérine me había invitado a ir a ver una película

juntos. Alexandre soltó un silbido y me deseó una velada agradable con mademoiselle Balland.

Cuando iba de la mano con Arthur por la Rue Bonaparte curiosamente nos encontramos con Cathérine.

—*Salut* a los dos —nos saludó—. Parece que tenéis un buen plan —dijo mirando la mochila infantil que yo llevaba en la mano.

—Hoy pasaré la noche en casa de *mamie* —dijo Arthur—. Me va a hacer *clafoutis* de cerezas.

—Vaya, eso es genial. *Clafoutis* de cerezas, mmm... ¡Qué envidia, siempre me han encantado!

Cathérine me sonrió y enarcó sus bonitas cejas con gesto interrogante. Volvía a tener esa mirada de Julie Delpy. Yo suspiré para mis adentros y sonreí también, no tenía ganas de darle más explicaciones.

—Bueno, pues que tengas una buena tarde, Cathérine, debemos irnos, mi madre nos espera —me limité a decir. Estaba seguro de que se quedó mirándonos sorprendida cuando unos segundos después pasamos por delante del Café Les Deux Magots y cruzamos el Boulevard Saint-Germain para seguir por el otro lado de la calle. A mi madre le dije que había quedado con Alexandre para ir al cine y ella asintió feliz y opinó que estaba muy bien que por fin tuviera algún plan. De este modo todos estaban bien informados... aunque esa información fuera errónea.

Cuando salvé a toda prisa los escalones del cine y entré en el local los espectadores ya estaban en la sala. Solo había un hombre de cierta edad algo indeciso junto a la taquilla.

Entonces vi el cartel en blanco y negro de la vitrina y el corazón se me aceleró todavía un poco más después de la carrera que me había dado desde el metro por las calles de Montmartre.

Me quedé mirando extasiado las fotos antiguas de Jean Marais y María Casares y leí el título de la película que se proyectaba esa noche: *Orfeo*, de Jean Cocteau. Me apresuré a mostrarle mis entradas al empleado de la taquilla.

—¿Llego tarde?

—Tiene suerte, monsieur, la película no ha empezado todavía —dijo al tiempo que rompía las entradas—. Fila nueve... ¿Viene alguien más?

¿Venía alguien más? No había pensado en esa posibilidad, pero no parecía que hubiera nadie esperándome. El hombre mayor, que seguía moviéndose indeciso, no podía ser. Negué con la cabeza.

—No..., yo... tengo una entrada de más. Puede dársela a alguien si necesita un sitio.

—Oh, sí, a mí me gustaría quedarme la entrada —dijo el otro hombre, que tenía cierta edad, pero estaba claro que no era duro de oído—. Solo quedan sitios en las dos primeras filas y aunque me gusta mucho Cocteau no quiero dislocarme el cuello —me explicó mientras entrábamos juntos en la sala a oscuras y buscábamos nuestros sitios a tientas.

Yo dije: «Sí, sí», y me senté en mi butaca. Me alegré de que la película empezara unos segundos después y el telón rojo se abriera bajo el estrépito de una música patética ahorrándome cualquier conversación.

Debo reconocer que estaba bastante sorprendido. Quiero decir que en mi última carta yo me había comparado con Orfeo... y una semana después recibía unas entradas para ver la película *Orfeo*.

¡Si eso no era una señal! Me dejé caer en mi butaca y seguí casi sin respirar la obra maestra de Cocteau que yo no había visto todavía y que me proporcionaría algo más que una frase enigmática.

La película era una reinterpretación del viejo mito de Orfeo y Eurídice. Orfeo es aquí un exitoso poeta que se ha quedado sin ideas. Su rival, un tipo joven y bebedor acompañado siempre de una princesa vestida de negro que le financia, frecuenta el Café des Poètes y poco después es atropellado. La princesa se lleva al herido en su coche negro con chófer y ordena a Orfeo que los acompañe como testigo.

Mientras su bella y rubia esposa Eurídice le espera intranquila, Orfeo queda fascinado por esa oscura princesa, sin saber que se trata en realidad de *madame la Mort*, la muerte. La princesa se ha fijado en el poeta e intenta atraerle con frases misteriosas que se oyen por la radio de su limusina. Orfeo queda atrapado, poseído por esas frases que suenan como salidas de un sueño irreal: «Un vaso de agua ilumina el mundo» o «El silencio va más deprisa cuando retrocede... dos veces». Cuando Eurídice tiene un accidente con la bicicleta y muere, Orfeo quiere recuperar a su esposa del reino de las sombras. Con la ayuda del cauteloso chófer Heurtebise —en realidad un estudiante muerto que había abierto la espita del gas tras dejarle su novia— y unos guantes especiales, Orfeo consigue llegar a través del espejo de su

dormitorio al reino de los muertos, donde rigen leyes más estrictas que en la tierra y no existe un «quizá». Los espejos son puertas que pueden atravesar los muertos. Orfeo se debate entre su añoranza por la princesa de la muerte y su bella e ingenua esposa, que espera un hijo suyo, a la que finalmente puede llevarse consigo, pero a la que ya no puede mirar nunca más. Cuando un día sus miradas se cruzan casualmente en el retrovisor del coche, Eurídice desaparece. Pero al final *madame la Mort* muestra comprensión. Renuncia a Orfeo por amor, con la intención de darle al poeta la inmortalidad, y hace retroceder el tiempo, pues: «Los hombres deben cumplir su destino».

Me sumergí en la película y me abandoné a sus imágenes, que todavía seguían ejerciendo una fascinación especial. Era como moverse por un sueño bello e inquietante para ver lo que nunca se ve.

¿Estaba yo poseído, como Orfeo? ¿Quién era mi princesa negra y quién era Eurídice? ¿Amaba yo la muerte o amaba la vida? Interioricé cada imagen, cada frase, y cuando el telón rojo volvió a cerrarse sobre la pantalla me pareció despertar de un sueño profundo.

—Sigue siendo una gran obra de arte —murmuró el hombre mayor a mi lado cuando se encendieron las luces del cine—. Gracias de nuevo por la entrada, joven.

Yo asentí y me quedé un rato sentado.

Cuando por fin me puse de pie y miré hacia delante, donde las filas se iban vaciando, oí una risa cristalina.

Tuve que mirar dos veces para comprobar que era ella realmente. Allí, dos filas por delante de mí, había una delicada joven con un vestido blanco que conversaba animadamente con una amiga. Llevaba el pelo oscuro sujeto en la nuca con un pasador.

Creo que era la primera vez que veía a Sophie con un vestido. Tenía un aspecto fantástico. Siempre la había visto con un peto o un mono y me quedé un instante mirando asombrado a la élfica criatura que volvió a hacer sonar su risa cristalina.

¿Era realmente Sophie?

En ese momento giró la cabeza a un lado y reconocí su rostro en forma de corazón.

—¿Sophie? —dije sin alzar demasiado la voz. Y luego repetí un poco más

alto—: ¿Sophie?

Entonces ella se volvió hacia mí con cara de sorpresa.

—¿Julien?! ¿Qué haces tú aquí? ¡Qué casualidad! —exclamó, y los dos avanzamos por nuestras respectivas filas hasta que pudimos saludarnos en el pasillo—. Esta es mi prima Sabine. —Me presentó a su acompañante, que avanzaba tras ella como una reina con su pelo rubio ceniza recogido y su porte erguido—. Sabine me ha convencido para venir a ver esta película, aunque debo decir que no ha estado tan mal, ¿no?

Sabine me sonrió de forma majestuosa mientras Sophie miraba con curiosidad a mis espaldas.

—¿Y con quién has venido tú?

—Oh, he venido solo —respondí.

—Vaya —replicó ella—. ¿No serás tú también un fan de Cocteau?

—Eso parece —dije yo riéndome.

—Julien también es poeta —le explicó a su prima con cierto sarcasmo—. Aunque él dice siempre que es un simple escritor de novelas de entretenimiento.

Sabine enarcó las cejas, algo que parecía tener muy ensayado.

—Entretener a la gente es un arte que no hay que menospreciar —opinó, y me cayó bien al instante—. ¿Vamos a tomar algo? El cine tiene una terraza muy agradable, si nos damos prisa seguro que encontramos sitio.

—¡Buena idea! —dijo Sophie al tiempo que empezaba a rebuscar en el bolso—. Id yendo vosotros, voy a avisar de que llego tarde.

Poco después estábamos sentados en un pequeño patio interior anejo al café que había en el interior del cine. Las mesitas marroquíes redondas y algunas palmeras que crecían en macetas hacían del sitio un oasis mágico. En la pared colgaban fotografías en blanco y negro de actores famosos formando un enorme collage. Reconocí a Jean-Louis Barrault, el triste pierrot de *Los niños del paraíso*, Brigitte Bardot, Jeanne Moreau, Cathérine Deneuve, Marlon Brando y a Humphrey Bogart con la inevitable gabardina de Philip Marlowe. Todas las mesas del pequeño café estaban ocupadas y ante nuestros vinos nos sentimos felices de formar parte de los elegidos que habían conseguido un sitio. Charlamos animadamente. Al principio sobre la película y luego sobre todos los temas posibles. Sophie fue lo suficientemente discreta como para no

mencionar que nos conocíamos del cementerio. En realidad, de forma excepcional aquella noche no importaba que yo hubiera perdido a mi mujer y fuera viudo. Sabine tenía ojos inteligentes y serios, pero podía tener mucha gracia. Trabajaba como redactora de cultura en una revista y conocía un montón de libros y películas que era capaz de describir gráficamente. Conocía incluso mi primera novela y le parecía «muy divertida», lo que de algún modo me hizo feliz.

La velada pasó volando y cuando los camareros empezaron a recoger las sillas con gran estruendo nos dimos cuenta de que el pequeño patio ya estaba vacío.

Sophie miró el reloj.

—*Mon Dieu!* La una y veinte —exclamó, y dirigiéndose a uno de los camareros añadió con una coqueta sonrisa—: Gracias por habernos aguantado tanto tiempo.

Yo insistí en pagar el vino —al fin y al cabo, no me habían costado nada las entradas— y nos despedimos en las escaleras del cine.

—Me alegro de haberte conocido, Julien —dijo Sabine y me tendió una tarjeta de visita—. Llámame si alguna vez vuelves a pensar que no sabes escribir. Entonces te diré lo fantástico que eres. —Frunció los labios con aires de suficiencia, y sus ojos brillaron.

Yo me guardé la tarjeta y asentí.

—Lo recordaré.

—¡Cuídate, Sophie, nos vemos! ¡Saludos a *Chouchou!* —Sabine besó a su prima en ambas mejillas y se alejó calle abajo.

Sophie sonrió con sarcasmo.

—Esta es Sabine —comentó—. Mi prima favorita. —Inclinó la cabeza a un lado y sonrió—. Yo no tengo ninguna tarjeta, escritor, pero también puedes llamarme si necesitas a alguien que te diga lo fantástico que eres. —Me hizo un guiño—. Puedo darte mi número de móvil.

—No es necesario —repuse yo sonriendo también.

Sophie se echó un chal por los hombros y miró el cielo, donde la luna llena brillaba callada.

—Qué tranquilo está todo ahora —dijo—. Cuando más me gusta Montmartre es de noche. —Me miró—. ¿Damos un paseo?

Avanzamos por la calle despacio y en silencio.

—Una película muy singular..., singular y bella a la vez —observó.

Yo asentí levemente.

—Hay una frase que me ha gustado mucho.

—¿A cuál te refieres?

Su rostro adquirió una expresión soñadora.

—Todos los mundos son tocados por el amor.

—Sí, es una frase muy bonita.

—¿Crees que hay otros mundos además del nuestro, Julien?

—Puede. A veces parece que sí, ¿no? En realidad, el universo es muy grande.

—Infinito —dijo ella—. Resulta difícil imaginarlo.

Nuestros pasos resonaban en el adoquinado.

—¿Sabes?, ese hombre, ese Orfeo, me ha recordado un poco a ti.

—¿Por qué? ¿Por su mujer muerta?

—No. Porque casi se decide por el lado equivocado. —Sonrió—. En todo caso, me alegro de que la princesa negra dejara libre a Orfeo. Al final debería ganar siempre la vida, no la muerte.

Nos detuvimos y nos miramos, y por un momento tuve la sensación de que nuestros corazones se tocaban a pesar de los dos palmos que nos separaban.

—Aquí se dividen nuestros caminos —dijo ella entonces—. Yo voy por aquí y tú vas por allí. ¡Buenas noches, Julien!

—Buenas noches, Sophie —contesté yo.

Miré cómo se alejaba. Una suave brisa jugaba con el bajo de su vestido, y de pronto pensé con lástima que las chicas más encantadoras siempre tienen ya pareja.

EL MAPA DE MI CORAZÓN

Poco a poco fui teniendo la sensación de estar en una película yo también. Seguí pensando en la noche en el cine; tenía en la cabeza tantas imágenes que a su vez evocaban otras imágenes..., cuando descubrí el plano de la ciudad.

Fue una calurosa tarde de julio. A mediodía el cementerio estaba desierto, no se veía a Sophie por ninguna parte, y cuando abrí el cajón de la lápida para dejar mi carta encontré un plano de la ciudad de París que no parecía demasiado nuevo. Miré alrededor y luego me lo guardé en el bolsillo.

«Ahora en serio», pensé. «¿Qué hace un parisino con un plano de París?».

—¿Es una broma? —exclamé a media voz mirando hacia la cabeza de bronce, que sonreía ajena a todo, como siempre—. Bueno, que no haya respuesta también es una respuesta.

Fui detrás de la tumba para coger el jarrón que guardaba allí, lo llené de agua en un grifo cercano y puse en él mi ramo de flores de colores.

Desde la noche del cine había hecho bastantes cosas. Había escrito más de cincuenta páginas nuevas..., páginas verdaderas, auténticas, que tenían más que ver con mi vida que las de la historia inventada del libro que había ganado el premio Goncourt por casualidad. Y cuando Jean-Pierre Favre me preguntó, mientras comíamos en Le Petit Zinc, cómo iba avanzando, me quedé mirando la pintura de estilo modernista de una bella dama que, tras él, olía una flor en una columna y respondí con valentía que la novela estaría terminada para final de año. Fue una fanfarronada, lo reconozco. Pero tenía la clara sensación de que para entonces habría encontrado la salida del laberinto de mi vida guiado por el hilo invisible de mi misteriosa Ariadna. Y de este modo podría terminar

también la novela.

Afortunadamente ya no hablamos más sobre contenidos, pues si no a monsieur Favre probablemente se le habría atragantado su *steak tartare* coronado con una yema de huevo.

—¡Magnífico! —exclamó mientras se metía el tenedor en la boca con un elegante movimiento, y yo no supe muy bien si su entusiasmo se debía a la carne cruda o al hecho de que su autor estuviera otra vez inspirado.

También me había ocupado de organizar las vacaciones de verano. Al principio ni siquiera había reparado en que en verano la guardería cerraría durante un par de semanas, estaba demasiado inmerso en mi pequeña película. Fue Cathérine quien me lo recordó una tarde que fui a buscar a Arthur a su casa.

—¿Tenéis ya planes para las vacaciones? —preguntó, y yo la miré un instante perplejo.

—Hum..., sí... —Se me ocurrió lo más obvio—. Supongo que iremos a Honfleur. Pero me alegro de que me lo preguntes, tengo que hablarlo con mi madre.

Arthur levantó la vista del libro de dibujos que estaba viendo.

—¿Puede venir Giulietta con nosotros? —pregunto—. ¡Estaría guay, papá!

Ví a los dos pequeños decorando con pinturas de dedos toda la casa de Honfleur y suspiré sonriendo.

—Creo que lo mismo es demasiado para *mamie*.

Arthur negó con la cabeza.

—Mamie ha dicho que puede venir Giulietta —aclaró.

—¿Cómo? —Yo estaba asombrado—. ¿Ya se lo has preguntado?

Cathérine se rio al ver mi sorpresa.

—Parece que tu pequeño es bastante más previsor que tú, Julien. Eso lo ha heredado de Hélène, que siempre estaba haciendo planes.

Entonces nos reímos los dos —ya podíamos hablar de las encantadoras manías de Hélène sin ponernos tristes—, y por un momento recordé los numerosos comienzos de año, ese célebre 1 de enero en que la ocupación preferida de Hélène era sentarse y rellenar su agenda nueva: cumpleaños, conciertos, fines de semana con amigos o con la familia, fiestas de la guardería, excursiones, vacaciones.

«Fijar alegrías», lo llamaba.

Así que hablé con *maman*, luego con los padres de Giulietta, y al final el

plan era que en agosto *maman* pasaría dos semanas junto al mar con los dos niños y con Camille, la hija de la tía Carole, y que después yo me uniría a ellos durante otras dos semanas mientras Camille regresaba a París con Giulietta. Hacía mucho tiempo que yo no había ido a Honfleur y me hacía ilusión volver a la vieja casa donde de niño había pasado tantos veranos maravillosos. Ese era el plan.

¿Pero cómo es el dicho? El hombre propone y Dios dispone.

Cuando avanzaba ahora por el camino del cementerio absorto en mis pensamientos no podía ni imaginar que ese verano no iría a Honfleur. No sabía muchas cosas. Era como si estuviera ciego.

Caminé por la Avenue Hector Berlioz. Me crucé, como tantas veces, con el jardinero malhumorado; esta vez arrastraba una bolsa gris llena de desechos de jardín y me miró sin saludar. Entonces descubrí detrás de la lápida a mi derecha un enorme sombrero negro que flotaba entre los arbustos.

Pertenecía a una mujer que llevaba un elegante traje negro y que al final se detuvo ante una tumba con un ángel de piedra. Evidentemente, enseguida pensé en la teoría de la atractiva viuda que había formulado Alexandre y en la observación de Sophie de que alguna vez había visto a una mujer con un sombrero negro en el cementerio. Pero la mujer no estaba junto a la tumba de Hélène, y yo por un lado tenía cosas más importantes que hacer que perseguir a viudas negras y, por otro, me moría de hambre.

Comí en un marroquí del Boulevard de Clichy. Mientras esperaba mi tajín de cordero con cuscús saqué del bolsillo el plano de París que me había encontrado ese día en la tumba. Era un plano plegable. Lo extendí dificultosamente en la pequeña mesita y observé con detenimiento el embrollo de callejas, calles y grandes bulevares. No era, como ya he dicho, un plano nuevo, tenía algunas partes rotas, y al deslizar la mirada por él descubrí un círculo que alguien había trazado con bolígrafo alrededor de una pequeña plaza. Y al lado había un asterisco como los que se ponen en las notas a pie de página.

Curioso.

Me incliné hacia delante y vi que el punto rodeado con un círculo era el

Square Jehan-Rictus, una pequeña plaza muy cerca de la estación de metro de Abbesses y no muy lejos del bistró donde estaba sentado en ese momento. ¿Qué había allí?

Llegó mi tajín, el olor de la carne de cordero estofada, de los dátiles y la miel me inundó la nariz, y rápidamente y con bastante torpeza empecé a plegar el plano —nunca se me ha dado demasiado bien doblar los planos—, cuando en el reverso me llamó la atención una frase que alguien había escrito a mano y que iba precedida de un asterisco.

‘Cuando se ama, se lanza el corazón por encima del muro y luego se salta tras él’.

Nunca nadie se ha comido tan deprisa un tajín. Me dio lástima el exquisito plato que había estado horas en el horno para que la carne se desprendiera del hueso con apenas rozarla con el tenedor.

Pero engullí un par de bocados realmente deliciosos, di un gran trago de vino tinto y pedí la cuenta. El camarero de piel oscura me miró como si le hubiera ofendido personalmente.

—¿No le ha gustado, monsieur?

—Sí, sí, estaba exquisito. —Me puse de pie a toda prisa y estuve a punto de volcar la silla—. Es que tengo que irme, ¿entiende? —Eché un rápido vistazo al plano para ver cómo se llegaba mejor al Square Jehan-Rictus.

El camarero asintió afligido. No entendía nada. Alguien que se dejaba un tajín de cordero tan bueno no podía ser de aquí.

—¿Puedo ayudarle, monsieur? ¿Conoce el camino?

—Claro que conozco el camino. Soy parisino.

Me guardé el plano en el bolsillo y me marché.

Pocos minutos más tarde estaba en el Square Jehan-Rictus con el corazón acelerado. Era una pequeña plaza umbría que por un lado estaba cerrada por un muro lleno de inscripciones y de la que yo ya había oído hablar (después de todo soy parisino), pero en la que no había estado nunca. El muro era el famoso *mur des je t'aime*, un muro de una casa antigua en el que se ha incorporado un mural donde —supuestamente en todos los idiomas—

aparecen dos palabras que son el motor del mundo.

Te quiero.

Te quiero... cientos de veces, miles de veces.

Yo no sabía quién había lanzado su corazón por encima del muro. Con el plano de París en la mano, me senté en un banco desde el que tenía una buena vista del *mur des je t'aime*.

Aquella tarde aprendí mucho acerca del amor.

Vi parejas que cogidos del brazo se detenían delante del muro y se leían las frases uno al otro. Vi a enamorados que se miraban a los ojos y se besaban. Vi a unos recién casados que se hacían fotos allí para luego poder enseñárselas a sus hijos. Vi a dos ingleses que se fotografiaban mutuamente dando un salto en el aire delante del muro. Vi a un grupo de japoneses que saludaban y se reían y no se cansaban de formar corazones con las manos. Vi a una chica con una mochila que estuvo mucho tiempo inmóvil ante el muro. Y a un matrimonio de ancianos cogidos torpemente de la mano y agradecidos de que la vida les hubiera regalado tanto tiempo juntos.

Vi a muchas personas ese día, personas de todas las edades y de países muy diferentes, pero todos tenían algo en común: cuando se giraban y se alejaban del muro llevaban una sonrisa en la cara.

El sol de la tarde estaba ya bajo cuando dejé el banco. En mi bolsillo sonó un breve «pling». Saqué el teléfono despacio y leí un mensaje de texto de Alexandre, que llevaba toda la tarde intentando contactar conmigo. Miré la pantalla y tuve que sonreír satisfecho.

«¿Qué? ¿Dónde estás? ¿Otra vez por ahí con tu atractiva vecina? A mí no me engañas, amigo mío».

Alexandre no me daba tregua porque sencillamente no quería creerme cuando le decía que no había nada entre Cathérine y yo, aunque supuestamente habíamos estado juntos en el cine.

Le devolví la llamada y contestó inmediatamente.

—Dios mío, Julien, ¿dónde te has metido todo el día? Es más difícil hablar contigo que con el Papa —gruñó—. El teléfono móvil está muy bien, pero hay que mirarlo de vez en cuando.

—Ya estoy aquí. ¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme? — pregunté divertido, y miré otra vez el muro, donde una chica con el pelo muy rojo parecía estudiar las inscripciones del mural. Se giró lentamente y por un instante creí ver a Hélène. Se volvió por completo y todo a mi alrededor se detuvo.

—Alexandre, tengo que colgar —dije con voz ronca.

A un par de metros de mí estaba Caroline, la Caroline con la que había hablado sobre los poemas de Jacques Prévert en las escaleras del Sacré-Coeur, y me sonreía.

Hélène, mi muy querida Hélène:

Ya es tarde. Arthur duerme tranquilo en su habitación y yo estoy sentado en mi escritorio totalmente emocionado por todo lo que ha ocurrido hoy.

Cuando te llevé la carta por la mañana me encontré un plano de la ciudad de París en el buzón secreto. Y mediante un lugar marcado con un círculo y una frase especialmente bonita que hablaba de muros y corazones, ese plano me condujo al ‘mur des je t’aime’.

Estuve sentado un rato en un banco observando a las personas que se acercaban al muro del amor y me sentí extrañamente conmovido por las escenas que allí se representaron. Permanecí quieto, mirando y esperando, y de pronto me invadió la nostalgia, el deseo de poder decir otra vez «te quiero» a una persona que me ame y coja mi mano, como hacías tú antes, Hélène.

Me llamó Alexandre, estuve un rato distraído..., y entonces levanté la mirada y te vi A TI allí de pie, delante del muro, Hélène, y créeme, se me paró el corazón un instante y me sentí como si estuviera en caída libre.

Pero era Caroline, la estudiante pelirroja del Sacré-Coeur, ¿te acuerdas?, que también lee poesía y que entonces ya me recordó a ti, ‘mon amour’, esa joven que se dirigió a mí justo el día que yo había encontrado el corazón de piedra, la primera de todas las señales. Y mi estúpido corazón empezó a tropezar otra vez.

Caroline estaba ahí como si fuera la respuesta a todas mis preguntas. Me sonrió y de pronto tuve la seguridad de que había sido ella la que me había dejado todas esas pistas y al final me había guiado hasta ese muro.

Me acerqué a ella tambaleándome.

«Caroline», le dije. «¡Caroline! ¿Eres tú? ¿Me has dejado tú todas esas señales?».

Me miró con una sonrisa, pero sin entender nada.

«¿Qué señales?», repitió extrañada. «¿A qué se refiere, monsieur?».

«Pero..., pero... ¿qué haces aquí entonces?», balbuceé. «¿Por qué estás aquí precisamente, delante de este muro?».

«‘Well’», dijo sonriendo algo cohibida. «Quería ver el famoso ‘mur des je t’aime’ y... hacerme una foto. Sí, qué penoso..., ahora seguro que usted pensará que me quiero immortalizar delante de todos los monumentos de París como todos esos estúpidos turistas».

Sonrió, pero luego me miró asombrada a la cara, de la que había desaparecido cualquier rastro de color.

«¿Se encuentra bien, monsieur? Venga, vamos a sentarnos».

Me agarró del brazo y me condujo de nuevo al mismo banco que yo acababa de dejar. Me eché hacia delante y dejé caer la cabeza entre las manos para recuperarme un poco. ¿Qué había pensado? Estaba totalmente chiflado. ¡Esa estudiante que estaba de paso en París ni siquiera conocía mi nombre, y mucho menos tu tumba!

El penoso era yo.

«Discúlpame, por un momento he..., te he confundido con otra persona», dije levantando la mirada. «Y todo ha empezado a dar vueltas a mi alrededor».

Caroline asintió.

«La tensión. Lo sé. Ha estado usted demasiado tiempo al sol». Rebuscó en su pequeña mochila de cuero. «Tenga, tómese esto, monsieur. Siempre llevo un poco de azúcar para casos así». Me ofreció un terrón de azúcar en cuyo papel había una inscripción en letras verdes. Yo lo desenvolví muy despacio y me lo metí en la boca. El azúcar se deshizo crujiendo entre mis dientes en cuanto lo mordí.

«¿Y... se encuentra mejor?». Caroline me miró preocupada. Si pensaba que yo era un loco distraído que se sentaba en cualquier parte y decía cosas extrañas, no se le notaba.

«Sí..., gracias». Ya se me había pasado el bajón. Miré el papelito del terrón de azúcar y me tuve que reír.

«Por lo que veo, ya has estado en el Café de Flore. No se te resiste nada», traté de bromear para reconducir la conversación por cauces más normales.

Ella sonrió.

«Es parte de la investigación de mi trabajo de fin de carrera. Tenía que visitar todos los sitios donde estuvo Prévert con su Groupe Octobre».

Estuvimos unos minutos más sentados en el banco y Caroline me habló de su trabajo. Admito que solo entendía la mitad de lo que me contó, pero eso pudo deberse también a que yo estaba agotado. Cansado de todas las cosas que llenaban mi vida de inquietud y de las que yo, en mi paranoia, me imaginaba.

Finalmente, ella se puso de pie y me tendió su móvil.

«¿Podría hacerme una foto, o mejor un vídeo, delante del muro?». Se colocó bien la chaqueta de punto bajo la que asomaba una falda veraniega.

La foto era para su novio —Michael—, que había regresado ya a Londres y al que echaba terriblemente de menos, me explicó con un guiño. Me mostró qué botón tenía que mantener pulsado para hacer la toma y luego me preguntó:

«¿Cómo se llama usted, monsieur..., solo por si volvemos a encontrarnos?».

«Azoulay», dije yo. «Julien Azoulay».

«Bien, monsieur Azoulay, pues vamos allá», gritó. «¡Pero que salga bien el muro entero!».

Yo asentí, levanté los brazos y pulsé el botón que ella me había indicado.

Caroline se acercó al muro, se detuvo un instante y luego

se giró muy despacio. Entonces mostró una sonrisa, su sonrisa, tan juvenil, tan espléndida, extendió los brazos como si quisiera abrazar el mundo y gritó:

«‘Je t’aime!!!’».

¡Ay, Héléne! Así éramos nosotros antes..., tan felices y libres de preocupaciones y más jóvenes que un día de mayo. Lo que habría dado por que esas palabras fueran dirigidas a mí. Te echo mucho de menos, ‘mon amour’, pero también echo de menos el amor en mi vida. Sí, me gustaría mucho volver a ser feliz, Héléne.

Pienso en ti como en un bello sueño. ¿Por qué no podías ser tú la que estaba delante del muro y gritaba: «¡¡¡Te quiero!!!»?

Te he escrito ya tantas cartas, ya no quedan muchas para llegar a la número treinta y tres, espero con miedo ese momento.

¿Qué ocurrirá cuando haya escrito esa carta, Héléne?
¿Qué va a ocurrir?

¿Aparecerás tú allí y me esperarás? ¿Habrá alguien ahí?
¿O nadie?

No sé, ya no sé nada, solo sé que ya no aguantaré este juego mucho más. Empiezo a ver fantasmas y en mi locura y confusión sospecho de gente completamente desconocida. En cualquier caso, esto no puede continuar así, tiene que acabar.

Ay, mi ángel querido, estoy tan terriblemente confuso...

¿Qué voy a hacer, mi amiga más íntima, la que ha estado siempre ahí para mí y todavía está a mi lado, la que siempre me ha dado ánimo cuando estaba desesperado? Eso ha sido muy importante para mí y siempre me ha servido de ayuda.

Pero ahora necesito un rayo de esperanza, Hélène, ¡te necesito urgentemente! Extiendo los brazos y espero.

¡Entra en mi noche y haz que vuelva la luz!

Julien

P. D.: Cuando ya había metido la carta en el sobre me he acordado de que Arthur te ha hecho un dibujo que tengo que dejar en el «cofre». Desde que sabe escribir su nombre firma todos sus dibujos como «ATUR». Hoy me ha preguntado si creo que te va a gustar el dibujo y yo le he dicho que estoy seguro de que sí. Lo sé con toda certeza.

DESCUBRIMIENTOS

Sabes una cosa? Creo que alguien se está burlando de ti. Y yo sé quién es.

Estaba con Alexandre en un café de la Rue de Grenelle, cerca de L'espace des rêveurs. Ocupábamos una mesita en la calle y el cenicero que tenía ante mí estaba prácticamente lleno.

Después de haberle colgado el teléfono a mi amigo sin más explicaciones cuando vi a Caroline ante el muro del amor, él me había amenazado con poner fin a nuestra amistad si no iba *inmediatamente* a contarle qué estaba ocurriendo.

Inmediatamente fue imposible para mí, tenía que recoger a Arthur en la guardería. Además, primero quería ordenar un poco mis ideas, lo que no había conseguido del todo. Y así fue como acudí al día siguiente a la Rue de Grenelle con sentimientos encontrados para someterme a las incisivas preguntas de Alexandre y acabé contándole todo. Él evitó sus habituales comentarios del viudo infeliz que está mal de la azotea.

—Vaya, vaya, vaya —se limitó a comentar—. Menuda historia. —Sonrió con sarcasmo—. Cuando lo cuente en mi club...

—¿Qué club? —pregunté—. ¿El club de los poetas muertos?

—Jaja —dijo Alexandre—. Veo que conservas algún resto de tu célebre sentido del humor. —Le hizo una seña al camarero y pidió dos *steak frites*—. Y puede llevarse esto, *s'il vous plaît*. —Le entregó el cenicero—. Deberías estar al acecho, Julien —añadió dirigiéndose a mí—. Así podrás atraparla.

Se refería a Cathérine, otra posibilidad era impensable para él. Eso o una peligrosa psicópata de la que no sabíamos nada. ¿Pero hasta qué punto era

probable?

—Es ella, Julien. Estoy seguro al cien por cien. Ella es, y disculpa que sea tan directo, la única que se interesa por ti. No veo a nadie más. —Dio un trago de vino sintiéndose Sherlock Holmes—. Hay que preguntarse siempre por el motivo.

Yo negué con la cabeza.

—En eso estás muy equivocado, créeme.

—Cierra el pico, Watson. ¿Por qué no se lo has preguntado? ¿Por qué no se lo has dicho a la cara?

—¿Porque no tengo ganas de volver a hacer el ridículo? Lo que faltaba. Yo le pregunto que por qué se ha llevado mis cartas y ella vuelve a mirarme como si estuviera loco. —No me gustaba nada la idea de revelarle a Cathérine más asuntos míos, encima inútilmente—. Conozco a Cathérine —aseveré como un idiota—, ella no haría algo así.

—¿Pero por qué te resistes a aceptar esa posibilidad? Tu vecina tiene un motivo, además era amiga de tu mujer, y además conoce tus hábitos. Apuesto lo que sea a que Cathérine sabe exactamente qué días vas al cementerio.

Recordé nuestros encuentros en el descansillo. A Cathérine preguntándome: «¿Qué, Julien, vas a Montmartre?». Y yo respondiendo: «Los viernes suelo quitarme de en medio, Louise invade la casa como un torbellino».

—Hay más gente que lo sabe —dije yo.

—Ah ¿sí? ¿Quién?

—Por ejemplo, mi madre.

—Venga ya, deja a tu madre en paz, es absurdo.

—Hum —musité. No estaba muy convencido—. ¿Y qué quieres que haga? ¿Que me instale en el cementerio con una tienda de campaña y monte un puesto de vigilancia?

Alexandre me miró con expresión pensativa.

—Al menos podrías cambiar tus rutinas.

Y así fue como esa semana fui a Montmartre el miércoles, sin grandes expectativas de obtener alguna explicación, lo reconozco, pero Alexandre había insistido tanto que al final lo hice para poder contarle que ese cambio de día no me había permitido avanzar ni un solo paso más.

Pero la historia fue muy diferente.

Apenas entré en el cementerio de Montmartre con mi carta y unas flores oí que alguien gritaba mi nombre.

Era Sophie, que estaba en lo alto de la valla del cementerio como la primera vez que la vi. La saludé con la mano y abandoné la Avenue Hector Berlioz para dirigirme hacia ella cruzando entre las lápidas.

—¿Por qué tan furioso, escritor? —Se movía tanto por encima de la valla que empecé a sentir vértigo solo de verla—. Se te ve el mal humor a cien metros.

—Mejor preocúpate de no caerte —dije. Dios mío, sí que estaba de mal humor—. ¿Qué tal estás? —añadí en tono más suave. No había vuelto a verla desde el día del cine.

Ella cambió de postura y ahora parecía Goethe en la campiña romana: reclinada de lado, una pierna doblada, la mano en la rodilla. Me miró pensativa.

—No demasiado bien, pero obviamente mejor que tú —contestó.

—¡Oh! ¿Mal de amores? —pregunté.

—Quién sabe —replicó sonriendo—. He pensado mucho en esa noche del cine. Y en Orfeo. ¿Tú también?

—Francamente..., no —reconocí. En ese momento en mi vida se sucedían los acontecimientos uno tras otro.

—Qué pena —dijo al tiempo que se volvía a incorporar.

Al verla moverse encima de la valla me acordé de pronto del plano de París.

—Pero tengo otra frase bonita para ti.

—¡Uy, qué curiosidad tengo! —exclamó—. ¡Oigámosla!

—«Cuando se ama, se lanza el corazón por encima del muro y luego se salta tras él».

Ella inclinó la cabeza a un lado y reflexionó un instante.

—Sí que es una frase bonita —dijo después—. ¿Es tuya?

—No. —Negué con la cabeza y miré hacia arriba.

Nuestras miradas se cruzaron en silencio.

—¿De quién es entonces? —preguntó ella finalmente.

—Ni idea. Pensaba que tal vez pudieras decírmelo tú.

Sophie arrugó la frente y meneó la cabeza con un gesto de lástima.

—Me temo que no puedo ayudarte, escritor —dijo—. Pero es una frase real y muy bonita. Cuando se ama no se debería pensar mucho. —Se recolocó la

gorra y observó las flores en mi mano—. ¿Vas a la tumba?

Yo asentí.

—¿Tomamos luego algo? Enseguida termino, y hace tan buen día...

Me sonrió y yo asentí. Noté que mi estado de ánimo mejoraba.

—Muy bien, ahora vuelvo y te recojo.

—*Très bien* —repuso ella—. Hasta ahora, Julien.

Se giró de nuevo hacia sus herramientas, que estaban extendidas encima de la valla, y yo volví al camino principal.

Poco después estaba ya ante la tumba de Hélène y dejé mi carta en la lápida de mármol. Esa vez encontré en el hueco un sobre cuadrado en el que había un disco plateado, un CD o DVD sin nada escrito. Sorprendido, lo cogí y lo guardé en mi pequeño bolso de cuero marrón y cerré el cajón secreto. Luego me incorporé otra vez y dejé vagar la mirada por el cementerio. Al fondo descubrí una pequeña figura que se acercaba desde la entrada por la Avenue Hector Berlioz.

Retrocedí unos pasos y me oculté tras una lápida, lo que me hizo sentirme algo ridículo. Recordé las palabras de Alexandre acerca de mantenerme al acecho y tuve que reprimir una risa histérica. Me quedé inmóvil tras la lápida desconocida, esperando tan inútilmente a Godot como los protagonistas de la obra de teatro de Samuel Beckett.

Pensé que fuera quien fuese el que se acercaba por la avenida, no tomaría el pequeño camino hacia el viejo castaño para detenerse ante la tumba de Hélène.

Pero estaba equivocado.

Al cabo de un rato que me pareció una eternidad oí pasos que se aproximaban cautelosamente. Alguien se acercó al ángel, se inclinó hacia delante, abrió la placa de mármol y sacó un sobre.

El corazón se me desbocó cuando me asomé con cuidado tras la lápida. Había reconocido a la mujer que abría mi carta a toda prisa y empezaba a leerla.

¡Era Cathérine!

No puedo decir qué sentí en ese momento, tan variadas fueron las emociones. Una mezcla de rabia, sorpresa e inmensa decepción se abría paso hacia la superficie.

¡Efectivamente era Cathérine! ¡Precisamente ella!

Alexandre tenía razón. ¡Maldita Cathérine con esos inocentes ojos azules! Creo que habría preferido ver a cualquier otra persona ante la tumba de Hélène antes que a mi vecina rubia. Incluso una viuda con sombrero negro habría sido mejor. ¡Qué hipócrita! Apenas podía contener la rabia.

—¡Ajá! ¡Te pillé! —Salí de detrás de la lápida con un salto y un grito, y Cathérine se estremeció y también gritó. Del susto se le cayó la carta, y el dibujo de Arthur flotó en el aire sobre el camino como una gigantesca hoja seca.

—¡Julien! —Me miró con los ojos como platos—. ¿Qué haces tú aquí?

Me planté delante de ella.

—¿Que qué hago yo aquí? ¿Que qué hago YO aquí? —aullé irritado, y ella se estremeció con cada grito como si fueran latigazos—. ¡¿Qué haces TÚ aquí?! Esa es más bien la pregunta. Vienes a escondidas a la tumba y robas mis cartas. ¡Lees mis cartas, es increíble! Son algo privado, ¿entiendes?, ¡privado! ¿Cómo te atreves?

Me miró muy compungida, sus ojos se inundaron de lágrimas, y me dieron ganas de zarandearla.

—¡Deja de lloriquear, solo empeoras las cosas! —Yo estaba fuera de mí—. ¡Vaya mentirosa! Casi me vuelvo loco, empezaba a dudar de mi salud mental, y la señorita se lleva tranquilamente una carta tras otra y se burla de mí con sus pequeñas señales.

—Julien, yo..., yo no sé... —tartamudeó poniéndose muy pálida.

—Sí, ¿qué? —le grité—. TÚ lo has leído todo, conoces todas mis reflexiones, mis esperanzas, mis idiotas ideas. Me dejas cosas en la tumba..., poemas, cajas de música, planos de la ciudad, tarjetas con frases de Tagore... Creía que me estaba comunicando con los muertos y eras tú... ¡TÚ! ¡No me lo puedo creer! —Me giré furioso para marcharme.

Cathérine se echó a llorar.

—¡Julien, Julien! —dijo entre sollozos—. No, no te vayas, por favor, al menos escúchame.

—Ni lo pienses. Ya he visto suficiente. Basta ya, no sigas burlándote de mí.

Me agarró del brazo.

—¡Por favor, Julien! Entiendo que estés tan furioso, pero no me he burlado de ti. No he dejado nunca nada en ese cajón, ni cajas de música ni planos de la ciudad, y esta carta —señaló las hojas esparcidas por el suelo— es la primera y única carta que he leído.

Me detuve y la miré atónito.

—¿Y ahora debo creerte?

—¡Por favor, Julien! Ha sido solo esta carta —insistió retorciéndose las manos con desesperación—. Te lo juro por..., por..., por la vida de Arthur —balbuceó—. Yo no sabía nada de ese compartimento secreto en la lápida.

—¿Y cómo es que ahora lo sabes?

Se limpió las lágrimas.

—Arthur... Arthur me lo contó la semana pasada... Mientras pintaba el dibujo para Hélène dijo que a veces llevabas cartas al cementerio y que existía un cajón oculto en la tumba donde las dejabas. «Pero es un secreto», dijo. «Ni siquiera lo sabe Sophie». Y luego me habló de esa chica tan simpática del cementerio que restaura ángeles y con la que tú te entiendes tan bien. Y me contó que os reís juntos. Y entonces me sentí celosa. —Prorrumpió en sollozos.

—¡Dios mío, Cathérine!

—Por favor, perdóname, Julien, tienes que perdonarme —imploró—. No soy una mala persona. Yo..., yo solo quería saber..., quiero decir..., pensé que quizá escribías en tus cartas algo sobre Sophie y tú... —Agachó la cabeza—. Ha sido un error tremendo, Julien, por favor, no te enfades conmigo —suplicó.

Medio aturdido, me dejé caer contra el pequeño muro que rodeaba la tumba.

—No me lo puedo creer.

Cathérine se agachó a mi lado sin decir nada. Estuvimos un rato en silencio mirando el camino. En algún sitio sonó un apagado estornudo, tal vez fuera también el bufido de un gato o un pájaro entre las hojas del castaño.

Como a una señal secreta, Cathérine se volvió hacia mí y me cogió la mano.

—De verdad que solo he cogido esta carta, Julien —dijo—. ¡Por favor, créeme!

La miré fijamente. No tenía pinta de mentir.

—Está bien. Te creo, Cathérine.

—¿Y... también me perdonas?

Asentí despacio con la cabeza.

—Gracias.

Me puse de pie, y Cathérine también se incorporó. Dudó.

—¿Crees que... podría volver a haber algo... entre nosotros?

—¡Ay, Cathérine! —Apreté los labios y meneé la cabeza—. Francamente, creo que no, pero quién sabe... Al fin y al cabo, soy un ser humano.

—¿Y..., y qué hay entre esa tal Sophie y tú?

—¿Qué va a haber? —exclamé alterado al tiempo que me sacudía el polvo del pantalón.

—Quiero decir..., ¿la quieres? —me preguntó con timidez.

Me estaba poniendo nervioso con tanto interrogatorio.

—Cathérine, déjalo ya de una vez —le dije más alto de lo necesario—. Sophie es una conocida, nada más. Yo amaba a Hélène, la quería mucho. La sigo queriendo, por si te interesa. Y no sé si alguna vez podré querer a otra mujer —añadí—. ¿Lo has entendido de una vez?

Ella asintió intimidada.

—Sí, Julien.

Luego recogió del suelo las hojas de mi carta y me las entregó junto con el dibujo de Arthur y el sobre.

—Será mejor que me vaya.

Y se alejó por el camino con los hombros caídos.

Yo me quedé todavía un rato ante la tumba de Hélène mirando confuso a mi precioso ángel. No sabía qué pensar.

Alexandre había tenido razón con su suposición. Y al mismo tiempo no tenía razón. Cathérine se interesaba por mí, más de lo que yo pensaba, más de lo que yo quería admitir..., pero no había cogido las cartas. No tenía nada que ver con todos los pequeños regalos.

¿O sí?

En mi cabeza zumbaba un enjambre de abejas.

Si no había sido ella, ¿quién había sido entonces?

«¡Ay, Hélène, menudo lío!».

Metí la carta en el sobre y lo dejé en el cajón, que seguía abierto. Luego me alejé por los caminos del cementerio andando pesadamente, como un anciano.

Solo cuando las puertas del metro se cerraron a mi espalda con un chirrido me acordé de que se me había olvidado mi cita con Sophie.

Me quedé mirando fijamente la oscuridad del túnel por el que avanzábamos a toda velocidad, sin saber que iba a tardar mucho en volver a ver a la escultora.

EL GRAN SILENCIO

A veces pasan demasiadas cosas en poco tiempo y los acontecimientos se precipitan de tal forma que uno se queda casi sin aliento. Y luego pasan semanas sin que ocurra nada.

En ese momento yo me encontraba en la fase en que no pasa nada.

Reinaba el silencio..., silencio por todas partes. Y ese silencio me desconcertaba.

Cathérine me evitaba. Tras la escena en el cementerio no hubo más invitaciones a su casa, y, si Arthur bajaba alguna vez a jugar a su piso, luego ella le acompañaba hasta la puerta y desaparecía enseguida. Cuando nos encontrábamos en el portal pasaba corriendo por delante de mí, murmuraba un *Bonjour* y bajaba la mirada. Estaba avergonzada, quizá también le habían dolido mis duras palabras. Me evitaba, y no me habría sorprendido que más tarde se mostrara ofendida. Cathérine era exactamente del tipo de personas que se refugian en el silencio tras un incidente así. A pesar de que había sido ella la que había cogido mi carta y había provocado con ello mi reacción. Bueno, tal vez yo reaccioné con demasiada vehemencia, pero al final la había perdonado. Yo a ella... ¡Que no se hiciera ahora la ofendida!

A la escultora también parecía habérsela tragado la tierra. Cada vez que iba al cementerio la buscaba por todas partes. Incluso le pregunté al siniestro jardinero si había visto a la restauradora y si estaban sus herramientas en el cobertizo. Pero el jardinero se limitó a negar con la cabeza y a gruñir malhumorado que la picapedrera ya no iba por allí.

Eso era lo más sorprendente. ¿Dónde estaba Sophie? Ahora que ya no

aparecía subida como si nada a lo alto del muro ni gritaba mi nombre o me daba conversación empezaba a echarla de menos.

Con cierta mala conciencia recordé cómo, furioso, le había dicho a Cathérine que Sophie era «una conocida, nada más». Y ahora la echaba de menos..., sus desenfadados comentarios, sus consejos, sus bromas, sus grandes ojos oscuros que brillaban divertidos debajo de su gorra. La forma tan cariñosa y sarcástica en que me dijo: «¿Por qué tan furioso, escritor?». Sobre todo eso.

¿Estaría enferma? ¿Habría terminado su trabajo en el Cimitière Montmartre? No se habría marchado sin decirme nada.

Al principio su ausencia no me llamó demasiado la atención y no pensé nada extraño. A veces desaparecía un par de días y luego aparecía de pronto otra vez su figura pequeña y oscura entre los arbustos, trabajando en una lápida o sentada en un árbol o en un banco, y volvía a sorprenderme con su palabrería y su buen humor.

Aquel nefasto miércoles en que descubrí a Cathérine en la tumba y me enfadé tanto que empecé a gritar como un loco por el cementerio y olvidé mi cita con Sophie había transcurrido hasta ese momento con toda normalidad. Ella estaba sentada en la valla y había bromeado conmigo como tantas otras veces. No dijo ni una sola palabra de que hubiera terminado su trabajo en el cementerio. Y yo tampoco podía imaginar que le hubiera sentado mal que yo después no apareciera. No había sido una cita en serio, y a Sophie no le pegaba nada esconderse muy ofendida en su concha de caracol, como hizo luego Cathérine.

Dos días después del incidente, el viernes, volví al cementerio para darle alguna excusa por haber desaparecido el miércoles y pedirle disculpas. En compensación, tenía previsto invitarla a comer. Aquel viernes, a diferencia de otros, no llevé ninguna carta al cementerio, se me habían quitado las ganas de escribir más cartas y ni siquiera me acerqué a la tumba de Hélène. Fui allí solo por Sophie.

Pero Sophie no estaba allí. Ni aquel día ni ningún otro. Pasaron tres semanas sin rastro de la escultora.

Repasé mentalmente nuestro último encuentro una y otra vez. Ella me había reprochado mi mal humor —con razón—, cuando en realidad mi estado de ánimo era fantástico comparado con el que tendría poco más tarde ante la tumba de Hélène. Sophie se había repantingado por la valla como un gato al

sol, pero —y eso me llamó la atención después, cuando repasé las palabras que habíamos intercambiado— ¿no había dicho que estaba mejor que yo, pero tampoco demasiado bien?

¿Y si realmente estaba sufriendo una decepción amorosa? Tal vez me lo habría contado aquel día y yo a cambio habría podido consolarla. Lo mismo ese tal *Chouchou* la había dejado y ahora ella estaba con los ojos llorosos y el corazón roto en su pequeña buhardilla de París.

No es que yo supiera exactamente dónde vivía Sophie. O con quién. La noche del cine habíamos caminado un rato juntos y luego nos habíamos detenido en la Place Émile Gondeau, donde nos separamos.

Cómo me habría gustado poder llamarla ahora por teléfono. Solté un gemido al recordar cómo había rechazado su número a la ligera cuando ella quiso dármelo. «No es necesario», le había dicho. *No es necesario*.

¡Qué idiota fui en ese momento!

Busqué cien veces la pequeña tarjeta de visita de su prima que en su momento yo me había guardado sin prestarle atención. Ahora ya no la encontraba y ni siquiera recordaba el nombre de la redactora de cultura, que seguro que ahora podría ayudarme.

Incluso busqué en internet por «Sophie Claudel escultora», pero no encontré nada.

Y si lo pensaba bien —y en esas largas semanas tuve tiempo de sobra para ello—, en realidad no sabía casi nada sobre Sophie. Casi siempre habíamos hablado de mí. De mi desdicha, mi pena, mi bloqueo a la hora de escribir, mi forma de enfrentarme a la vida. Me di cuenta de que, en mi dolor, solo me había preocupado por mí. Solo existía yo y durante mucho tiempo no había existido nada más. Y Sophie siempre se había ocupado de mí, había tratado de aconsejarme y animarme. El corazón de la escultora de los grandes ojos oscuros era tan blando como la mantequilla. Por muy sarcástica y jovial que se mostrara. ¿Qué otro motivo podía tener si no para preocuparse por mi salvación? ¿Para preguntar por mi hijo? ¿Para interesarse tanto por mi historia?

Sophie lo tenía todo. Era joven, guapa —incluso muy guapa cuando se quitaba su polvoriento mono de trabajo—, tenía una profesión que le gustaba y un novio. Al menos lo había tenido todo ese tiempo, y todo lo demás era mera especulación. Era inteligente, reflexiva e impulsiva. Y era exactamente el tipo de chica que cuando le gusta alguien lanza su corazón por encima del muro y

luego salta tras él.

De pronto se me ocurrieron mil cosas que querría preguntarle. Pero Sophie seguía desaparecida.

Mi carta, en cambio, la última que había dejado en la tumba antes de que Cathérine la cogiera del cajón secreto, seguía allí todavía.

En mis posteriores visitas al cementerio siempre miraba a ver si estaba el sobre abierto que, tras el incidente, había vuelto a dejar en el hueco. Nadie lo había tocado desde entonces. La carta con el número treinta y uno estuvo en el pequeño cajón una semana, dos semanas, tres semanas.

Tampoco apareció ninguna señal más. Obviamente, yo había atraído sobre mí la ira de todas las mujeres. Nadie hablaba ya conmigo, nadie me llamaba, nadie me dejaba mensajes, y al cabo de un tiempo incluso me sentí abandonado por la propia Hélène. Estaba demasiado decepcionado para poder sacar las conclusiones correctas y me pregunté qué había hecho en realidad para destruir toda la magia.

El hecho de que el juego hubiera terminado en el momento en que sorprendí a Cathérine en la tumba era bastante revelador. ¿Había sido realmente casual? No, si se lo preguntaba a Alexandre. Para él estaba todo muy claro.

—¡A la mierda tu instinto! —me decía con su brusquedad habitual cada vez que me entraban las dudas—. ¡Claro que Cathérine no te ha dicho la verdad al completo! Para mí que tiene todas las cartas guardadas en el cajón de la mesilla.

—No, Alexandre, no puede ser —le respondía yo recordando cómo Cathérine me había jurado por la vida de mi hijo que no había sido ella—. No la creo capaz de eso.

—Ya te has confundido antes con Cathérine. El hecho es que la pillaste in fraganti y desde entonces ya nadie tiene interés en las cartas, ni siquiera Hélène... ¿Qué más quieres? ¿Cómo se puede estar tan ciego?

Tal vez sí había estado ciego todas esas semanas. A veces se necesita más tiempo para entender cosas que el corazón ya sabe.

Pero al final todo fue distinto a como pensaba Alexandre. Muy distinto.

Llegó agosto, París quedó desierto y por el recalentado adoquinado de Saint-

Germain solo deambulaban algunos turistas que no se habían enterado de que ese mes es el peor para visitar la ciudad. Un plomizo cansancio había invadido París, yo escribía en mi novela con menos ganas que antes, y quien podía se había marchado y estaba ya callejeando por las pequeñas y alegres ciudades de la Côte d'Azur o paseando por las playas interminables del Atlántico.

También Arthur se marchó de vacaciones con *maman* y con su amiga Giulietta. Yo me quedé en el andén un buen rato despidiéndolos con la mano a pesar de que no podía reconocer a nadie tras los cristales espejados.

Me sentía extrañamente desvalido y abandonado y no sabía muy bien qué hacer el resto de aquel jueves.

Entonces llamó Alexandre.

—¿Qué, ya te has deshecho de todo el equipaje? Ahora te vas a morir de aburrimiento seguro, ¿no?

—Adivinaste —contesté disimulando lo mal que me encontraba. Alexandre era estupendo. No podía tener mejor amigo que él.

—Escucha, hoy voy con unos amigos a ese nuevo club de jazz de la Bastille... Vente con nosotros.

Me animé a mí mismo.

—Sí, ¿por qué no? —dije. Cualquier cosa era mejor que quedarme a solas en casa con mis turbios pensamientos. ¿Por qué no ir al club de jazz? ¿Por qué no tomar unas copas? Al fin y al cabo, no tenía que cuidar a nadie.

Quedamos en que yo recogería a Alexandre en L'espace des rêveurs a la hora de cierre de la tienda. Y cuando unas horas más tarde avanzaba por la mortecina Rue de Grenelle todavía no sabía que iba a encontrar allí algo que ya había dejado de buscar.

Cuando abrí la puerta de la tienda Alexandre salió de la habitación de atrás y me tendió una pequeña bandolera de cuero marrón que balanceaba entre sus dedos.

—¡Mira! —dijo—. Tenías razón. Estaba aquí. Gabrielle pensó que era mía, tengo una muy parecida, y la había guardado en el armario con mis cosas.

Cogí aire.

—Es una broma, ¿no? —repuse al tiempo que cogía la pequeña cartera que había buscado como un loco durante las últimas semanas. Al final me había

rendido y estaba convencido de que me la había dejado en un bar aquel fatídico miércoles del incidente en la tumba de Hélène. Encajaba muy bien con aquel día negro en el que había salido mal todo lo que podía salir mal, al margen de que se habían roto todas mis ilusiones.

Aquel día había descubierto quién se había llevado mis cartas, o al menos la última. Había tenido una escena terrible con Cathérine, quien desde entonces me esquivaba. Se me había olvidado la cita con Sophie, quien desde aquella tarde parecía haberse desvanecido en el aire. Había estado en la tienda de Alexandre para descargar toda mi rabia y desesperación. Después habíamos ido a un bar y luego a otro más. Y, cuando por la noche llegué tambaleándome a mi piso vacío (Arthur dormía esa noche en casa de un amigo), la pequeña bandolera de cuero había desaparecido..., y, con ella, desgraciadamente, también el sobre cuadrado que me había encontrado en el hueco de la lápida y el disco plateado que contenía.

Al día siguiente pregunté por todas partes. Le pregunté por ella a Alexandre, en los bares en los que habíamos estado, incluso llamé a la oficina de objetos perdidos del metro. Rebusqué en mi casa con la ingenua esperanza de que, en mi estado de aturdimiento, la pequeña cartera se me hubiera caído en algún sitio. Busqué debajo de la cama y en la papelera. Y en algún momento me rendí. La última señal se había perdido..., daba igual quién la hubiera enviado. Empecé a fantasear y a pensar que ese disco plateado podía haberme desvelado todo el misterio, que gracias a él podía haberlo entendido todo. Alexandre me miró con expresión compasiva y dijo:

—¿Quieres oír mi opinión?

—¡No! —grité fuera de mí.

—No es una gran pérdida. De todos modos, era de Cathérine lo que había en él. Da gracias a que no estaba tu cartera dentro... Eso sí habría sido trágico.

Y ahora de pronto había aparecido otra vez la pequeña bandolera. Me apresuré a abrirla.

—El disco sigue ahí dentro —dijo Alexandre impasible—. Ya lo he mirado.

—Eso me deja mucho más tranquilo. ¿También has visto lo que contiene?

—No. Claro que no. —Sonrió con sarcasmo—. Pensé que podíamos verlo juntos, ahora mismo, en mi ordenador. Me gustaría mucho ver la confesión de Cathérine. Va a ser divertido.

—Ni hablar —repliqué, apretando la pequeña bandolera contra mi pecho.

Fuera cual fuese el contenido de aquel disco, iba dirigido solo a mí. Miré a Alexandre con decisión y él no insistió más.

—Bueno, supongo que ya no te vienes al club de jazz, ¿no?

Yo asentí.

—Supones bien.

—Entonces mándame al menos un SMS. Siento una gran curiosidad por saber qué hay ahí dentro. ¿Qué te apuestas a que es la guapa vecina?

—Yo ya no apuesto nada —dije.

SECRET HEART

Nadie había recorrido nunca tan deprisa el camino entre la Rue de Grenelle y la Rue Jacob. Fui casi corriendo por la estrecha calle hasta alcanzar el Boulevard Saint-Germain, donde me detuve impaciente en el semáforo y luego crucé el bulevar sin esperar a que se pusiera verde. Bajé a toda prisa por la Rue Bonaparte, pasando por delante de Les Deux Magots, donde los turistas disfrutaban de una copa de vino blanco al sol del atardecer contemplando la iglesia de Saint-Germain, y torcí a la derecha en la Rue Jacob.

Unos pocos pasos más y ya estaba en mi edificio. Tecleé la clave del portal, subí volando los tres pisos y con mano temblorosa introduje la llave en la cerradura de la puerta de mi casa.

Enseguida conecté el ordenador y antes de meter el misterioso disco di un salto hasta la cocina para coger una botella de vino. Me serví una copa grande. «Con una buena copa de vino tinto se puede soportar casi todo, si no todo», decía siempre mi padre. Brindé por él, murmuré: «¡Espero que tengas razón, papá!», y me bebí la mitad de la copa.

No tenía ni idea de lo que me esperaba, pero tenía la sensación de que era algo importante.

Concentrado como Orfeo escuchando los enigmáticos mensajes que salían por la radio de su limusina negra, me incliné sobre la pantalla de mi ordenador. ¿Quién iba a aparecer en ella? ¿Sería Cathérine confesándome su amor de esta manera? ¿O se iba a materializar el rostro de Hélène en la pantalla y me iba a hablar... en una especie de saludo desde el otro mundo? Tal vez mi mujer había sido tan previsoras que se había grabado antes de morir

y le había encargado a alguien —¿a Cathérine?— que me hiciera llegar esa grabación.

Miré fijamente la pantalla, pero se mantuvo negra.

En el ordenador sonaron los primeros tonos de un carrillón a los que les siguió enseguida el ritmo callado de un bajo. Luego una voz que me recordó a Norah Jones cantó una canción que yo no había oído nunca. La voz de la cantante era agradable, suave, ronca, oscura, infantil.

La canción se llamaba *Secret Heart* y la escuché una y otra vez hasta haber entendido toda la letra.

*Secret heart
What are you made of
What are you so afraid of
Could it be
Three simple words
Or the fear of being overhead
What's wrong
Let her in on your secret heart*

La canción hablaba del corazón oculto de un hombre, y la voz insinuante y algo áspera de la cantante preguntaba de qué estaba hecho ese corazón, a qué temía y si no era simplemente miedo a tres sencillas palabras, miedo a que alguien pudiera oírlas. Y todas las estrofas finalizaban con la invitación:

Qué ocurre,
Déjala entrar en tu corazón secreto.

Especialmente en una parte de la canción me sentí de alguna forma aludido.

*This very secret
That you're trying to conceal
Is the very same one
You're dying to reveal
Go tell her how you feel*

Hablaba del secreto que el destinatario de la canción trataba de ocultar a

pesar de que, paradójicamente, se moría por revelarlo. Y la estrofa acababa con las palabras: «Ve y dile a ella lo que sientes».

Era una canción preciosa sobre el amor a escondidas, sobre el miedo y el orgullo que se siente, pero también sobre la necesidad de manifestar y compartir ese amor.

Busqué información sobre la cantante, que se llamaba Leslie Feist y era de Canadá, pero eso no fue de gran ayuda.

Escribí el texto completo y lo leí frase a frase mientras seguía escuchando la canción, cuya melodía ya no podía quitarme de la cabeza.

El mensaje parecía claro..., pero ¿se refería a los sentimientos de la persona que había dejado ese CD en el cajón secreto? ¿O iban dirigidas a mí tanto la canción como la invitación que contenía?

¿Hablaba de mi *secret heart*, de mis sentimientos ocultos que no podía mostrar? ¿O de las cartas secretas de Montmartre?

¿Y quién era esa «ella» a quien yo debía dejar entrar en mi corazón?

Estuve horas sentado en mi escritorio, bebiendo una copa de vino tras otra, repasando los objetos que había encontrado en la tumba de Hélène a lo largo de los meses y que estaban alineados sobre la mesa formando una pequeña procesión.

¿No eran todos esos objetos una señal de amor?

Me desperté a media noche. La puerta del balcón se había cerrado de golpe. Un suave viento de verano empujaba algunas nubes blancas por delante de la luna, que brillaba alta y pálida sobre la ciudad. Miré el reloj: poco más de las cuatro..., la hora favorita de todos los que duermen mal. Bebí un vaso de agua y traté de encontrar una postura que me permitiera seguir durmiendo. Di vueltas de un lado para otro, coloqué bien la almohada, puse una pierna encima de la colcha, pero las ideas se perseguían unas a otras en mi cabeza. Personas y situaciones pasaron ante mis ojos interiores, se mezclaron con palabras pronunciadas y escritas. Volví a ver ante mí todo lo que había vivido en los últimos meses desde el día en que había empezado a escribir las cartas a Hélène, mientras la canción *Secret Heart* sonaba y acompañaba las imágenes y sentimientos como la banda sonora de una película.

El corazón se me encogió al ver otra vez a Hélène con el vestido verde que llevaba cuando nos conocimos, sus rizos rojos que resplandecían con el sol de

mayo, y al final su traslúcida figura, su preciosa boca, que sonreía pálida y valiente, su pelo cobrizo que brillaba sobre la almohada blanca como un último saludo dirigido a mí.

De pronto apareció otro rostro delante del de Héléne y mi corazón golpeó con fuerza contra el colchón como si quisiera decirme algo.

Entonces me levanté. Estaba sumido en la oscuridad de la noche y me senté en mi escritorio. Tenía una idea, no sabía si buena o mala o si me iba a llevar a alguna parte, pero era lo único que en ese momento me parecía correcto.

Saqué el papel de cartas y desenrosqué mi estilográfica. Estuve unos minutos mirando pensativo el papel.

Y luego le escribí a Héléne, a mi mujer fallecida, a la que amaba por encima de todo, y le abrí mi corazón.

Mi muy queridísima Hélène:

Llevo unas semanas sin dar señales de vida y eso tiene un motivo. Tu pobre marido se encuentra en un estado de total confusión. En estas últimas semanas han pasado muchas cosas excitantes y cada vez dudo más que puedas ser tú quien me deja señales en la tumba. Sigo pensando que me ves, Hélène, y que tu amor sigue dejando huellas en mi vida incluso tras tu muerte. Pero quizá no se manifiestan necesariamente en forma de cajas de música, planos de la ciudad o poemas de Prévert, sino en pensamientos y coincidencias.

Casi he enloquecido en estos últimos meses. Me he lanzado junto con Alexandre a buscar pistas como un detective y he llegado a sospechar de varias personas. Y al final siempre llegaba a la conclusión de que eras tú, que tenías que ser tú..., a pesar de que eso es totalmente imposible.

Te escribía cartas y cada respuesta parecía remitirme a ti. Pero todo tiene dos caras, y así empecé a ver que todas esas señales me llevaban otra vez al cementerio, pero

también a la vida.

Tú me pediste, Hélène, que te escribiera para contarte cómo era mi vida sin ti, y ahora he comprendido la idea que se encierra tras ese deseo: que la vida sigue adelante también sin ti.

Todavía no sé quién se ha llevado mis cartas, quién me ha dejado todos esos pequeños objetos en el cajón secreto, pero eso ya no es tan importante para mí. Aunque no tengo ni idea, en realidad no es tan decisivo si has sido tú, tu amiga Cathérine, la bella desconocida, mi editor o quienquiera que sea.

Lo decisivo, lo que de verdad cuenta, es que he vuelto a abrir mi corazón... a la vida, sí..., y quizá también al amor.

He estado mucho tiempo sin querer admitirlo, lo he pasado por alto, pero siento algo otra vez, Hélène. Hay algo, un sueño delicado que a veces sube a la superficie de mi consciencia y que es como tener un pajarito tembloroso en la mano.

¿Es posible que me haya vuelto a enamorar?

Tú, que lo sabes todo y lo ves todo desde ahí arriba, seguramente tendrías una respuesta a esta pregunta que me inquieta de noche cuando no consigo dormir.

La verdad es que te sigo queriendo, Hélène. Y, a pesar de todo, alguien ha encontrado el camino hasta mi corazón. Es Sophie, la chica que estaba entre los árboles y que Arthur descubrió el día que te llevé la primera carta a la tumba. La escultora que no te he mencionado muchas

veces, pero que me ha devuelto al mundo de los vivos. Fue ella la que me dijo que al final hay que decidirse por la vida y no por la muerte. Es posible que tenga ya a alguien, pero eso no me impide pensar en ella y echarla de menos. Sus ojos oscuros, su risa clara.

¿Sabes lo que le dijo Arthur a Cathérine?

«Sophie hace que papá vuelva a reír».

Es sorprendente la claridad con que hablan los niños.

¡Y ahora ella ha desaparecido, Hélène! Hace tres semanas que no la veo en el cementerio y no sé qué hacer. Ni siquiera sé dónde vive, y ella no sabe nada de mis sentimientos, que yo tampoco he conocido durante mucho tiempo y que ahora te confieso a ti, mi corazón querido.

Si volviera al cementerio de Montmartre podría decírselo también a ella. Me arriesgaría a pesar de que no estoy seguro de lo que podría ocurrir al final.

Cuando se ama hay que cogerse el corazón con las dos manos, ¿verdad?

Te escribo esta carta con la esperanza de que me ayudes, mi ángel prodigioso que siempre cuida de nosotros. ¡Ayúdame, Hélène!

Con cariño,
Julien

EL PATIO DE LOS RESTAURADORES

Me resultó difícil, pero dejé pasar una semana antes de volver al Cimetière Montmartre a ver si mi carta había llegado a su misterioso destinatario.

Cuando a última hora de la mañana me acerqué a la tumba de Hélène descubrí enseguida la rosa roja que destacaba entre la hiedra verde. El corazón me dio un vuelco. Eso solo podía significar que había ido alguien a visitar la tumba.

Nervioso, me incliné hasta el cajón secreto y lo abrí: mi última carta había desaparecido, y tampoco estaba el sobre abierto que llevaba tanto tiempo allí sin que nadie lo tocara.

El hueco estaba vacío, completamente vacío.

Lo volví a cerrar y levanté la mirada hacia el ángel. Me sonrió, y yo también sonreí.

Estuve un rato absorto en mis pensamientos. Apenas podía creer que en los últimos seis meses hubiera escrito ya treinta y dos cartas. Solo faltaba una para que el último deseo de Hélène se hiciera realidad y yo hubiera cumplido mi promesa. Era curioso, pero por primera vez deseé que Hélène ganara su apuesta.

Avancé despacio por el cementerio, pasando ante los viejos árboles, las lápidas y las estatuas que ahora estaban al sol pero que conocía tan bien que podría encontrarlas incluso en la oscuridad.

Oí unas voces que llegaban desde la entrada. Un hombre y una mujer vestidos con monos de trabajo cargaban algo de piedra, lo arrastraron hasta una tumba y lo depositaron allí con cuidado. El hombre soltó una maldición, la

mujer se rio. Y, cuando se giró, vi que era Sophie.

Mil piedras se desprendieron de mi corazón. Aceleré el paso. Ella estaba allí. Por fin estaba allí.

Sentí tal alivio al volver a verla que no me detuve mucho a pensar.

—¡Sophie! ¡Eh, Sophie! —grité al tiempo que agitaba la mano en el aire.

Al verme se puso roja como un tomate.

—¡Oh, el escritor! —exclamó, y dio unos pasos dubitativos hacia mí.

—¿Dónde te has metido todo este tiempo? —le pregunté, y el hombre del mono gris oscuro se giró hacia nosotros y me examinó con una penetrante mirada. Era algo mayor. Tenía un pequeño bigote y unos vivos ojos azules. Y daba la mano igual que su hija.

—Papá, este es Julien Azoulay —dijo Sophie en vez de responderme, y el hombre me dio tal apretón de manos que casi me caigo de rodillas—. Es escritor. —No pareció muy impresionado—. Y este es mi padre, Gustave Claudel.

Gustave..., ¿no había oído ese nombre alguna vez?

—Acabamos de traer una estatua desde el taller, ahora está como nueva. La cabeza, los brazos, hemos tenido que restaurar todo... —Sophie hablaba de corrido. Sus mejillas se habían sonrojado y no paraba de lanzarme extrañas miradas.

El hombre apoyó las manos en las caderas y se estiró.

—Sí que pesa, esta cosa... Tendríamos que haber llamado a Philippe, como te dije. Tú no deberías cargar tanto peso, *ma petite*.

Yo miraba a uno y a otra algo confuso.

¿Ella no debería cargar tanto peso? ¿Por qué?

—Pero... ¿qué ocurre? —pregunté—. ¿Dónde has estado todas estas semanas?

—Ah... Me torcí el pie y me he fastidiado el tobillo.

—Se cayó de un árbol. —Gustave Claudel meneó la cabeza—. No sé qué hace siempre ahí arriba dando saltos como un mono. Ya se lo he dicho muchas veces. Algún día va a partirse el cuello.

Sophie me miró, llevaba grabada en la cara una mezcla de obstinación y malestar. ¿No le había dicho yo eso mismo? El día en que parecía que estaba haciendo ejercicios gimnásticos sobre la valla y me reprochó mi mal humor,

ese funesto miércoles en que no volví a recogerla porque estaba con Cathérine junto a la tumba de Hélène. De pronto recordé cómo crujía el viejo castaño por encima de nosotros. ¿No fue entonces cuando oí un estornudo? ¿Había oído Sophie todo lo que dijimos? ¿Mis injurias, mis gritos de rabia —en tono bastante alto, por cierto—, mi comentario de que ella era solo una conocida para mí, la observación de que no me iba a enamorar nunca más?

La miré fijamente y le pedí perdón con la mirada.

Ella no se inmutó. Se quedó quieta y con los labios apretados.

Gustave se rascó la nuca. Parecía percibir las malas vibraciones que había entre su hija y yo. Probablemente pensara que yo era un joven bastante raro. Un escritor, al fin y al cabo. Seguro que al viejo escultor los escritores le resultaban sospechosos. Me hizo un breve gesto con la cabeza para dar el asunto por concluido.

—Me alegro de haberle conocido, monsieur —dijo antes de darme la espalda y avanzar unos pasos hacia la tumba—. Vamos, Sophie, tenemos que instalar esto.

—¡No, espera! —supliqué en voz baja.

Ella se detuvo y me lanzó una mirada sarcástica.

—No es un buen momento, escritor.

—Me da igual. Yo..., me gustaría decirte una cosa, Sophie, pero no me atrevo.

—¡Oh! ¿Otra vez? ¿Ese «secreto»? —Enarcó las cejas.

—No. Esta vez se trata de otra cosa. Algo que tiene que ver contigo y conmigo. ¡Con nosotros! —susurré nervioso y con una elocuente mirada. Me llevé la mano al corazón.

Abrió más los ojos y se mordisqueó el labio inferior mientras me miraba con gesto pensativo.

—Me gustaría decirte algo, Julien —murmuró dubitativa—. Pero tampoco me atrevo.

—¿Vienes, Sophie?

—Ya voy, *Chouchou* —gritó ella lanzándome una mirada de disculpa—. Tengo que irme. Si no, papá se va a enfadar. ¿Puedes volver esta tarde, Julien? ¿Hacia las cuatro?

Yo asentí y el corazón me saltó en el pecho.

Sophie me miró, y en lo oscuro de sus ojos se reflejaba mi mundo.

—Luego nos decimos todo —susurró antes de girarse y correr hacia su

padre.

Hacia *Chouchou*.

Pasé las siguientes horas tratando de matar el tiempo de alguna forma. Di vueltas por Montmartre como un poseso, subí y bajé por las callejas, y finalmente me senté en el pequeño parque que hay a los pies del Sacré-Coeur. Cada dos minutos veía llegar el *funiculaire*, el pequeño tranvía plateado que, incansable, lleva a sus pasajeros desde el pie de Montmartre hasta la basílica blanca. Al cabo de un rato me pareció que allí había demasiado ruido, así que me puse de pie y descendí de la colina por el otro lado hasta que cerca del Musée Montmartre torcí en una calle lateral donde encontré un café tranquilo. Pedí algo de beber, me obligué a tomarme un sándwich y fumé. Estaba sentado sin hacer nada, esperando, pero no me importaba. Contemplé el despejado cielo de verano deseando que fueran las cuatro de la tarde como quien padece dolor de muelas nocturno ansía que llegue la mañana. Solo que a mí no me molestaban las muelas, sino el excitado latido de mi corazón, que sencillamente ya no quería calmarse.

Sophie había vuelto. No tenía pareja. ¡*Chouchou* era su padre! Me habría gustado abrazarle cuando me enteré. Y en tales circunstancias, ¿era tan osado pensar que Sophie no había sido amable conmigo solo por pura filantropía? ¿Que sentía realmente algo por mí..., por mí, ese Orfeo egocéntrico, difícil de alegrar, ciego? ¿Ese hombre que siempre miraba solo la puerta cerrada? Ese hombre que ahora estaba dispuesto a lanzarle su corazón aunque ella estuviera sobre la valla más alta de todo París.

Sí, nos íbamos a decir todo, pensé con una sonrisa de felicidad mientras removía el café. Lo pensé también mientras bajaba esperanzado por la calle que me llevaba hasta el cementerio de Montmartre. Y lo pensé mientras atravesaba la puerta con el corazón acelerado, esperando oír a Sophie gritar mi nombre en cualquier momento.

Pero el cementerio se mantuvo en silencio. El sol seguía brillando en el cielo. Y la escultora no estaba allí.

Nervioso, saqué un cigarrillo y recorrí fumando los caminos arriba y abajo. Eran las cuatro, y teníamos una cita. ¿Dónde se había metido? Intranquilo, me

senté en un banco cerca de la entrada para ver si la veía llegar.

Las cuatro y media, las cinco, y Sophie seguía sin dar señales de vida. Finalmente me levanté de un salto y decidí ir hasta la tumba de Hélène y esperarla allí. Tal vez Sophie se reuniera ahí conmigo.

Miré alrededor, todo estaba tan tranquilo como siempre. El ángel mostraba su insondable sonrisa, un pájaro aleteó en el viejo castaño. Pero la rosa roja ya no estaba sobre la hiedra. Alguien la había dejado sobre el mármol.

¿Alguien?

Me arrodillé y abrí el buzón secreto.

Enseguida vi el pequeño sobre blanco.

Sorprendido, lo saqué. Era tan ligero como si solo contuviera aire. Pero cuando lo abrí vi una pequeña tarjeta de visita.

Sophie Claudel
La Cour des Restaurateurs
13, Rue d'Orchampt
Paris

Me tambaleé un instante y las letras se desdibujaron ante mis ojos. Sophie no estaba allí. Pero en el hueco secreto estaba su tarjeta de visita. Entonces lo entendí todo. El nerviosismo de Sophie. Su expresión dubitativa. Lo que no se atrevía a decirme.

El corazón de piedra, el folleto del Musée Rodin, en el que admiré las esculturas de Camille Claudel sin entender nada, las entradas para *Orfeo*, el cine de Montmartre donde «casualmente» estaba ella, el muro hasta el que me había conducido el plano de París para decirme: «¡Te quiero!», el CD con la canción *Secret Heart...*, todo eso había sido Sophie.

Ella había leído mis cartas.

Ella me había dado respuestas.

Noté la sangre palpitando en mi cabeza mientras abandonaba el cementerio con pasos apresurados. Conocía la pequeña calle detrás de la Place Émile Gondeau por la que subí con el corazón latiendo con fuerza.

Avancé por la Rue d'Orchampt buscando con la mirada, hasta que descubrí la placa esmaltada con el borde azul en la que ponía con delicadas letras La Cour des Restaurateurs, «El patio de los restauradores».

Abrí la puerta y entré en un patio empedrado en el que, a la derecha, había

un taller de restauración de maderas. A la izquierda había un atelier de escultura en piedra. La puerta estaba abierta y entré.

Olía a polvo y pintura, y mi mirada se deslizó por ese jardín mágico de figuras de piedra con los brazos extendidos hacia arriba y cubiertas a medias por telas claras. Vi también manos, cabezas y pies de mármol blanco que estaban esparcidos encima de una gran mesa, artísticos relieves que llegaban hasta el techo, un largo banco de trabajo que estaba frente al enorme ventanal y sobre el que se veían sierras, escoplos y cinceles alineados como soldaditos de plomo.

—¿Hola? —grité—. ¿Hay alguien?

Se oyó un estruendo, y la puerta de la habitación trasera se abrió con un chirrido apagado. Apareció Gustave Claudel con su mono de trabajo gris. Me miró con amabilidad.

—Está arriba, en su casa —se limitó a decir, señalando un edificio al fondo del patio—. Le está esperando.

DESEABA TANTO QUE FUERAS TÚ

La casa de Sophie estaba en el tercer piso. Subí los desgastados escalones de madera y antes de que pudiera llamar al timbre se abrió la puerta.

Ante mí estaba Sophie, sin aliento y muy pálida. Llevaba un vestido de color lila y sus ojos eran enormes en la penumbra del descansillo.

Nos miramos unos segundos en silencio, palpándonos los rostros con la mirada. Luego ella se giró con un rápido movimiento hacia una cómoda y me tendió un paquete de cartas.

—¿Me perdonas? —preguntó con voz apagada, y sus ojos brillaron.

Yo meneé la cabeza y cogí las cartas suavemente.

—¡No, perdóname tú a mí! —dije—. He sido un idiota.

Tomé su rostro entre mis manos, solo existíamos ella y yo, y mientras nos besábamos y no podíamos dejar de besarnos y nos confesábamos nuestro amor en susurros, las cartas cayeron al suelo ligeras como hojas.

Aquella tarde no volví a la Rue Jacob. Me quedé en Montmartre, en una pequeña vivienda bajo el tejado donde de pronto y de forma inesperada se había instalado la felicidad.

Aquella noche Sophie y yo nos dijimos todo.

Ella me contó cómo se había fijado en mí en el cementerio, en ese hombre triste que acudía a veces con su hijo pequeño. Cómo un día, después de habernos conocido, vio por casualidad que yo abría la lápida y dejaba algo dentro. Cómo después ella se deslizó hasta la tumba de Hélène y descubrió el

buzón secreto.

—Y entonces me encontré todas esas cartas. No puedo decirte lo conmovida que estaba. Conmovida y un poco asustada. Cogí la carta que estaba arriba del todo, no pude evitarlo. La leí, Julien, pero no por curiosidad. —Me miró con cariño—. Enseguida me enamoré de ti. En nuestro primer encuentro, cuando tú buscabas a Arthur y yo estaba sentada en lo alto de la valla, ¿te acuerdas?

—¡Ay, Sophie! ¿Cómo no voy a acordarme? —La besé tiernamente y ella se apoyó en mí—. Fue tan mágico todo. Dios mío, cuando vi a Arthur hablando con un árbol pensé que eras una criatura de otro mundo. Estaba tan contento de haberle encontrado y tú estabas ahí arriba sentada. Y después fuimos a L'Artiste. Creo que fue la primera noche agradable tras la muerte de Hélène, pero yo seguía atrapado en mi tristeza...

Ella asintió.

—¡Lo sé, Julien! Cuando leí la primera carta tuya se me encogió el corazón. Estabas tan increíblemente desesperado, le pedías a Hélène una señal, y yo... —Se quedó callada un segundo y sus ojos se inundaron de lágrimas—. Me conmovió mucho, Julien, y quise ayudarte. —Se reclinó en el sofá en el que estábamos sentados—. Y luego leí todas tus cartas. Desde la primera hasta la última que dejaste en la tumba. Estaba muy afectada. Sabía que no estabas nada bien y que sentías una gran pena por haber perdido a tu mujer, pero eso...

Meneó la cabeza.

—Quería volver a hacerte feliz. Quería dirigir tus pensamientos en otra dirección. Y entonces se me ocurrió la idea de las respuestas. —Sonrió—. Dejé unas pistas que al final debían conducirte hasta mí. Francamente, me sorprende que no pensaras en mí mucho antes...

—Sí pensé en ti, Sophie —la interrumpí—. Al principio contemplé esa posibilidad. Pero tú tenías un novio que no paraba de llamarte. ¿Cómo me iba a imaginar que *Chouchou* es tu padre? ¿Por qué le llamas así?

Sophie mostró una sonrisa de satisfacción.

—Viene de la guardería. Mi madre le llamaba siempre *mon petit chou* y en algún momento yo lo transformé en *Chouchou*.

—El último gran secreto —dije apartándole un mechón de la frente—. No, el penúltimo. ¿Por qué se cortó el asunto de las cartas de forma tan brusca? ¿No estarías molesta porque olvidé nuestra cita?

—Bueno —contestó tímidamente—. ¿Qué quieres que te diga? Llevabas mucho tiempo en la tumba y no volvías, así que fui a ver qué pasaba. Y

entonces vi a Cathérine con la carta, y tú le gritabas muy furioso, así que me subí rápidamente al viejo castaño para esconderme.

—¿Y lo oíste todo desde ahí?

Ella asintió.

—Estabas muy alterado por lo de las cartas y no parabas de gritar que era un asunto privado, ¡privado! Entonces me asusté mucho y fue cuando me di cuenta de lo que había hecho. Si te ponías así con una buena amiga, ¿cómo ibas a reaccionar cuando te enteraras de que era yo la que había abierto las cartas y las había leído?

Me miró.

—De pronto se derrumbó todo el castillo de naipes que yo había levantado para nosotros. Y además dijiste que yo era solo una conocida del cementerio.

—Sí. —Asentí con tristeza—. Lo siento mucho, Sophie. Me arrepentí nada más decirlo. Estaba muy nervioso porque Cathérine no me dejaba en paz con sus preguntas. —Le cogí la mano—. Para mí nunca has sido solo una conocida, Sophie —le aseguré con voz apagada.

—Lo sé. Ahora. Pero oírtelo decir fue un gran shock para mí.

—¿Y entonces, del susto, te caíste del árbol?

—No, no. —Sonrió—. Si hubiera caído del árbol como una fruta madura lo habríais oído, ¿no? Cuando te fuiste con gesto muy serio me quedé un rato en el árbol, me sentía fatal. Y cuando quise bajar me escurrí y al caer me torcí el tobillo. Me dolía tanto que pensé que me lo había roto. Fue después de que tú dijeras que jamás volverías a enamorarte. —Se llevó la mano al corazón haciendo una graciosa mueca—. Volví todo el camino llorando.

—Vaya... —La vi cojeando por los caminos del cementerio—. Fue un día terrible para todos. ¿Y luego?

—Luego estuve varias semanas sin volver al cementerio. Apenas podía apoyar el pie, no podía trabajar. Dispuse de tiempo para reflexionar, y cada vez tenía menos esperanzas. Hasta...

—Hasta que encontraste mi última carta a Hélène.

—Sí. —Asintió, y su rostro se iluminó—. Me sentí tan feliz cuando leí que me echabas de menos. Que al final te habías vuelto a enamorar... ¡de mí!

Arrugó la frente.

—Pero me di cuenta de que tú aún no sabías quién se había llevado tus cartas y tuve miedo de que no pudieras perdonármelo nunca... —Jugueteó con la tela de su vestido—. No estás enfadado conmigo, ¿verdad, Julien? Porque

tienes que saber una cosa: lo he hecho todo por amor. Te quiero, Julien.

Se giró hacia mí y, emocionado, tuve que pensar en la primera vez que vi aquella cara, cuando ella estaba sentada en lo alto de la valla, mirando hacia abajo, y yo pensé que era una especie de gnomo. Y luego recordé nuestro paseo nocturno por el silencioso Montmartre, esa hora mágica antes de que nuestros caminos se separaran y yo la viera alejarse invadido por un cierto sentimiento de lástima. Ya entonces tuve un presentimiento, un deseo que no me atreví a imaginar hasta el final.

La abracé con fuerza.

—¡Ay, Sophie! —susurré hundiendo mi rostro en su pelo—. Deseaba tanto que fueras tú.

Cuando algo después se durmió entre mis brazos estuve todavía un rato despierto en la oscuridad, que aquella noche no era demasiado oscura porque un rayo plateado entraba por la ventana abierta, y pensé que la vida era triste y alegre a la vez, terrible en su injusticia, pero también llena de prodigios.

E increíblemente bella.

EPÍLOGO

En Montmartre, la famosa colina al norte de París donde los turistas se agolpan en la Place du Tertre en torno a los pintores que los cautivan con sus lienzos de dudosa calidad, donde al final del verano los enamorados pasean de la mano por las animadas callejas para finalmente, puede que ya algo exhaustos, sentarse en las escaleras del Sacré-Coeur a contemplar asombrados la ciudad, que resplandece en un último tono rosado antes de que caiga la noche, en esa colina existe un cementerio. Es un cementerio muy viejo con caminos de tierra y largos paseos umbríos que transcurren bajo tilos y arces y que tienen nombre y números como una pequeña ciudad. Una ciudad muy silenciosa.

Algunos de los que aquí yacen son muy conocidos, otros no tanto. Hay tumbas con artísticos monumentos y figuras angelicales con largas túnicas de piedra que extienden sus brazos con suavidad y elevan su mirada a lo alto.

Un hombre de pelo oscuro entra en el cementerio. Lleva un enorme ramo de rosas en las manos y se detiene ante una tumba que muy poca gente conoce. En ella no yace un personaje importante. No es un escritor, ni un músico o un pintor. Tampoco es una dama de las camelias. Solo es una persona que fue muy querida.

Sin embargo, el ángel tallado en la placa de bronce incrustada en el mármol es el más bello de todos. Una cabeza de mujer que mira hacia atrás, seria, quizá también impasible, con un amago de sonrisa, los largos cabellos le envuelven la cara como si el viento soplara desde atrás.

El hombre está un rato quieto, en silencio, mientras oye cómo ríe un niño que está con una mujer joven fuera, ante la entrada del cementerio.

Es un cálido día de finales de verano. Una mariposa revolotea por el aire. Finalmente se posa en la lápida y cierra las alas un par de veces.

El hombre saca una carta del bolsillo. Es la última de las treinta y tres que le ha escrito a su mujer. Deposita la carta en el cajón secreto de la tumba y vuelve a cerrarlo. Luego retrocede, mira de nuevo el ángel de bronce, cuyos rasgos conoce muy bien, y deja el ramo de rosas sobre la tumba; seguramente es el ramo más grande que se puede encontrar en todo el cementerio de Montmartre.

—Has sido muy lista, Hélène —susurra sonriendo levemente—. Ya tengo claro que lo has tramado todo para ganar la apuesta. Te conozco, Hélène, sencillamente no puedes perder. Nunca has podido.

El hombre se queda allí un rato. Contempla el rostro impassible del bello ángel, y por un segundo cree percibir un suave temblor en sus labios.

—*Au revoir*, Hélène —dice, y se aleja sonriendo por el camino.

No estaba preparado para lo que le ha sucedido. Nunca se está preparado para la felicidad o el amor. Y los dos están ahí. Ahora ya lo sabe.

En la entrada del cementerio le esperan su pequeño hijo y la mujer a la que ama. Se cogen de la mano y salen al claro día.

El hombre se llama Julien Azoulay.

Y Julien Azoulay soy yo.

Querida H el ene:

Esta es la última carta que te escribo. He escrito treinta y tres, como te prometí. Cuando me arrancaste esa promesa, H el ene, yo estaba tan destrozado que me parecía imposible lo que me decías: que con esta carta mi vida dar a un giro a mejor. Odi  que me lo dijeras, no quería ni oírlo, me resist  con uñas y dientes.

Y ahora, de forma inimaginable, ha ocurrido precisamente eso.

Me he enamorado. Más aún, amo y soy amado y cada mañana me sorprendo por este gran regalo que he recibido.

Hace un año yo era el hombre más desgraciado del mundo. Tenía el corazón roto y rodeado por un muro. Y entonces apareció en mi vida esa mujer que es tan diferente a ti, H el ene, y a la que a pesar de todo amo de todo corazón.  No es increíble?

Es como dijo una vez Woody Allen de forma tan acertada: el corazón es un músculo muy elástico.

 Y sabes una cosa, H el ene? Me alegro mucho de que sea así.

Y aunque no fueras t  la que dejaba todos esos objetos

en el cajón secreto vuelvo a creer en los milagros. A veces me gustaría creer que tú mandaste la mariposa tras la que salió corriendo Arthur y que le llevó hasta Sophie. Y quién sabe. Tal vez fue así.

Sophie se ganó enseguida el cariño de Arthur, a mí me costó un poco más. Pero es que soy un estúpido, como a veces dice Sophie en broma.

Este verano no he ido a Honfleur.

Quería quedarme con Sophie, a la que acababa de encontrar.

Al principio ‘maman’ se sintió algo decepcionada cuando la llamé para comunicarle que no iría con ellos a la playa. Pero cuando le anuncie que ante mí estaba la chica que ella decía que me esperaba ahí fuera y que se había enamorado de su Julien, se sintió inmensamente feliz.

«¡Ay, hijo!», dijo emocionada. «¡Ay, hijo!».

El verano ya casi ha terminado. La gente ya está de vuelta en París tras las vacaciones.

Camille tuvo una niña hace unos días, una niña preciosa, Pauline. Fuimos todos a verla, la tía Carole estaba superfeliz, incluso el viejo Paul tuvo un momento de lucidez cuando le pusieron a la niña en los brazos, y dijo que esa pequeña criatura era la cosa más preciosa.

Los demás estábamos muy emocionados, y Arthur se estuvo muy quieto cuando el bebé le agarró un dedo con su diminuta manita.

Arthur sigue «saliendo» con Giulietta, y un día que ella

vino a casa oí cómo él le decía que estaba muy contento de que su padre tuviera otra vez a alguien con quien salir.

Sophie sigue teniendo todavía su buhardilla en el patio de los restauradores, pero casi todos los días viene a casa después del trabajo y pasa aquí la noche. Es bonito tener otra vez en casa a una mujer que llena mi vida de luz. No, no una mujer cualquiera, sino Sophie. Yo no creo que, como dice Alexandre, uno pueda enamorarse de cualquier persona. Cuando Alexandre se enteró de que era Sophie la que estaba detrás de todo el asunto dijo que siempre lo había sabido. ¡Típico de él! Él apostaba por tu amiga. Me alegro mucho de que Cathérine haya superado su crisis. Hace poco nos saludó muy amablemente a Sophie, a Arthur y a mí cuando nos la encontramos en el portal. Iba acompañada de un tipo muy simpático al que nos presentó como su nuevo compañero de trabajo.

Y hay alguien más que también está feliz. Me interrumpió cuando te estaba escribiendo la primera carta, Hélène, y me ha tenido que interrumpir mientras te escribo mi última carta. Me acababa de sentar a mi mesa de trabajo cuando llamó Jean-Pierre Favre para preguntar cómo iba la novela.

«La novela va muy bien», le dije en honor a la verdad. «Ya casi está terminada. Aunque...». Hice una pausa.

«¿Aunque?», repitió él impaciente. «Déjelo ya, Azoulay, y no me torture más».

«Aunque ha salido un libro diferente».

«¿Y eso?».

«¿Qué le parecería una historia de amor que empiece en un cementerio?».

«En un cementerio», repitió él, y reflexionó un instante. «Hum. Bueno, ¿por qué no? En un cementerio, suena muy original... Sí, sí, me gusta. Todas las buenas novelas empiezan con un entierro. Pero... ¿tiene la historia un final feliz?».

«Claro», dije yo. «En realidad yo escribo comedias románticas, ¿no?».

El editor se rio.

«Muy bien, Azoulay, muy bien. Pero no deberíamos perder de vista el libro del editor que baila de noche a la luz de la luna, ‘n'est-ce pas’?».

«Claro que no», dije yo. «Será lo próximo que escriba».

«¡Magnífico! Veo que tiene nuevas fuerzas, Azoulay», dijo Jean-Pierre Favre satisfecho.

Y tenía razón, mi editor. Mi vida era tan difícil, y ahora es otra vez muy sencilla. Tal vez no sea ligera como el aire, pero sí es ligera. Soy feliz, Hélène. Jamás habría pensado que podría volver a decirlo. Me llena tanto el amor por Sophie, pero también pienso a menudo en ti con mucho amor. Creo que mi corazón es lo suficientemente grande para las dos. Pero mi sitio está aquí, Hélène, y el tuyo está en el cementerio o en algún lugar entre las estrellas.

Esta es la última carta que te escribo, mi ángel, y creo que no la va a leer nadie más aparte de ti. Descansará en tu

tumba hasta que tal vez dentro de muchos años alguien la encuentre y se emocione ante esta prueba de un gran amor.

Lo mismo para entonces yo ya lleve mucho tiempo muerto y nos tengamos otra vez como entonces, en mayo. Hasta entonces quiero vivir y amar.

Tu Julien

NOTA FINAL

Toda novela es una obra de ficción, pero siempre contiene hechos o acontecimientos que han sucedido o podrían haber sucedido en la realidad. La idea para esta novela surgió hace algunos años mientras paseaba en primavera por un viejo cementerio. No era el cementerio de Montmartre, que he elegido para este libro porque me parece muy especial. Era un pequeño cementerio encantado que se encuentra muy lejos de París. En este pequeño cementerio hay un ángel que me sirvió de modelo para el ángel de bronce de la tumba de Hélène, y allí encontré también esos versos de los amantes de mayo que me conmovieron tanto que me inspiraron esta historia.

Se puede decir que tropecé con ellos, ya que las tres líneas estaban en uno de los caminos, grabadas en una plancha de piedra circular, y estaban tan tapadas por la grava que solo logré descifrarlas después de apartar las piedras con cuidado.

He pensado mucho en estos amantes desconocidos y les deseo de corazón que vuelvan a tenerse como entonces, en mayo. En este pequeño cementerio de árboles viejos y verdes arbustos hace tiempo que no se entierra a nadie. Hoy hay allí ancianos sentados en los bancos de madera pintada de verde que leen el periódico al sol, jóvenes estudiantes que en verano extienden una toalla bajo los árboles y leen un libro. Las parejas pasean sin prisa por los caminos, las amigas se cuentan sus secretos, jóvenes padres empujan sus carritos de bebé. Y a veces incluso cuelgan farolillos de colores sobre las lápidas, lo que resulta mágico, y se oyen risas alegres cuando los niños celebran allí su merienda de cumpleaños con sus madres.

Me parece muy bonita la idea de que continúe la vida en un lugar tan tranquilo en el que hace muchos años algunos muertos encontraron su última morada. En esa misma tierra corretean ahora pequeños piececitos y hay

personas que reflexionan o se regalan una sonrisa.

Creo que eso alegra a los muertos. Que nos miran llenos de bondad y comprensión a los vivos, pues sabemos tan poco acerca de qué más puede haber en el cielo y en la tierra. Y que nos recuerdan una y otra vez que el amor es la respuesta a todas nuestras preguntas.

París, mayo de 2018

Una promesa, 33 cartas y un cementerio hechizado que se convierte en el escenario de una historia de amor mágica en la nueva novela del autor de *La sonrisa de las mujeres*.



Antes de morir, H el ene le hizo prometer a su marido, Julien, que le escribir a treinta y tres cartas, una por cada año de su vida. Para su asombro, Julien se da cuenta de que esta correspondencia, que deja en un compartimento secreto de su tumba en el cementerio de Montmartre, se ha convertido en una suerte de consuelo. Le habla de la vida que ahora ha de vivir sin ella; de su amor, ya no recíproco; de su hijo Arthur, que no quiere un padre que se siente desgraciado.

Hasta que un día descubre que las cartas han desaparecido y en su lugar empieza a encontrar pequeñas respuestas: un bonito corazón de piedra, un poema, un ramillete de nomeolvides... Lo que Julien no sabe es que alguien lo observa. Alguien que lee sus cartas y quiere ayudarlo. Alguien que se ha enamorado de él.

La crítica ha dicho...

«Conmover hasta la última página.»

Elle

«Barreau es el maestro de la comedia romántica.»

La Stampa

Sobre el autor

Nicolas Barreau estudió literatura en La Sorbona y ahora dedica todo su tiempo a escribir. Es autor de novelas que se han convertido en bestsellers en toda Europa, como *La sonrisa de las mujeres*, que vendió más de un millón de ejemplares y ha sido traducida a 36 idiomas, *El café de los pequeños milagros* (Suma de Letras, 2017) y *Menú de amor* (Suma de Letras, 2018).

Título original: *Die Liebesbriefe von Montmartre*

© 2018 Nicolas Barreau

© 2018 Thiele Verlag in der Thiele & Brandstätter

Todos los derechos reservados y controlados a través de Thiele Verlag, Munich

Acuerdo a cargo de Thiele Verlag y SalmaiaLit, agencia literaria

© 2019, Carmen Bas Álvarez, por la traducción

© 2019, Penguin Random House Grupo Editorial, S.A.U.

Travessera de Gràcia, 47-49. 08021 Barcelona

ISBN ebook: 978-84-9129-333-0

Diseño de la cubierta: Penguin Random House Grupo Editorial

Fotografías de portada: Chica: Ayal Ardon / Trevillion Images. Paisaje: Istock

Conversión ebook: MT Color & Diseño, S.L.

www.mtcolor.es

Penguin Random House Grupo Editorial apoya la protección del *copyright*.

El *copyright* estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del *copyright* al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso. Al hacerlo está respaldando a los autores y permitiendo que PRHGE continúe publicando libros para todos los lectores. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, <http://www.cedro.org>) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

www.megustaleer.com

Penguin
Random House
Grupo Editorial

megustaleer

Descubre tu próxima lectura

Apúntate y recibirás
recomendaciones de lecturas
personalizadas.

Visita:

ebooks.megustaleer.club



@megustaleerebooks



@megustaleer



@megustaleer

Índice

[33 cartas desde Montmartre](#)

[Dedicatoria](#)

[Cita](#)

[Prólogo](#)

[1. El mundo sin ti](#)

[2. Todos debemos poder ir a algún sitio](#)

[3. Ningún hombre debería estar solo mucho tiempo](#)

[4. Arthur de la Mesa Redonda](#)

[5. *Confit de canard*](#)

[6. Ordenar armarios](#)

[7. La mujer en los árboles](#)

[8. Buen y mal tiempo](#)

[9. ¿Podrías abrazarme, por favor?](#)

[10. Seguridades perdidas](#)

[11. Buenas personas](#)

[12. Más cosas en el cielo y en la tierra](#)

[13. *Feeling better and worse at the same time*](#)

[14. Me quiere, no me quiere](#)

[15. Desde el rincón de un bosque](#)

[16. La puerta cerrada](#)

[17. Orfeo](#)

[18. El mapa de mi corazón](#)

[19. Descubrimientos](#)

[20. El gran silencio](#)

[21. *Secret Heart*](#)

[22. El patio de los restauradores](#)

[23. Deseaba tanto que fueras tú](#)

[Epílogo](#)

[Nota final](#)

[Sobre este libro](#)

[Sobre el autor](#)

[Créditos](#)